

Mircea Eliade

Maitreyi

La noche bengalí



K¹⁹⁷⁸

LITERATURA

Mircea Eliade

Maitreyi

La noche bengalí



K

LITERATURA

Mircea Eliade

Maitreyi

La Noche Bengalí

Traducción del rumano de Joaquín Garrigós

Editorial Kairós

Título original: Maitreyi

1950 by Mircea Eliade

De la versión castellana: 1999 by Editorial Kairós S.A., Numacia 117-121.08029. Barcelona. España

www.editorialkairos.com

Primera edición: Noviembre 2000

ISBN: 84-7245-479-7

Depósito legal: B-46.162/2000

Fotocomposición: Beluga y Mileka, s.c.p. Córcega 267.08008 Barcelona

Impresión y encuadernación: Índice. Caspe, 118-120.08013 Barcelona

*Tomar ki mané acché, Maitreyi?
Yadi thaké, tahalé ki kshama karté paro?*

¿Te acuerdas de mí, Maitreyi?
Y si te acuerdas, ¿podrás perdonarme algún día?

Si vacilo al comenzar a escribir este relato es porque aún no he logrado averiguar la fecha exacta en que conocí a Maitreyi. En mis anotaciones de ese año no he encontrado nada. Su nombre aparece mucho más tarde, cuando después de salir yo del sanatorio me mudé a la casa del ingeniero Narendra Sen, en el barrio de Bhowanipore. Pero eso pasó en 1929 y yo ya conocía a Maitreyi por lo menos diez meses antes. Y si ahora sufro al comenzar esta historia es precisamente porque no sé cómo evocar su imagen de entonces ni puedo tampoco revivir mi sorpresa, inseguridad y turbación durante aquellos primeros encuentros.

Lo recuerdo vagamente. Ella estaba aguardando en un coche, frente a la Oxford Book Stationery, mientras su padre, el ingeniero, y yo comprábamos unos libros para las vacaciones de Navidad. Tuve entonces un raro estremecimiento seguido de un sorprendente desdén. Me pareció fea, con unos ojos muy grandes y negros, labios carnosos y respingones y senos turgentes de doncella bengalí en plena sazón, como una fruta madura. Cuando nos presentaron y se llevó las palmas de las manos a la frente como saludo, le vi todo el brazo desnudo y me sorprendió el color moreno de su piel, pero de un moreno que nunca hasta entonces había visto, como una mezcla de barro y cera.

Por entonces vivía yo todavía en Wesley Street, en la Ripon Mansion, y mi compañero de cuarto era Harold Carr, empleado en Army and Navy Stores. Éramos muy amigos pues él conocía a muchas familias de Calcuta. Solíamos ir juntos a pasar la tarde a alguna casa y salir a bailar con las muchachas una vez por semana.

Quise describirle a Harold -más para aclararme yo que para que lo entendiera él- el brazo desnudo de Maitreyi y aquel extraño color amarillo oscuro tan turbador y poco femenino, más propio de una diosa o de un cuadro que de una india.

Harold estaba afeitándose frente al espejo, apoyando una pierna en su mesilla de noche. Parece que estoy viendo la escena: las tazas de té, su pijama malva manchado de betún (molió a palos al *boy* por eso, aunque, en realidad, había sido él quien lo había manchado al volver una noche borracho del baile de la Y.M.C.A.), unas monedas de níquel encima de la cama deshecha y yo tratando inútilmente de desatascar mi pipa con un papel enrollado una y otra vez hasta dejarlo fino como una cerilla.

-Pero, Allan, de verdad, ¿cómo puede gustarte una bengalí? Son repelentes. Yo he nacido aquí, en la India, y las conozco mejor que tú. Son unas cochinas, créeme. Y, además, no hay nada que hacer, de amor nada de nada. Esa chica jamás te tenderá la mano.

Yo oía todo eso con un indecible deleite, aunque Harold no había entendido nada de lo que yo le había dicho y creía que cuando le hablaba del brazo de una chica estaba pensando en el amor. Es raro lo mucho que me gusta oír hablar mal de la gente que quiero, de los que están cerca de mí o son amigos míos. Cuando quiero de verdad a alguien me agrada oír a los demás despotricar de él. Para mí es una comprobación de que algo misterioso hay en mi conciencia que no llego a entender y no me gusta recordar. Diríase que, simultáneamente a mi pasión o a mi sincero interés por alguien, surge también otra pasión hostil que me exige que arranque o deje marchitarse la primera. No lo sé. Pero me extrañó la impresión placentera que me produjo la estúpida diatriba de Harold (idiota y fanático como todos los angloindios) contra las mujeres bengalíes. En seguida caí en la cuenta de que algo más hondo ligaba el recuerdo de

Maitreyi a mis pensamientos y a mis deseos un tanto teñidos de nostalgia. Eso me hizo gracia y, a la vez, me conturbó. Pasé a mi habitación tratando, como un autómatas, de desatascar mi pipa.

No sé lo que hice después porque de todo eso no anoté nada en el diario que entonces llevaba y sólo volví a acordarme de ello con ocasión de la coronita de jazmín. Una historia que ya contaré más adelante en este cuaderno.

Me hallaba entonces en los comienzos de mi carrera en la India. Había venido con un montón de prejuicios, era socio del Rotary Club y, muy pagado de mi nacionalidad y ascendencia continentales, leía mucho de física y matemáticas (aunque en mi adolescencia había querido ser misionero) y llevaba al día mi diario íntimo. Primero trabajé como delegado local de la empresa Noel&Noel y más tarde fui contratado como proyectista la nueva sociedad de canalización del delta. Ahí conocí muy de cerca a Narendra Sen, el padre de Maitreyi, (que ya entonces era muy conocido y respetado en Calcuta, puesto que era el primer ingeniero indio graduado con premio extraordinario en Edimburgo) y mi vida empezó a cambiar. Ahora ganaba yo algo menos pero me gustaba el trabajo. Ya no tenía que asarme vivo en los despachos de Clive Street, firmar y descifrar papeles y emborracharme todas las noches de verano para huir de la neurastenia. Salía fuera cada dos o tres semanas, dirigía los trabajos en Tamluk y se me henchía de gozo el corazón siempre que venía de la ciudad para trabajar en las obras y veía los diques cada vez más altos.

Lo cierto es que aquellos meses fueron muy felices para mí, pues salía de madrugada en el expreso Howrah-Madrás y llegaba al tajo antes de la hora del almuerzo. Siempre me ha gustado viajar por las colonias. En la India, viajar en primera clase es una auténtica delicia. La estación era para mí como una amiga cuando bajaba del taxi y me ponía a caminar a paso ligero por el andén con el casco marrón bien calado sobre los ojos, con el criado siguiéndome, con cinco revistas debajo del brazo y dos paquetes de tabaco *Capstan* en la mano (pues fumaba mucho en Tamluk y siempre que pasaba por delante del estanco de Howrah tenía la sensación de no haber comprado bastante *Capstan* y el recuerdo de una noche sin tabaco para mi pipa, obligado a fumar la yerba horrible de los obreros, me aterraba). Jamás entraba en conversación con mis vecinos de compartimiento, nunca me han gustado esos *bara-sahib* pasados por Oxford sin pena ni gloria, ni los jóvenes con novelas policiacas en el bolsillo, ni los indios ricos que habían aprendido a viajar en primera clase aunque no a llevar la chaqueta ni a lavarse los dientes. Contemplaba por la ventanilla los campos de Bengala (que nadie ha cantado ni llorado jamás) y me quedaba a solas conmigo mismo sin decirme nada ni pedirme nada.

En el tajo era el único patrón porque era el único blanco. El puñado de angloindios que vigilaban las obras cerca del puente no gozaban del mismo prestigio. Venían a trabajar en tercera clase, vistiendo su habitual atuendo caqui de pantalón corto y blusa de anchos bolsillos en la pechera, e insultaban a los trabajadores en correcto indostaní. Su perfección al hablar y la riqueza del repertorio de insultos los rebajaban a los ojos de los obreros. Yo, por el contrario, hablaba mal y con un acento horrible, y eso les imponía pues demostraba mi origen extranjero y mi superioridad. Por otro lado, me gustaba mucho pararme a charlar con ellos concluida la jornada, antes de retirarme a mi tienda a escribir, fumar la última pipa y meditar.

Me gustaba ese pedazo de tierra cercano al mar, esa llanura plagada de serpientes y desolada en la que escaseaban las palmeras y matorrales perfumados. Me gustaban las madrugadas, antes de la salida del sol, en que el silencio me hacía gritar de alegría, una soledad casi humana en esta campiña tan verde y abandonada que aguardaba al viajero bajo el cielo más hermoso que jamás he tenido la suerte de ver.

Esos días de trabajo en las obras me parecían de auténtica vacación. Trabajaba con ganas, daba órdenes a diestro y siniestro de buen humor y si hubiese tenido allí un solo compañero inteligente estoy seguro de que le habría dicho cosas maravillosas. Me

encontré casualmente con Lucien Metz al volver un día de Tamluk, quemado por el sol y con unas ganas locas de comer. Me lo tropecé en el andén mientras mi criado me buscaba un taxi (acababa de llegar el expreso de Bombay y había una afluencia de gente enorme). Había conocido a Lucien dos años antes en Aden, camino de la India, en una breve escala de unas horas que hice allí, mientras él esperaba un vapor italiano que lo llevara a Egipto. Desde el principio me cayó bien ese periodista inculto e impertinente, de mucho talento y agudeza, que escribía a bordo de un vapor un reportaje de tipo económico hojeando las listas de precios y comparándolas con las del puerto, y era capaz de describir a la perfección una ciudad únicamente con un paseo de una hora en coche. Cuando yo lo conocí, ya había visitado muchas veces la India, China, Malaya y el Japón, y era uno de los que hablaban mal del Mahatma Gandhi, no por lo que hacía sino por lo que no hacía.

-¡Hola, Allan! -me gritó nada sorprendido de verme-. ¿Aún estás en la India, *mon vieux*? Hazme el favor de decirle a este tipo, que hace como que no entiende el inglés, que me lleve a la Y.M.C.A., no a un hotel. He venido para escribir un libro sobre la India. Un libro de éxito. Entre político y policiaco. Ya te contaré.

Efectivamente, Lucien había venido a escribir un libro sobre la India moderna y llevaba ya varios meses aquí haciendo entrevistas, visitando cárceles y haciendo fotografías. Aquella misma tarde me enseñó su álbum y su colección de autógrafos. Lo que en cierto modo le confundía era la cuestión de las mujeres. Todavía no había visto a las auténticas mujeres indias. Tenía un conocimiento más o menos impreciso de su vida en la *pardah*, de sus derechos civiles y, especialmente, de los matrimonios entre niños. Me preguntó muchas veces:

-Allan, ¿es cierto que los tipos éstos se casan con niñas de 8 años? Sí, sí, lo he leído en el libro de un sujeto que se pasó treinta años aquí de magistrado.

Pasamos una tarde muy agradable en la azotea de la residencia pero, pese a todos mis esfuerzos, no pude decirle gran cosa pues tampoco yo conocía de cerca la vida por dentro de las mujeres indias. Hasta entonces, solamente las había visto en el cine y en recepciones. Sin embargo, pensé que podría pedirle a Narendra Sen que lo invitase un día a tomar el té y le informara. Pensé también que, con esta excusa, podría yo observar más de cerca a Maitreyi, a quien no había vuelto a ver desde entonces, ya que mis excelentes relaciones con Sen se reducían a nuestro trabajo en común en el despacho y a charlar cuando íbamos en el coche. Dos veces me había invitado a tomar el té con él pero, como yo apreciaba mucho mis ratos de ocio para dedicarlos íntegramente a la física matemática, había rehusado.

Cuando le dije que Lucien estaba escribiendo un libro sobre la India que iba a publicarse en París, y cuando le hablé de las dificultades para escribir ese capítulo en concreto, Sen me pidió que lo invitase a su casa aquella misma tarde. ¡Con cuánta alegría subí las escaleras de la residencia para compartir con él la noticia! Lucien nunca había estado antes en la casa de un indio rico y se proponía hacer un reportaje exhaustivo.

-Tu señor Sen, ¿a qué casta pertenece?

-Es un auténtico brahmán pero nada ortodoxo. Es socio fundador del Rotary Club, socio del Calcuta Club, juega muy bien al tenis, conduce su coche, come carne y pescado, invita a los europeos a su casa y les presenta a su mujer. Te encantará, estoy seguro.

He de confesar que mi sorpresa fue tan grande como la de Lucien. Yo ya conocía la casa del ingeniero en Bhowanipore pues había ido una vez allí en coche para llevar unos planos. Pero nunca hubiese sospechado que en el interior de una casa bengalí pudieran

encontrarse tantas maravillas, esa luz filtrada por cortinas transparentes como chales, tantos tapices y de un tacto tan suave, sofás de lana de Cachemira y mesitas de un solo pie parecidas a bandejas de latón batido sobre las que se hallaba el servicio de té con dulces bengalíes que había traído Narendra Sen para que Lucien los conociese. Yo contemplaba absorto la estancia como si en aquel momento acabara de poner el pie en la India. Llevaba dos años viviendo allí y jamás había sentido la curiosidad de entrar en la casa de una familia bengalí, de conocer su vida íntima y de admirar, al menos, sus piezas de arte ya que no el espíritu de sus moradores. Había vivido la típica vida en las colonias, solo con mi trabajo en las obras o en despachos, leyendo o asistiendo a espectáculos que habría podido encontrar normalmente en los continentes blancos. Aquella tarde experimenté las primeras dudas y recuerdo que regresé a mi casa un tanto abatido (Lucien estaba entusiasmado y verificaba sus impresiones preguntándome a mí sobre esto y aquello, para ver si había entendido bien todo lo que le había dicho nuestro anfitrión) y con un amasijo de pensamientos en la mente, pensamientos que nunca antes habían tenido cabida en ella. No obstante, no escribí nada en mi diario y hoy, por más que rastreo en mis cuadernos en busca de cualquier nota que pueda evocarme a Maitreyi, no encuentro nada. Me resulta rara esta incapacidad mía para prever los acontecimientos esenciales y adivinar qué personas pueden cambiar en el futuro el curso de mi vida.

Maitreyi me pareció entonces mucho más hermosa, con su sari de color té pálido, chinelas blancas cosidas con hilo de plata y un chal amarillo brillante, sus rizos de un negro azabache, sus grandes ojos y sus labios muy rojos parecían dar una vida menos humana a ese cuerpo envuelto y, sin embargo, transparente que vivía diríase que por obra y gracia del milagro y no de la biología. La miraba con cierta curiosidad pues no lograba descifrar el misterio que escondía aquella criatura en sus suaves movimientos, como de seda, en su tímida sonrisa, preliminar de pánico y, sobre todo, en su voz tan cambiante, una voz que parecía estar creando a cada momento nuevas sonoridades. Hablaba un inglés incoloro y correcto, de manual, pero cuando empezaba a hablar, tanto Lucien como yo no podíamos evitar mirarla; tal era la fuerza de atracción de sus palabras.

El té estuvo lleno de sorpresas. Lucien tomaba notas después de probar de todos los pastelillos y preguntaba sin cesar. Como hablaba muy mal el inglés y el ingeniero le había asegurado que comprendía el francés (había estado dos veces en París, asistiendo a congresos, y tenía en su biblioteca innumerables novelas francesas que, por otra parte, no leía), le preguntaba de vez en cuando en su jerga parisina y el ingeniero le respondía sonriendo: *oui, oui, dest ca*, y luego nos miraba enormemente satisfecho. Lucien pidió permiso para ver mas detenidamente el vestido de Maitreyi, sus joyas y adornos, y el ingeniero aceptó de buen grado trayendo a su hija de la mano que, con los labios temblorosos y el chal cayéndole por la frente, estaba apoyada en la ventana. Fue una escena única: Lucien examinando los vestidos, sopesando las alhajas, profiriendo exclamaciones de entusiasmo y taquigrafiando las preguntas y respuestas en su cuaderno de notas mientras Maitreyi no sabía dónde mirar y temblaba de la cabeza a los pies, pálida, asustada, hasta que sus ojos se cruzaron con los míos y yo le sonreí. Entonces pareció haber encontrado un punto de reposo, fijó su mirada en la mía y poco a poco, con naturalidad, sin espasmos, fue tranquilizándose. No sé cuánto duró aquella mirada pero no se parecía a ninguna de las que nos habíamos cruzado antes. Cuando terminó el examen, Maitreyi corrió otra vez junto a la ventana y, tras ese momento de comunión cálida y secreta, los dos evitamos cruzarnos de nuevo la mirada.

Como ya no podía mirarla a ella, miré, con otros ojos, al ingeniero y me pregunté cómo un hombre tan feo e inexpresivo podría ser el padre de Maitreyi. Ahora podía yo ver de cerca y a mis anchas la cara del ingeniero: parecía una rana, ojos saltones y boca enorme en una cabeza redonda y negruzca, frente baja, pelo negro y crespo, cuerpo rechoncho, espalda encorvada, vientre deforme y piernas cortas. La simpatía y el afecto que provocaba mi patrón eran muy difíciles de entender. Al menos para mí, Narendra

Sen era un hombre seductor, listo y sutil, culto, con gran sentido del humor, apacible y justo.

Mientras yo lo contemplaba de esta suerte, entró la esposa del ingeniero, Srimati Devi Indira, trayendo consigo una extraña atmósfera de calor y miedo. Vestía un sari azul y chal también azul recamado en oro. Iba descalza y tenía las plantas y las uñas de los pies pintadas de rojo. La señora apenas hablaba inglés y sonreía sin cesar. Seguramente aquel día había comido mucho *pan* pues tenía los labios de color rojizo. Al verla me quedé perplejo; jamás hubiese pensado que era la madre de Maitreyi sino más bien su hermana mayor por lo joven, lozana y tímida que era. Con ella venía también la otra hija, Chabú, de diez u once años. Llevaba el pelo cortado y vestía ropa de percal, no llevaba ni medias ni zapatos. Sus pantorrillas y brazos al aire y su lindo rostro moreno me recordaban a una gitanilla.

Me resulta imposible consignar aquí lo que pasó entonces. Las tres mujeres, cuando estuvieron juntas delante de nosotros, se arrimaron una junto a otra con el mismo miedo en la mirada y el ingeniero en vano trataba de animarlas y hacerlas hablar. La señora quiso servir el té pero cambió de parecer y dejó que lo hiciera Maitreyi. Por error de alguien, la tetera se volcó en la bandeja y manchó los pantalones de Lucien. Inmediatamente todos se apresuraron a ayudarlo. El ingeniero perdió la calma y comenzó a reñir con dureza a su familia en bengalí. Por su parte, Lucien se disculpaba en francés sin lograr que lo entendieran. Finalmente dijo Narendra Sen:

- *Excusez moi! Ici votre place.*

Las muchachas corrieron a cambiar la funda de seda del sillón y el ingeniero seguía riñéndoles mientras nosotros dos no sabíamos lo que hacer con las manos ni a quién mirar. Incluso Lucien se sentía un poco cohibido, aunque al partir, ya en el coche, estuvo haciendo bromas de este incidente. Únicamente la señora continuaba con la misma sonrisa en los labios enrojecidos y la misma cálida timidez en la mirada.

La conversación no duró mucho más. El ingeniero le mostró a Lucien los manuscritos sánscritos de la biblioteca de su tío, un antiguo primer *pandit* del gobierno; luego varios cuadros y bordados antiguos. Yo me acerqué a la ventana y me quedé mirando el patio, un patio extraño, de altos muros, con arbustos y glicinas y, al otro lado, por encima de la casa, aparecían las temblorosas ramas de un cocotero. Yo miraba sin saber de dónde venía aquel encanto, aquella calma desconocida en Calcuta. Y de pronto oí una risa irrefrenable y contagiosa, una risa de mujer y de niño a un tiempo, que me llegó directamente al corazón y me hizo estremecer. Me asomé más por la ventana y entonces vi en el patio, tendido cuan largo era en los dos escalones, el cuerpo casi desnudo de Maitreyi, con la melena tapándole los ojos y los brazos sobre los senos. La vi sacudiendo las piernas tronchándose de risa y, finalmente, arrojar las chinelas con un brusco movimiento de los pies hacia el muro. No me hartaba de mirarla y aquellos breves minutos me parecieron interminables. Aquella risa y el desenfreno de aquel cuerpo ardiente eran una especie de espectáculo sacro. Tuve la sensación de estar cometiendo un sacrilegio al mirarla pero no tenía bastante fuerza para apartarme de la ventana.

Al partir, seguí oyendo su risa en todas las salas por las que pasamos.

II

En cierta ocasión, estando en Tamluk, fui a dar un paseo remontando el río. Entonces noté lo solo que estaba. Advertí que únicamente dos días antes se había celebrado los esponsales de Norinne y nos pasamos de jarana la noche entera. Bebí mucho, estuve bailando hasta caer rendido, besé a todas las chicas y al alba nos fuimos todos en coche hasta los lagos. Había proyectado una velada de pijamas como la de marzo pasado cuando me peleé a puñetazo limpio con Eddy Higginger. Yo había estado un tiempo enamorado de Norinne, tal y como entendemos el amor a los 24 años; la habría estrechado entre mis brazos, habría bailado con ella y la habría besado. Nada más. Y paseando lentamente con la pipa en una mano y la fusta en la otra (todavía el sol no había incendiado la llanura y los pájaros trinaban aún en aquellos escaramujos con olor a incienso y canela) reparé de pronto en que algo anormal estaba sucediéndome, que me había quedado solo e iba a morir solo. Este pensamiento no me entristecía. Al contrario, estaba tranquilo, sereno, en paz con toda la campiña de mi alrededor y si me hubiesen dicho que iba a morir al cabo de una hora no me habría producido ningún pesar. Me habría tendido sobre la yerba, habría puesto los brazos detrás de la cabeza y, mirando aquel océano azul de encima de mí, habría esperado a que transcurriesen los minutos sin contarlos y sin precipitarlos, casi sin sentirlos. No sé qué grandeza natural y sobrehumana vivía entonces en mi interior. Habría hecho cualquier cosa, aunque ya no deseaba nada. Saborear mi soledad en aquel mundo de portentos me había mareado. Pensaba en Norinne, en Harold y en todos los demás, y me preguntaba cómo habían entrado en mi vida, qué sentido tenía yo para la existencia de ellos, tan plácida como insulsa. Caminaba sin entender nada.

Cuando volví a las obras lo hacía con unas ganas locas de soledad y de sosiego, y me alegraba de tener que estar allí, en la tienda, una semana más sin tiempo para leer la prensa y sin ver la luz eléctrica. El servidor salió a mi encuentro.

- *Sahib*, tiene un telegrama de Calcuta.

Supuse que se trataría de la llegada de materiales y no me di prisa por abrirlo. Mas, al leerlo, me quedé unos minutos sorprendido y decepcionado. Narendra Sen me llamaba urgentemente a la central. Tenía que salir aquella misma tarde y experimenté una gran pena al ver por la ventanilla del vagón la llanura cubierta de vapor, de sombras pálidas de palmeras aisladas, que me había recibido por la mañana tan generosa en el seno de su vida sin principio y sin fin. ¡Cómo me habría gustado entonces ser libre, poder permanecer en mi tienda con el quinqué, oyendo a los millones de grillos y saltamontes de mi alrededor!

-Allan, voy a darte una buena noticia para ti -me dijo el ingeniero-. Necesitamos un hombre competente en Assam para inspeccionar los trabajos de explanación y los puentes de la línea Lumding-Sadyia. Inmediatamente he pensado en ti y el Consejo te ha aceptado bajo nuestra responsabilidad. Dispones de tres días para arreglarlo todo y hacer entrega de Tamluk al próximo encargado.

Me miraba con enorme benevolencia y su feo semblante se le había iluminado con un calor y un afecto que casi me cohibían. Más tarde me enteré de que había tenido que bregar mucho con el Consejo de Administración apoyándome a mí, a un blanco, ya que la sociedad quería eliminar a todos los funcionarios extranjeros que aún quedaban y sustituirlos por

indios. El puesto era más importante y mejor pagado, de 400 rupias mensuales, en vez de 250, lo cual superaba incluso el sueldo que había tenido como representante de Noel&Noel. Había de trabajar en una región insalubre y salvaje, por supuesto, pero mi amor por la jungla, con el que había venido a la India y no había podido satisfacer del todo, salía vencedor. Acepté y le di las gracias entusiasmado. El ingeniero me puso la mano en el hombro.

-Te queremos mucho, Allan, tanto mi esposa como yo, y pensamos con frecuencia en ti. Es una lástima que no entiendas nuestro idioma.

Todo eso me dio entonces que pensar. Me preguntaba, de una manera más bien inconcreta, por qué Sen me prefería a mí a todos sus compatriotas y me respondía simplemente que por mis cualidades. Siempre he sido consciente de mi espíritu constructivo, de mi energía de blanco civilizador y de mi utilidad para la India.

Cuando Harold se enteró, se empeñó en seguida en que celebrásemos mi ascenso profesional y de sueldo con un pequeño ágape en el Chinatown. Invitamos a las chicas y nos fuimos en dos taxis en plan bullanguero, de muy buen humor y frivolidad. Cuando dejamos Park Street y entramos en Chowringhee Road, nuestros dos vehículos se pusieron a competir. Cada uno jaleaba a su chófer (el nuestro era un sij magnífico que había hecho la guerra en Francia y gritaba: *Diable, diable! Vin rouge, vin blanc!*), le dábamos golpecitos en los hombros para darle ánimos. Geurtie, que estaba sentada sobre mis rodillas, me gritaba asustada (se había enterado de mi sensible subida de sueldo) y me decía:

¡Que me caigo! ¿No te da miedo que me caiga?

En el cruce con Dhurmtollah Street, nuestro taxi tuvo que esperar a que pasase el tranvía. El otro nos tomó la delantera, contratiempo que nos dolió mucho. Entonces nos cruzamos con el coche del ingeniero y tuve un inesperado sobresalto al ver junto a él a su esposa y a Maitreyi. Me sonrojé como un tonto al saludarlo y él me sonrió con desdén mientras su mujer me miraba con una mezcla de temor y sorpresa cuyo sentido se me escapaba. Sólo Maitreyi elevó las palmas de las manos a la frente y respondió a mi saludo, muy regocijada por la compañía en que me hallaba y por la chica que sostenía en mis brazos. Traté yo también de esbozar ese saludo indio, y en aquel instante sentí lo ridículo de la situación. El pánico me invadió durante unos momentos hasta que el coche pudo arrancar. Volví la cabeza y aun pude ver el chal de color té pálido de Maitreyi ondeando al aire.

A mis compañeros les divirtió muchísimo el respeto y turbación con que yo había saludado a "un negro".

-¡Pronto te veremos yendo a bañarte al Ganges, Allan! -me dijo maliciosa Geurtie.

-¿Cómo puedes relacionarte con una familia de negros? -se escandalizó una vez más Harold.

Pero el taxista, que había observado la escena, estaba encantado. Cuando al llegar al restaurante le pagué, me dijo en francés para que no lo entendieran los demás:

-Tres bien, sahib, jeune filie a vous. Bahut ahtal.

Al otro día, por la mañana, cuando me reuní con Narendra Sen, me preguntó en el tono más natural del mundo:

-¿Con quién ibas anoche, Allan?

-Eran amigos, *sir* -contesté con incómoda cortesía.

-¿Y esa chica que llevabas en brazos? Era muy guapa. ¿Te gusta?

-Son muy vulgares para que me gusten, Mr. Sen. Pero tuve que invitar a una fiesta de despedida a mis amigos. Como éramos muchos y queríamos ahorrar en taxis, cada uno llevamos a una chica en brazos. Nada impropio, *sir*, por decirlo así.

Se conoce que notó la exageración con la que le hablaba pues me golpeó en el hombro y me dijo:

-Allan, tú tienes otros caminos por delante. La vida de esos angloindios no es digna de ti. Me parece que te perjudica mucho el vivir en una pensión angloindia. Nunca amarás a la India estando con ellos.

Me chocó el interés que se tomaba el ingeniero por mi vida particular. Hasta entonces sólo me había preguntado si me había acostumbrado a las comidas, si tenía un buen *boy*, si podía soportar el calor y los ruidos o si me gustaba el tenis.

Fue menester ponernos manos a la obra rápidamente, firmar un sinfín de papeles y, cuando llegó el momento de partir, Sen me invitó a almorzar con él en el Rotary Club. Ninguna de mis excusas, que no iba bien vestido, que estaba cansado, etc., consiguieron convencerlo. Tuve que aceptar y el discurso que pronunció aquel día el ingeniero ante un auditorio selecto y entusiasta me divirtió y me agradó, pues me demostraba una vez más la importancia del hombre con el que me hallaba compartiendo la mesa.

Aquella noche salí para Shillong. Sólo Harold me acompañó a la estación y por el camino me dio los últimos consejos para guardarme de las serpientes, de la lepra, de la malaria y de las gastritis.

-¡Bebe coñac con soda y whisky con soda! -me gritó una vez más al desearme buen viaje.



Hoy he estado hojeando durante un buen rato mi diario de Assam. ¡Cuánto me ha costado descifrar las notas de cada día para transcribirlas en el cuaderno que empecé con mi nueva vida! Me embargaba un extraño sentimiento: el de estar viviendo una existencia de pionero, que mi trabajo de construcción del ferrocarril en la jungla era mucho más eficaz para la India que una docena de libros escritos sobre ella, que este mundo tan antiguo y nuestro trabajo tan nuevo aún estaban aguardando un novelista. Y es que la otra India, esa India que no es la de los reportajes de viaje y de las novelas, estaba abriéndose ante mí. Estaba viviendo entre las tribus, junto a hombres cuya existencia sólo era conocida por los etnólogos, junto a esa flora venenosa de Assam, bajo continuas lluvias y rodeado de un calor húmedo que atontaba. Quería dar vida a esos lugares anegados de helechos y bejucos, poblados de hombres crueles e inocentes. Quería descubrir su estética y moral y recogía diariamente anécdotas, tomaba fotografías y esbozaba genealogías. Cuanto más me sumergía en aquel mundo salvaje, más crecía en mí un sentimiento de dignidad antes desconocido y un insospechado orgullo. En la jungla era bueno y justo, más correcto y más dueño de mí mismo que en la ciudad.

Pero las lluvias... ¡Cuántas noches luchando contra la neurastenia, oyendo el golpear continuo del agua contra el techo! Impresionantes aguaceros durante días enteros, sólo interrumpidos por las horas de llovizna pulverizada y ardiente. Yo pasaba por ella como por un invernadero, ya que aquellas gotas, invisibles de tan pequeñas, llevaban consigo los aromas más agotadores y a duras penas podía aguantar mantener la cabeza agachada, sino que tenía que echarla hacia atrás y correr abriendo las narices y los labios.

Por las noches me quedaba en mi confortable y fresca habitación o paseaba por el porche del bungalow tratando de volver a encontrarle gusto al tabaco (ni las precauciones más exageradas habían podido librarlo de la humedad) y, de vez en cuando, me entraba la sensación de que no iba a poder más. Entonces apretaba los puños y golpeaba la balaustrada de madera, gritaba y salía a caminar bajo la lluvia, en medio de la oscuridad, a cualquier parte, a alguna región en la que el cielo no derramase eternamente agua y donde la yerba no fuese tan alta, húmeda y carnosa. Me habría gustado volver a ver flores, pasearme por llanuras parecidas a las de Tamluk, sentir la brisa salada o el viento seco del desierto, porque aquellos vapores y aromas vegetales me habían hecho enloquecer.

Estaba solo con los tres sirvientes y el guarda del bungalow. Cuando acertaba a venir algún viajero, un inspector de plantaciones de yute, un *Department Agent* o algún comerciante de té chino de China nos bebíamos una botella de whisky. Yo bebía todas las tardes, cuando terminaba la labor de inspección y llegaba a mi bungalow a tomar un baño. Era una hora en la que a duras penas sentía mi propia carne; si me arañaba no me hacía daño. Sin embargo, mis nervios parecían de azogue, me entraban temblores, me ardía el aliento y me mareaba cada vez que tenía que levantarme del sillón. Me quedaba mirando al vacío, sin voluntad y perdida la noción del tiempo. El criado me dejaba en la mesita una botella de whisky y otra de soda. Bebía despacio, con la barbilla clavada en el pecho, en pijama, tendido lánguidamente en una hamaca, hasta sentir que un dulce calor me desentumecía el cuerpo. Entonces saltaba, me apretaba las sienes, me vestía y salía a pasear bajo la lluvia. Al respirar ese aire de gotas pulverizadas y calientes,

suspiraba por una vida modesta y feliz, una granja en las cercanías de una ciudad adonde pudiese ir todos los días en coche. Eran mis horas de debilidad, esos paseos sin rumbo bajo la lluvia. Permanecía así hasta que me entraban ganas de trabajar o de dormir. Dormía mucho y tenía el sueño pesado, sobre todo las tres semanas que estuve trabajando a cuarenta millas al norte de Sadyia. Llegaba en coche al bungalow, a veces incluso pasada la media noche, ya que teníamos que evitar los caminos de las tierras bajas y elegir sólo las carreteras empinadas de montaña.

Me iba a dormir vestido y sin lavarme después de tomar una taza de té con mucho ron y quinina pues al día siguiente, antes de las nueve, teníamos que estar en camino. Había descuidado todo lo referente al aseo personal. No había ningún blanco en toda la región durante los meses en que el monzón estaba en todo su apogeo. Sólo unas pocas familias euroasiáticas a las que visitaba de vez en cuando, por aburrimiento, para oír hablar en inglés y para beber juntos.

Los domingos, mientras los sirvientes se iban en el tren a Shillong a comprar provisiones, dormía hasta la hora de comer. Me despertaba con la cabeza embotada y la boca pastosa, y me quedaba en la cama todo el día pasando mis notas al diario. Quería publicar más adelante un libro sobre la verdadera vida del blanco en Assam y me analizaba con la mayor precisión posible. Eran días de marasmo y neurastenia junto a los más numerosos, por supuesto, de orgulloso esfuerzo y de pujanza.

Durante todo el mes de julio no estuve más que una sola vez en Shillong. Allí volví a gozar del sol, volví a ir a un cine, reparé el gramófono y me compré unas cuantas novelas policiacas, las únicas que era capaz de leer desde que había llegado a Assam. Sin embargo, sabía que mi trabajo estaba siendo apreciado en la central. De esto no me enteré por nuestro agente de Shillong, un irlandés engreído que había intentado hacerme esperar en la puerta, sino directamente por Narendra Sen, que casi todas las semanas me hacía llegar unas líneas dictadas a máquina, cálidas y amistosas. En octubre tenía un mes de vacaciones pero poder venir a Calcuta a mediados de agosto si entregaba mi informe y concluía la inspección y reparación de los puntos difíciles de las proximidades de Sadyia.

Pero sucedió lo que yo me temía en mis horas de total depresión. A primeros de agosto caí gravemente enfermo de malaria, a lo que se unió un agotamiento nervioso. Un día llegué unas horas antes al bungalow y me pareció que el té no tenía ningún sabor. Tenía fiebre y temblores. Me acosté después de tomarme uno vasos de coñac recordando los consejos de Harold. Pero al día siguiente comencé a delirar. Llamaron a un euroasiático, Mr. Frank, que en seguida advirtió que yo tenía malaria y aquella misma tarde me llevaron a Sadyia. Lucía un sol espléndido y veía flores y pájaros. En la estación me impresionó la presencia de una mujer; llevaba cuatro meses sin ver una mujer blanca.

A partir de entonces ya no recuerdo nada. Sé que me llevaron a Shillong y me internaron en el hospital europeo de allí, que telegrafiaron a Calcuta y, antes de la llegada de mi sustituto, vino Mr. Sen a verme al hospital. Cinco días más tarde, en un compartimiento de primera clase, acompañado de dos enfermeras y de Harold, partía hacia Calcuta, donde quedé internado en el hospital de medicina tropical.

Una mañana me desperté y miré sorprendido aquella blanca habitación, que olía a azúcar quemada y a amoníaco, así como a la señora que estaba leyendo tranquilamente en un sillón junto a la ventana. Durante unos minutos estuve oyendo el silbido del ventilador mientras trataba de recordar quién acababa de mencionarme el libro *Lord Jim* de Joseph Conrad. Lo había oído, le conocía la voz. ¡Cuánto habría dado por haberme podido levantar de la cama y decirle que era una novela mediocre, que ni de lejos podía compararse con mi libro favorito, *Almayers Folly*, escrito por Conrad en su juventud!

-El que no haya leído *Almayers Folly* no conoce todavía el talento de Conrad -dije yo en voz alta a la señora que seguía con su lectura con la cabeza vuelta a la ventana.

-¡Dios mío! ¿Conque no está sordo? -exclamó sorprendidísima la señora acercándose a mí-. ¿Desea algo?

-Quiero afeitarme -dije yo con calma, acariciándome las mejillas hundidas y frías bajo una barba crecida a placer-. Le ruego que me perdone por presentarme así ante usted. Creo que me trajeron aquí cuando estaba delirando. Dispéñeme, por favor.

La mujer rió con ganas. Y seguidamente dijo en tono serio:

-Me alegro mucho de que haya vuelto en sí. Había desesperado de que lo hiciera. Debería telefonar al señor Carr. El pobre muchacho ha estado preguntando todos los días por usted.

El que Harold se hubiese interesado por mí me conmovió tanto que se me saltaron las lágrimas. Yo creía estar solo, sin amigos ni conocidos y con miedo a morir. Me veía muerto aquí, a cinco semanas de distancia de mi país, y ese pensamiento me paralizaba, el miedo me había helado el rostro.

-¿Qué tiene? -preguntó la señora con tono extraño.

-Nada. Quiero afeitarme -mentí porque suponía que no me iba a entender.

Pero las lágrimas no cesaban y entonces pregunté con un hilo de voz:

-¿Cree que me pondré bien, que volveré a ver Nueva York y París? ¿Volveré a estar fuerte como antes?

No recuerdo lo que contestó aunque aquel día en que recobré el conocimiento se me ha quedado fijamente grabado en la memoria. Vinieron varios médicos europeos y luego entró Harold, que me dio un apretón de manos que duró dos o tres minutos.

-¿Qué pasa, tío? ¿Qué pasa, eh? -preguntó mirándome.

Me contó un sinfín de cosas que me distrajeran. Que Geurtie ahora flirteaba con un directivo del Middle Bank, un tipo delgado que no se atrevía más que a besarla y a llevarla al cine, a locales de tres rupias y ocho annas. Norinne, casada, está menos bonita. Mi habitación de Wellesley Street la ocupa ahora una familia de angloindios pobres; él, joven, se mete en el cuarto a unas niñas escolares y las manosea en presencia de su mujer, que está en el último mes de embarazo y que le dice:

-Jack, te vas a excitar otra vez.

Mientras hablábamos estas tonterías, vino el ingeniero. Me estrechó la mano con mucho afecto y me acarició la frente al tiempo que se me quedaba mirando. Le presenté a Harold, quien le dijo en tono insolente: Encantado de conocerle, Mr. Sen.

-Allan, has trabajado demasiado, por eso has caído enfermo -me consoló el ingeniero-. No te preocupes, que yo lo he arreglado todo.

Yo notaba que él se sentía violento delante de Harold y que me habría dicho más cosas si hubiésemos estado solos. Prometió volver al día siguiente, al caer la tarde, cuando terminase el trabajo.

-Este tipo es horrible -dijo Harold cuando salió Sen-. Me asombra ese interés que te

demuestra. ¿No querrá casarte con su hija?

-No seas absurdo, Harold -dije yo con hipócrita indignación, poniéndome colorado.

La imagen de Maitreyi, de la que me había separado hacía mucho, volvió a aparecérseme delante de los ojos; esta vez más cálida, más humana, casi burlona, con su sonrisa afectada (ya que, es curioso, su rostro y el de la señora Sen se me hacían uno solo en la memoria, y la boca enrojecida de *pan* de la madre se unía con los grandes ojos y el pelo negro de la muchacha recogido en la nuca). Permanecí unos momentos contemplándola en mi mente, entre la admiración y el dulce dolor que seducían mi alma (¿Sería por su ausencia? ¿Sería por temor a verla pronto y, tal vez, a hablar con ella?). La presencia de Harold me pareció, de pronto, un sacrilegio, y no sabía cómo explicarme esa extraña sensación; no era ni un caso de amor ni tampoco de respeto, pues Maitreyi siempre me había parecido una bengalí engreída y rara, que despreciaba a los blancos y, no obstante, se sentía atraída por ellos. Todo lo que me decía Harold ya no me interesaba. Deseaba que se marchara y poder quedarme solo. Estaban pasando muchas cosas en un solo día. Y entre ellas adivinaba que se encontraba el recuerdo de Maitreyi, surgido de repente de una consciencia recién salida de la fiebre, recuerdo que no sabía dónde colocar ni qué decirle cuando cobrase presencia.

Jamás había estado enfermo y aquella convalecencia, que se preveía larga, me intranquilizaba. Me hubiese gustado tirar a un lado la sábana, buscar mi ropa e irme a zascandilear por Calcuta, cuya luz echaba mucho de menos. Me hubiese gustado ir al Barrio Chino a comer *chiao*, esos tallarines hervidos con mantequilla, puerros y gran cantidad de finas hierbas, con bogavante y yema de huevo, y detenerme, al regreso, en Firpo's para oír a la orquestina con un buen cóctel delante. Toda mi salud de blanco orgulloso se revolvía contra el insípido régimen del sanatorio. No podía hacer nada, ni siquiera fumar.

Al día siguiente, me lamentaba con las chicas, Geurtie y Clara, que vinieron a verme con chocolate, cigarrillos y frutas.

—Quisiera largarme de aquí y hacer lo que me diera la real gana.

Harold planeaba una juerga por todo lo alto, que se prolongara hasta los lagos, la noche en que yo saliese del sanatorio. Geurtie, siempre escrupulosa, fue a buscar un trozo de papel y un lápiz para hacer la lista de invitados. No invitaría a los Simpson porque Isaac se esconde por los rincones para beber whisky puro y Gerald roba los cigarrillos. Ya lo había observado ella misma cuando los esposales de Norinne. Desde luego, invitaríamos sin falta a Catherine, que siempre estaba preguntando por mí y demostró estar verdaderamente afligida cuando se enteró de mi enfermedad y de mi internamiento en el sanatorio. En cuanto a los hermanos Huber y a la guapa Ivy, ya hablaríamos. Los demás, ya se sabe quiénes iban a ser.

Al oírla anotar nombres y decidir por mí, no sabía si tenía que entristecerme o alegrarme. La miraba y mis ojos se deslizaban por su rostro para quedarse mirando al vacío.

-El señor Sen -dijo la enfermera.

Entonces tuve la misma desorientación que me entra siempre que tengo que poner a un indio al que respeto frente a jóvenes angloindios. Las chicas se volvieron con curiosidad hacia la puerta. Narendra Sen entró con esa sonrisa habitual suya que le ensanchaba la boca. Tras él, con pasos inseguros y leves, Maitreyi. Sentí que se me paraba el corazón y enseguida caí en la cuenta de que iba sin afeitado, que llevaba un pijama que no era mío y que me quedaba muy mal y de que, en fin, me sentía ridículo. Estreché la mano del ingeniero simulando no sentirme bien (para tapar cualquier posible

sandez por mi parte) y me llevé las palmas de las manos a la frente para saludar, con cómica seriedad, a Maitreyi. Pero cuál no fue mi sorpresa cuando, al presentársela a las chicas, se dirigió muy decidida hacia ellas y les dio la mano, preguntándoles con toda cortesía:

-*How do you do?*

-Mi hija conoce dos códigos de elegancia -rió el ingeniero (mirando de soslayo a Geurtie, a la que no le quitó ojo durante todo el rato, especialmente cuando decía algo gracioso)-. Este código, el occidental, lo utiliza sólo delante de las señoras y señoritas.

Yo estaba en ascuas. Las chicas se pusieron a hablar entre sí y a llamar a Harold, mientras el ingeniero explicaba algo en bengalí a su hija, la cual miraba a su alrededor con una curiosidad a la vez viva y sardónica. Entonces observé que, mientras escuchaba con atención algo serio que se le decía, sus labios esbozaban una imperceptible sonrisa irónica, de arisco sarcasmo, que a duras penas habría uno podido imaginar en una cara tan inocente y asustadiza. Entonces me pregunté, un tanto irritado por mi torpeza, qué era lo que me alteraba en presencia de aquella chica, en la que no había nada de fascinante, de la que nunca podría enamorarme y a la que sólo vería de forma esporádica y en encuentros triviales.

-¿Cuándo vendrá a nuestra casa, *mister* Allan?

Su voz sonaba rara y los tres volvieron la cabeza para mirarla.

-En cuanto me ponga bien...

Y vacilé, pues no sabía cómo llamarla. *Miss* no le cuadraba, *devi* no me atrevía. Esa confusión me hizo sonrojarme y me deshice en excusas.

-Perdóneme por haberme encontrado sin afeitado y con la habitación en desorden. Hoy no me he sentido nada bien.

Y esboqué el mismo gesto falso de extremado cansancio, rezando mentalmente para que se fueran pronto y poder cortar una situación que me estaba pareciendo insoportable.

-¿Sabes, Allan? He decidido invitarte a que vengas a vivir a mi casa -dijo el ingeniero-. Mi esposa es quien me ha dado la idea. Tú no estás acostumbrado a las comidas indias y, si has de quedarte en Calcuta, temo que la vida de aquí, con lo débil que estás por tu enfermedad, te resulte fatal. Además, hay otra cosa: ahorrarías una importante cantidad de dinero y, al cabo de un año o dos, podrías marcharte a ver a tu familia. Para nosotros, tu presencia, creo que no necesito decírtelo...

Concluyó sus palabras con la misma sonrisa húmeda y ancha de rana. Maitreyi me miró directamente a los ojos sin decirme nada, sin preguntar, expectante. ¡Qué rabia me da ahora no haber anotado, nada más marcharse ellos, la gran turbación que en mi interior causaron las palabras de Narendra Sen! Lo recuerdo de forma muy imprecisa (y esta imprecisión no se debe tanto a la lejanía temporal como a los innumerables sentimientos y revueltas que experimenté desde entonces y que casi neutralicé, los cuales envolvieron en una capa gris de trivialidad aquellos preliminares), me acuerdo de que dentro de mí gritaban dos almas; la una me incitaba a la vida nueva que ningún blanco, hasta donde yo sé, había conocido directamente en sus fuentes, una vida que la visita de Lucien me había descubierto como maravillosa, y a la cual la presencia de Maitreyi confería el misterio y fascinación de una leyenda hacia la que me sentía atraído y desarmado; y la otra alma se revolvía contra aquella conspiración urdida en la sombra por mi jefe para paralizar mi libertad e implicarme en una existencia de rigidez y misterios, en la que

quedarían sacrificados mis placeres juveniles, la bebida prohibida y la asistencia al cine muy espaciada . Yo sentía con gran fuerza ambos impulsos como míos. Pero no podía retrasar en demasía mi respuesta y mi agradecimiento.

-Le quedo muy agradecido, Mr. Sen. Pero temo molestarle –musité mirando a las chicas, que disfrutaban a rabiar con mi cautiverio (el ingeniero y Maitreyi estaban al lado mismo de la cama y Harold y las muchachas junto a la ventana).

-No digas tonterías -dijo riendo Narendra Sen-. Hay muchas habitaciones libres en la planta baja, junto a la biblioteca. Y además, tu presencia servirá de catalizador a la obra de civilización de mi familia, créeme.

Me pregunté entonces si eso lo dijo en tono irónico. Recuerdo que, hablando una vez con las chicas sobre el ingeniero y su hermosa hija, les dije en broma que necesitaba que ellas me ayudaran. Que si nos volvíamos a encontrar el ingeniero, ellas y yo, Geurtie me preguntara en plan ingenuo: «Allan, ¿qué tal tu novia?» Yo me haría el incomodado y le haría señas de que se callase, pero ella seguiría hablando: «Venga, no te hagas el inocente, te estoy preguntando qué tal Norinne», (o Isabel, o Lilian, el primer nombre de mujer que se le ocurriera).

Casi se me había olvidado aquella chanza cuando Geurtie se dirigió a mí y me preguntó, guiñando maliciosamente el ojo:

-Allan, ¿qué tal tu novia?

Y sin esperar respuesta (el ingeniero se quedó desconcertado con sus carnosos labios abiertos; Maitreyi levantó ligeramente la cabeza para mirar a Geurtie), continuó, al parecer de muy buen humor.

-¡Venga, no te hagas el inocente! Tendrás que preguntarle a ella antes de mudarte a la casa de Mr. Sen, ¿no es cierto?

-Sin duda ninguna -asintió tratando de sonreír el ingeniero.

Maitreyi la miraba con auténtico estupor; acto seguido clavó la mirada en los ojos de su padre.

-Te hemos traído algo para leer, Allan -dijo rápidamente el ingeniero para cortar la escena-. Mi hija ha elegido *Out of the East* de Lafcadio Hearn. Pero ahora ya es tarde para que te lea.

-No puedo leer nada, *baba* -dijo Maitreyi-. Mi inglés es incomprendible.

Eso lo dijo poniendo sumo cuidado en la pronunciación y el acento.

-Pero, Allan, no me habías dicho nada de tu novia -volvió a la carga Geurtie, descontenta de que su intervención hubiera quedado por debajo de las expectativas.

-¡Ah! Déjame en paz. No tengo ninguna novia -grité yo furioso tanto por mi estupidez como por la suya.

-Miente -dijo en voz baja, casi confidencial, dirigiéndose al ingeniero-. Es un tremendo crápula.

Escena. El ingeniero miraba a su hija desconcertado y confuso. Maitreyi los miraba a todos con su mirada ausente e inhumana. Harold creía que la batalla estaba ganada y me hacía señas desde la ventana. A mí todo eso me parecía ridículo hasta más no poder

y, como en una situación ridícula soy incapaz de tomar decisiones sino que espero a que ocurra algún milagro que la zanje, tenía los ojos clavados en un punto fijo y me frotaba la frente para salir del apuro fingiendo un gran dolor.

-Es hora de dejar descansar a Allan -dijo Mr. Sen, dándome la mano.

-Nosotros nos vamos también ahora mismo -añadió Harold despidiéndose del ingeniero y de Maitreyi (a la que, por otro lado, no sabía cómo saludar).

Cuando salieron, las chicas se acercaron a mi cama muertas de risa y se pusieron a felicitarme en plan irónico.

-¡Eh, Allan, estás perdido, muchacho! -dijo Geurtie. -Pero no es fea -dijo de pasada Clara-, sólo que me parece sucia, como todas las indias. ¿Qué se echa en el pelo?

De pronto se adueñó de mí la cobardía. Comencé a murmurar del ingeniero y de Maitreyi, sin creer una sola palabra de lo que decía, pero escuchando divertido lo que me decían las chicas y Harold. De mi conciencia se evaporó cualquier rastro de fascinación y respeto. Especialmente, no comprendía nada de lo que había pasado.

-Vale, vamos a repasar la lista -dijo Geurtie-. Creo que deberíamos invitar a los hermanos Huber. El mayor, David, tiene coche. A propósito, ¿qué te ha parecido mi presencia de ánimo con lo de la «novia»? Te he salvado, Allan, ya lo sabes.

IV

Cada mañana me despertaba con una sorpresa nueva. Mi catre se encontraba junto a la puerta y las primeras miradas descubrían una habitación extraña con una ventana alta y enrejada, las paredes pintadas de verde, un gran sillón de mimbre y dos taburetes junto a una mesa de trabajo, y varios grabados bengalíes clavados con chinchetas a la derecha de la biblioteca. Necesitaba varios minutos para recordar dónde me encontraba, para entender los ruidos sordos que venían de afuera, a través de la ventana abierta, o del pasillo por la ancha puerta que por las noches atrancaba con una barra de madera. Apartaba el mosquitero que colgaba sobre la cama y salía a lavarme al patio, en una cabina de chapa que cubría una tina de cemento y en la que los criados vaciaban todas las noches docenas de pozales de agua. Aquella ducha improvisada en el fondo del patio era un ceremonial nuevo y reconfortante. Sacaba el agua con un jarro y me la echaba en el cuerpo temblando de pies a cabeza, pues era invierno y el empedrado del patio estaba helado. Pero me sentía orgulloso de mi valor; los demás se llevaban algún que otro pozal de agua caliente y, cuando se enteraron de que yo siempre me duchaba con agua fría, no pudieron ocultar su admiración. Durante varios días no se hablaba en toda la casa más que de mis duchas mañaneras sin agua caliente. Esperaba que también Maitreyi me dijese algo. Me la encontraba todos los días muy temprano a la hora del té, vestida con un sencillo sari blanco y descalza. Un día me dijo (eran sus primeras palabras fuera de las fórmulas convencionales):

-En su país debe de hacer mucho frío. Por eso son ustedes blancos.

Pronunció la palabra «blanco» con cierta envidia y melancolía dejando, sin querer, su mirada sobre mi brazo apoyado en la mesa, que sobresalía medio desnudo de mi blusa de diario. Me sorprendió agradablemente aquella envidia pero en vano intenté proseguir la conversación. Maitreyi acabó el té oyéndonos hablar al ingeniero y a mí y asintiendo con la cabeza cada vez que yo le preguntaba algo directamente a ella.

Casi nunca hablábamos entre nosotros. La veía pasar por el corredor, la oía cantar, sabía que pasaba una buena parte del día encerrada en su cuarto o en la azotea y me irritaba enormemente aquella criatura tan cercana a mí y, no obstante, tan ajena. Además, me parecía que todo el día me observaban, y no por alguna suspicacia, sino porque temieran que me sintiese cohibido en mi nueva casa. Cuando me quedaba solo, riéndome de todo lo que me parecía extraño e incomprensible, me obsequiaban a cada momento con dulces, fruta, té con leche o nueces de coco cuidadosamente preparadas. Me lo traía un servidor con su velludo torso desnudo, el único con el que podía intercambiar unas palabras en indostaní. Yo veía cómo miraba con avidez mis cosas y cómo se quedaba sentado a la turca al lado de la puerta devorándome con los ojos, sin atreverse a marcharse; me preguntaba si la cama era lo bastante buena, si el mosquitero me protegía bien de los mosquitos, si me gustaba la leche cruda, si tenía hermanos, si tenía nostalgia de mi país y si sabía que en la habitación del piso de arriba estaban la señora Sen y las otras mujeres a las que tenía que repetirles, palabra por palabra, todo lo que yo le contase.

Maitreyi me parecía altiva y desdeñosa. Frecuentemente le sorprendía en la mesa una sonrisa distante y un poco maliciosa. Se levantaba la primera para ir a comer *pan* y, cuando entraba a la habitación contigua, la oía reírse y hablar en bengalí. Conmigo no

hablaba nunca cuando había más gente a nuestro alrededor y, si la encontraba sola, yo no me atrevía. Me daba miedo quebrantar alguna norma de ese desconocido ceremonial de la buena educación india. Por eso fingía no verla y me retiraba a mi cuarto. Me preguntaba a veces qué pensaría ella de mí, qué tipo de alma escondería bajo aquella expresión tan cambiante de su rostro (pues había días en que estaba más fea, y otros estaba tan guapa que no me cansaba de mirarla). Sobre todo me preguntaba si sería estúpida como todas las otras chicas o si sería, realmente, simple y primitiva, tal y como yo me imaginaba a las indias. Luego, para no dejarme llevar por pensamientos estúpidos, sacudía la ceniza de la pipa y volvía a la lectura. La biblioteca del ingeniero ocupaba dos habitaciones en la planta baja y todos los días ponía sobre mi mesa algunos libros.

Una vez (sólo habían pasado unas semanas desde mi llegada a Bhowanipore) me encontré con Maitreyi en el porche. La saludé casi maquinalmente, llevándome las palmas de las manos a la frente, ya que, sin saber por qué, me parecía estúpido quitarme el salacot ante una india (tal vez porque podría herirla con un saludo extraño a su raza; o quizá la saludara así para ganarme su confianza).

-¿Quién le ha enseñado nuestro saludo? -preguntó sonriéndome de una forma inesperadamente amistosa.

-Usted -dije recordando la lamentable escena cuando nos conocimos en el coche.

Me miró un momento, el semblante se le descompuso de un miedo casi carnal, los labios le temblaron y echó a correr por el pasillo sin decirme una palabra más. Yo me metí desazonado en mi habitación. Decidí contarle al ingeniero todo esto, confesarle lo cohibido que me sentía y pedirle que me aconsejara.

Días después, al volver del despacho me eché en la cama, cansado, con la mente en blanco. Maitreyi llamó a mi puerta.

-Por favor, avíseme cuando vuelva mi padre -dijo tímidamente apoyándose en la puerta.

Salté de la cama aturdido (confieso que no sabía cómo comportarme con esta chica) y le dije todo lo que sabía, con más palabras de las necesarias y sin osar invitarla a pasar y ofrecerle asiento.

-Me ha enviado mi madre a preguntarle -añadió con timidez pero aguantándome la mirada-. No se distrae usted mucho en nuestra casa. Se pasa horas enteras solo aquí, en su cuarto. Mi madre dice que si trabaja después de la puesta de sol, enfermará.

-¿Qué otra cosa podría hacer? -le pregunté.

-Si lo desea, puede hablar conmigo. O puede pasear.

-Ya no tengo amigos -le dije sinceramente, acercándome a la puerta-. No tengo a dónde ir. Y ya me paseo bastante al regresar del trabajo.

-Lo pasaba mejor allí, en Wellesley Street -dijo ella sonriendo.

Luego, como si se hubiese acordado de algo, se dirigió al porche.

-Voy a ver si ha llegado alguna carta.

Me quedé apoyado en la puerta, esperándola. Tarareaba una canción sin melodía, como las que yo oía por las noches, antes de dormir, en su habitación. Sabía que arriba estaba su habitación, las ventanas daban a la callecita que atravesaba el solar y una puerta se abría sobre un balcón revestido de glicinas de flor roja. Yo la oía cantar y

pelearse con su hermana pequeña, notaba cuándo salía al balcón y desde allí llegaba un grito de pájaro sorprendido en respuesta a algo que le preguntaban desde abajo:
¡Yachél

Regresó con varias cartas y se paró enfrente de mí, tratando de atar la llave a la punta de su sari.

-Yo soy la que se encarga del buzón —dijo con orgullo-. Pero a mí no me escribe nadie -añadió un tanto triste, mirando los nombres de los sobres.

-¿Quién podría escribirle?

-La gente. ¿Para qué sirve el correo si no recibo cartas de las personas a las que no veo?

La miré sin entender. Ella también se quedó unos instantes con los ojos cerrados, como pensando en algo que la asustase.

-Me parece que he cometido un error gramatical -dijo para explicar su turbación.

-No ha habido ningún error.

-Entonces, ¿por qué me mira así?

-No la entendía muy bien ¿Cómo quiere que le escriban personas desconocidas?

—No es posible, ¿verdad? Lo mismo dice mi padre. Mi padre dice que usted es muy inteligente, ¿es cierto?

Esboqué una estúpida sonrisa y traté de hacer una broma pero continuó.

-¿Quiere ver la azotea?

Acepté con gusto, pues me moría de ganas por tumbarme allí, en el tejado de la casa, para ver el cielo a mis anchas, los cocoteros y el jardín, ver desde arriba aquel barrio de parques y villas en el que al principio me perdía casi a diario.

-¿Puedo ir así como voy?

Me miró sorprendida. Le expliqué:

-Voy en zapatillas de tenis, sin calcetines, no llevo corbata ni chaqueta.

Seguía mirándome. Luego preguntó con rara curiosidad:

-¿En su país cómo se sube a la azotea?

-Nosotros no tenemos azoteas.

-¿Ninguna en absoluto?

-Ninguna.

-Debe de ser triste. Entonces, ¿cómo ven el sol?

-En la calle, en el campo...

Se quedó un instante pensativa.

-Por eso son ustedes blancos. Son muy hermosos. A mí también me gustaría ser blanca. Pero eso no es posible, ¿verdad?

-No lo sé, supongo que no. Quizá con polvos.

Tuvo una mirada de desprecio.

-Los polvos se lavan. ¿Se ponía usted polvos cuando era pequeño?

-No, nadie se pone polvos cuando es pequeño.
Me miró feliz.

-Si se los hubiese puesto, habría enfermado. Eso dice Tolstoi.

Volví a asombrarme y seguramente yo la miraría a ella muy divertido, pues inmediatamente se puso seria.

-¿No conoce al conde Lew Tolstoi, al gran escritor ruso? -lo pronunció a la inglesa, Liu-. Escribe muy bien. Fue rico pero a la vejez lo dejó todo y se retiró al bosque; cualquiera diría que era un indio.

Se acordó de la azotea y me invitó. Subimos los dos la escalera, yo un poco intimidado porque tenía que pasar por delante de la habitación de las mujeres, ella hablando en voz alta para que la oyese su madre y supiera que me «distrayía», como luego me confesó. (Mi anfitriona se había pasado varias noches desvelada pensando en lo difícil que iba a ser para mí vivir sin «distracciones»: sin música, sin el gramófono y sin amigos.) Cuando llegué arriba, me entró de pronto una alegría sin límites. Nunca hubiese podido adivinar lo diferente que se veía el mundo desde la azotea de una casa, lo tranquila que aparecía la ciudad y lo verde que era nuestro barrio. Todos los días pasaba por los árboles de Bhowanipore pero jamás creí que hubiera tantos. Me apoyé en el antepecho y miré hacia abajo, al patio. Me vino a las mientes el día en que divisé a Maitreyi tumbada en los escalones y riendo. Parecían haber pasado años desde entonces. Y también desde que Maitreyi vino medrosa a la puerta de mi cuarto a decirme: «Por favor, avíseme cuando vuelva mi padre». No la entendía; me parecía una niña, una criatura primitiva. Me atraían sus palabras, me encantaban su pensamiento incoherente y sus ingenuidades. Durante mucho tiempo me gustaba pensar que yo era un ser completo al lado de aquella bárbara.

-Mi hermana no habla bien inglés -me dijo trayendo de la mano a Chabú-, pero lo entiende todo. Le ruega que le cuente un cuento. También a mí me gustan los cuentos.

Otra vez me quedé atontado e inerte delante de esas chicas que se cogían de la mano bajo el cielo de un atardecer primaveral como jamás había visto. Tuve la sensación extraña de un sueño, de un instantáneo cambio de decorado. Como si por algún lado se hubiese levantado un telón. O quizá fuera yo el que había cambiado; no lo sé.

-Hace mucho que no leo cuentos -respondí tras una pausa bastante larga-. Además, yo no sé contar cuentos. Eso de los cuentos es un don. No lo tiene cualquiera.

Las dos se entristecieron de manera tan espontánea y sincera que me sentí culpable y comencé a pensar si por casualidad no recordaría alguno de los cuentos leídos durante mi infancia. Pero ninguno me acudía a la mente. Me sentía como un imbécil y la conciencia de mi opacidad me paralizaba. Pasé revista rápidamente: Perrault, Grimm, Andersen, Lafcadio Hearn. Todos me parecían conocidos. Me parecía que haría el ridículo contándoles el cuento de Caperucita Roja, el de la Bella Durmiente o el del tesoro

encantado. Me habría gustado saber algún cuento maravilloso, con muchas aventuras y peripecias, que le gustase a Maitreyi. Un cuento digno, en fin, de un joven inteligente y leído; un cuento original, impresionante y simbólico. Y no se me ocurría ninguno.

-Cuéntame un cuento con un árbol -dijo Chabú mirando a su hermana para saber si se había expresado bien.

Pensé que podría improvisar algo y empecé:

-Érase una vez un árbol y, a los pies de ese árbol, había escondido un tesoro. Un caballero...

-¿Qué es un caballero? -preguntó Chabú.

Su hermana se lo explicó en bengalí mientras yo trataba de inventarme algo para seguir adelante.

-Un caballero soñó una noche que un hada le enseñaba el lugar del tesoro. (Me pareció tan ridículo lo que había dicho que me dio vergüenza mirar a las chicas y me incliné a atarme los cordones de los zapatos.) Con ayuda de un espejo encantado el caballero encontró el tesoro. (Me resultaba imposible continuar. Me parecía que Maitreyi entendía mi embarazo pero, cuando levanté los ojos, la vi escuchando atentamente y, por lo visto, muy interesada en la continuación.) Pero cuál no fue su sorpresa, cuando descubrió encima del tesoro un dragón vivo, con ojos como brasas y echando lumbre por la boca (me sonrojé al pronunciar las últimas palabras.) Entonces...

-¿Y el árbol? -me interrumpió Chabú-. ¿Qué dijo el árbol?

-Este no era un árbol encantado y no tenía el don de hablar, conque no dijo nada.

-¿Y por qué tiene que estar encantado para poder hablar? preguntó Chabú.

Me sentí un tanto incómodo y dije para mis adentros: panteísmo.

-En fin, así es el cuento. No todos los árboles tienen alma, sólo los encantados.

Chabú se puso a hablar de forma vehemente con Maitreyi y, por vez primera, lamenté no entender una palabra de su idioma. Eran sonidos dulces, a la manera italiana, vocales alargadas, como si de un momento a otro su conversación fuera a transformarse en un canto.

-¿Qué dice? -le pregunté a Maitreyi.

-Me pregunta si el árbol de ella tiene alma. Yo le he dicho que todos los árboles tienen alma.

-¿Es que tiene un árbol suyo?

-No es lo que se dice un árbol. Es el arbusto del patio, ése de las ramas que llegan hasta el barandal del porche. Chabú todos los días le da de comer bizcocho, dulces y las migajas de todo lo que come ella.

Era feliz y me repetía: panteísmo, panteísmo. Pensaba en los preciosos documentos que tenía delante.

-Bien, Chabú, pero el árbol no come bizcochos.

-¡Pero yo sí que como! -contestó muy sorprendida a mi observación.

Pensé que no había que desperdiciar ese descubrimiento y, pretextando que iba a fumarme una pipa, bajé a mi cuarto. Atranqué la puerta y anoté en el diario: *Primera conversación con Maitreyi. Hay que destacar el primitivismo de su pensamiento. Una niña que ha leído demasiado. Hoy, en la azotea, lance desagradable con el cuento. Soy incapaz de contar cuentos; quizá sea por culpa de mi malestar ante todo lo inocente e ingenuo. La revelación ha sido Chabú, un alma panteísta. No hace diferencias entre sus sentimientos y los de los objetos; por ejemplo, da bizcochos a un árbol porque ella los come aunque sabe que «el árbol» no los puede comer. Muy interesante.*

Después de escribir estas líneas en el diario, me tumbé en la cama y me entregué al fluir de mis pensamientos. No sé qué dudas me asaltaron entonces, ya que me levanté al cabo de varios minutos, volví a abrir el diario y añadí: *Quizá me equivoque.*

Por la noche estuve trabajando con el ingeniero en su despacho. Antes de separarnos, apoyó la mano en mi hombro y me dijo:

-Mi esposa te aprecia mucho, Allan. Quiero que te sientas aquí como en tu casa. Puedes moverte a tus anchas por todas las habitaciones. Nosotros no somos ortodoxos y no tenemos un gineceo. Si necesitas algo, haz el favor de pedirselo a mi esposa o a Maitreyi. Creo que sois bastante buenos amigos.

Los sucesos del día me tentaban a decir que sí. Sin embargo le confié mis pequeñas dificultades.

-Todas las jóvenes indias se comportan así delante de un extranjero.

Luego me contó una anécdota. En cierta ocasión en que fue a tomar el té a la legación italiana, el cónsul quiso ayudar a Maitreyi a atravesar un patio interior, pues estaba lloviendo y no había más que un solo paraguas, y la cogió del brazo. Tanto asustó a Maitreyi aquel gesto de un desconocido que echó a correr bajo la lluvia, salió a la calle, se metió en un taxi y no paró de llorar hasta llegar a Bhowanipore y echarse en brazos de su madre. Y eso había pasado un año antes tan sólo, cuando Maitreyi tenía casi quince años, ya había aprobado el examen de ingreso en la universidad y se preparaba para el *Bachelor of Arts*. Otra vez, una familia europea la había invitado a la Ópera, en su palco, y un joven elegante trató de cogerle la mano en la oscuridad, Maitreyi le dijo al oído, pero lo bastante fuerte para que lo oyesen los de al lado: «Te rompo la cara de un zapatazo». Se armó un escándalo. Todo el palco se puso de pie. La señora X (su nombre es demasiado conocido en Calcuta para poderlo mencionar aquí) intervino. Discusiones, explicaciones, excusas.

-¿He cometido algún error de gramática? -preguntó Maitreyi.

Eso me hizo reír con ganas, aunque me preguntaba si esta chica escondía inocencia o un perfecto refinamiento para cultivar el humor y divertirse a costa nuestra. Este pensamiento me venía a la mente siempre que, después, la oía hablar o reír en otra habitación.

-¿Sabes que Maitreyi escribe versos? -me preguntó muy ufano el ingeniero.

-Sólo me lo imaginaba -le respondí.

Esa revelación hacía que Maitreyi, en cierto modo, me resultase antipática. Todas las chicas escriben versos y todos los niños prodigio. Me percataba con desagrado de que el ingeniero quería que su hija apareciese como un niño prodigio. La de veces que me había dicho: «¡Maitreyi tiene talento!», y esos días yo la miraba con cierta inquina. Quizá

por ello sea tan presumida, pensaba yo.

-Escribe poemas filosóficos que le gustan mucho a Tagore -añadió observándome.

-¿Ah, sí? -me hice el indiferente.

Al bajar las escaleras, me encontré con Maitreyi saliendo de la biblioteca.

-No sabía que fueras poetisa -dije con un tono que pretendí sonase irónico.

Se le subieron los colores y se apoyó contra la pared. Ya estaba empezando a fastidiarme esa sensibilidad enfermiza.

-Al fin y al cabo, no es malo escribir versos -añadí-. Lo importante es que sean bonitos.

-¿Cómo sabe usted que no son bonitos? -me preguntó jugueteando con el libro que había sacado de la biblioteca.

-No lo dudo. Únicamente me preguntaba qué puede usted saber de la vida para escribir poemas filosóficos.

Se quedó un momento pensativa y luego se echó a reír. Era una risa cada vez más sincera, apretándose los senos con los brazos con un raro gesto de pudor.

-¿De qué se ríe?

De pronto, se detuvo.

-¿No debería reír?

-No lo sé. No entiendo nada. Después de todo, cada cual hace lo que le apetece. Sólo le he preguntado de qué se reía. Suponía que podía decírmelo.

-Mi padre dice que usted es muy inteligente. (Esbocé un gesto de impaciencia.) Por eso le pregunto siempre. Tengo miedo de cometer errores y que usted se enfade.

La expresión de su rostro me hizo feliz.

-¿Y por qué no quiere que me enfade?

-Porque usted es nuestro huésped. Un huésped es un enviado de Dios.

-¿Y si el huésped es una mala persona? -le pregunté así, como si fuera un niño, aunque la cara se le había puesto muy seria, casi ceñuda.

-Dios lo llama después -respondió con prontitud.

-¿Qué Dios?

-El suyo.

-¿Cómo? ¿Cada hombre tiene un dios suyo?.

Recalqué la última palabra. Me miró, pensó, cerró los ojos y los abrió con una mirada nueva, húmeda y zalamera.

-Me he equivocado, ¿verdad?

-¿Cómo quiere que lo sepa? -dijo para ocultar mi confusión-. Yo no soy filósofo.

-Yo sí que lo soy -repuso ella en seguida, sin pestañear-. Me gusta pensar, hacer versos, soñar.

Dije para mí: «Ésta no tiene ni idea de filosofía», y sonreí.

-Me gustaría ser vieja -dijo de repente con una voz cálida y melancólica que me impresionó-. Vieja como Robi Thakkur.

-¿Quién es Robi Thakkur? -le pregunté con una incomprensible zozobra.

-Tagore. Me gustaría ser tan vieja como él. Cuando se es viejo, se ama más y se sufre menos.

Acto seguido se ruborizó de lo dicho e hizo ademán de marcharse pero se detuvo y se dominó pues me miró y seguramente se percató de mi apuro allí, apoyado en la escalera y sin saber cómo tenía que comportarme con ella.

-Mi madre está muy enfadada porque ha leído en un libro que en Europa se sirve un plato de sopa todas las noches. En nuestra casa nunca se toma sopa, por eso está más delgado. Nosotros el caldo no lo conservamos, se lo damos a los pájaros.

-A mí tampoco me gusta la sopa -traté de tranquilizarla.

-¡Es una lástima! -dijo, y hubo un momentáneo brillo en sus ojos.

Al fin y al cabo, ¿qué importancia puede tener?

-Para mi madre sí.

Quiso decir algo más pero se calló. Yo me sentía violento con ese brusco silencio y no sabía qué pensar de ese brillo de ira en sus ojos. «La habré enfadado», dije para mí.

-Le ruego que me perdone si me he equivocado en algo -dije yo con suavidad-. No sé cómo comportarme con los indios.

Ella se disponía a subir las escaleras pero se detuvo al oírme.

Volvió a quedárase mirando, pero esta vez de forma extraña

(¡Oh! ¿Cómo podría describir esas miradas siempre cambiantes, siempre?), pues yo también me quedé con los ojos muy abiertos clavados en ella.

-¿Por qué me ha pedido perdón? ¿Por qué se empeña en hacerme sufrir?

-Ni muchísimo menos -me excusé torpemente-. Me pareció haberla enfadado y entonces...

-¿Cómo puede pedir perdón un hombre a una muchacha?

-Cuando uno se equivoca, ha de... En fin, así suele ser.

—¿A una muchacha?

-Y a un niño -me alabé yo-. Por lo menos...

-¿Todos los europeos hacen lo mismo?

Vacilé.

-Los auténticos europeos, sí.

Se quedó pensativa y cerró un instante los ojos, pero sólo un instante, porque en seguida rompió a reír y de nuevo se tapó los senos con los brazos en un gesto de timidez.

-Tal vez sólo se pidan disculpas entre ellos, blancos entre blancos. ¿Me pediría a mí alguien perdón?

-Naturalmente.

-¿Y a Chabú?

-A ella también.

-Chabú es más negra que yo.

-No es verdad.

Volvieron a brillarle los ojos.

-Pues sí que lo es. Mi madre y yo somos más blancas que Chabú y que mi padre. ¿No se ha dado cuenta?

-Bien, ¿y eso qué tiene que ver?

-¿Cómo? ¿Le parece indiferente? A Chabú le costará más casarse porque es más negra y habrá que darle mucho más dinero.

Al decir esto se ruborizó y le entró gran desazón. La verdad era que yo también me sentía bastante confuso ya que ahora sabía muchas más cosas sobre el matrimonio indio que antes, cuando estuve de visita con Lucien, y comprendía lo desagradable que era para una muchacha india hablar de semejantes tratos. Por suerte para ambos, la señora Sen llamó a Maitreyi, que subió corriendo feliz, con el libro debajo del brazo y gritando:

-¡Yaché!

Me volví a mi cuarto verdaderamente encantado de todo lo que había descubierto aquel día. Me lavé, pues se acercaba la hora de cenar (cenaba muy tarde, a las 10 o las 11, según la costumbre bengalí y, después de cenar, todos se acostaban), y abrí el diario para añadir algunas líneas. Me quedé unos segundos con la pluma en el aire y cerré el cuaderno diciéndome: «tonterías».

V

Me gustaría confesar desde el principio, y con toda claridad, que yo nunca había pensado en el amor durante los primeros meses pasados en compañía de Maitreyi. Me atraía mucho más su naturaleza, me sentía fascinado por el misterio de su vida. Si a menudo pensaba en Maitreyi, si en mi diario de aquellos días hay anotadas muchas palabras y hechos suyos y si, especialmente, me desazonaba y me intranquilizaba, eso se debía a lo extraño e incomprensible de su mirada, de sus respuestas y de su risa. Es cierto que me sentía atraído hacia esa muchacha. No sé qué encanto ni qué atractivo tenían incluso sus pasos. Pero mentiría si no dijera que toda mi vida en Bhowanipore -y no solo Maitreyi- me parecía milagrosa e irreal. Había entrado tan rápidamente y sin reservas en una casa en la que todo me parecía incomprensible y cargado de incertidumbres, que a veces me despertaba de aquel sueño indio y volvía con el pensamiento a *mi* vida, a nuestra vida. Entonces me daban ganas de sonreír. Desde luego, algo había cambiado. Ya no me interesaba casi nada de mi antiguo mundo, ya no veía a nadie excepto a los invitados de la familia Sen, e incluso había comenzado a cambiar mis lecturas. Poco a poco fue decayendo el interés por la física y las matemáticas y pasé a leer novelas, libros de política y, principalmente, de historia.

Sin embargo ocurrió otra cosa. Maitreyi me preguntó un día si yo querría aprender bengalí; ella se ofrecía a darme clases. Ya en la primera semana de estar allí me había comprado un manual sencillo de conversación en bengalí. Lo leía a escondidas y me esforzaba por comprender el sentido de aquellas palabras que gritaba Maitreyi cuando la llamaban o cuando se enfadaba. De este modo aprendí que *yaché* significaba «voy en seguida» y *¡ki vishan!* -que oía en cualquier conversación- era una especie de exclamación que significaba algo así como «¡qué estupendo!». Mi manual no me enseñaba mucho más, y cuando Maitreyi me propuso darme clases, acepté. A cambio, yo tenía que darle a ella de francés.

Aquel mismo día, después de comer, nos pusimos manos a la obra en mi habitación. Al principio me sentía cohibido de dar las clases en mi cuarto, y propuse la biblioteca, pero el ingeniero me aconsejó que lo hiciésemos en mi cuarto por ser un lugar mucho más tranquilo. (Los visibles esfuerzos que hacía Sen para que trabase amistad con Maitreyi y la tolerancia excesiva de la señora Sen me desconcertaban y me volvían maliciosamente suspicaz. A veces llegaba a preguntarme si no estarían pensando en casarme con su hija aunque, lógicamente, eso era imposible, pues todos ellos perderían su casta y su nombre si consintieran una boda semejante.)

Nos sentamos a la mesa, yo bastante separado de ella, y Maitreyi empezó con la clase. En seguida comprendí que así no aprendería bengalí, que tendría que hacerlo solo. Maitreyi me explicaba las cosas de una forma tan bella y me miraba tan de cerca que yo la oía pero no se me quedaba nada de lo que decía. Solo de vez en cuando, murmuraba: «Sí».

La observaba y me abandonaba a mis propias miradas, a esa voluntad fluida que nada tiene que ver con los ojos aunque emane de ellos. Nunca había visto un semblante que se rebelara con más tenacidad contra la belleza plástica. Guardo todavía tres fotos de Maitreyi, pero cuando las saco del cajón y las miro no la reconozco en ninguna de ellas.

A continuación vino, según habíamos acordado, la clase de francés. Me puse a explicarle los pronombres y la pronunciación, pero Maitreyi me interrumpió.

-¿Cómo se dice «soy una chica joven»?

Se lo dije y repitió muy contenta:

-Je suis jeune filie, je suis jeune filie!

Lo pronunció con asombrosa perfección. Pero mi clase era inútil porque me interrumpía constantemente para que le dijese en francés un montón de frases y palabras sin ningún sentido.

-Hable algo, tradúzcalo y yo lo repetiré -por lo visto le parecía el método mejor.

Nos enzarzamos entonces en una serie de curiosas conversaciones, pues Maitreyi me preguntaba sin cesar si yo le traducía *exactamente* lo que antes le había dicho en francés.

-Yo diría una cosa y luego traduciría otra -me confesó.

Al cabo de varias clases ya no me miraba, sino que hacía garabatos con el lápiz en la libreta mientras yo explicaba. Escribía decenas de veces «Robi Thakkur», después firmaba, dibujaba una flor o escribía con letra redondilla «Calcuta», «lo siento», «¿por qué?», o improvisaba versos en bengalí. Yo, cuando ya no podía mirarla a los ojos, hablaba como si estuviera ante una extraña. Sin embargo no me atrevía a pedirle que dejara de hacer aquello.

-¿Por qué no quieres decirme que no te gusta que escriba mientras tú hablas? -me preguntó de pronto, mirándome fijamente a los ojos y con una voz tan femenina que me sorprendió.

Le contesté algo de pasada y continué la clase, azorado, es cierto, pero un tanto enfadado. Ella volvió a bajar la mirada al cuaderno y escribió: «Es tarde, muy tarde, pero no es tarde».

-¿Qué significa esto?-le pregunté, pues no pude evitar mirar la libreta.

-Solo jugaba -contestó ella borrando lo escrito letra a letra y dibujando una flor encima de cada palabra-. Se me acaba de ocurrir: voy a darle clase de francés a Chabú.

Recuerdo que me entró una risa loca que incluso le divirtió a ella.

-¿Crees que no podría? Sería un profesor mejor que tú, incluso de francés.

Habló con una seriedad sardónica, mirándome de soslayo, como nunca la había visto antes, y eso me hizo estremecerme de alegría, pues me parecía mucho más femenina, más *mía*. La comprendía mejor cuando se comportaba como una mujer que en su papel de bárbara sin principio y sin fin, de «panteísta», como la llamaba yo. No sé lo que le repliqué en francés. Tampoco quise traducírselo. Pero ella se animó, se puso colorada y me pidió que le repitiese la frase. La memorizó perfectamente y cogió de la mesa el diccionario inglés-francés; comenzó a hojearlo para buscar las misteriosas palabras que yo no había querido traducirle. (En realidad, no era nada; le dije una tontería cualquiera.) No encontró ninguna de ellas y eso la dejó muy descontenta.

-No sabes jugar -me dijo.

-Ni quiero cuando estoy dando clase -respondí yo intentando parecer más seco de lo que era.

Eso le dio que pensar y cerró un momento los ojos, según su costumbre. Tenía los párpados más pálidos, con una leve y encantadora sombra cárdena.

-Voy a ver si han llegado cartas -dijo y se levantó rápidamente de la mesa.

La esperé. Estaba irritado porque veía que no aprendía nada y temía que el ingeniero pensara que era por mi culpa. Volvió enseguida, muy abatida, con dos flores de glicina que había cogido en el porche. Se sentó y me preguntó:

-¿Quieres que volvamos a empezar la clase? *Je suis une jeune fille...*

-Bien, ya veo que eso te lo sabes. ¿Y qué más?

-J'apprends le français.

-Eso es de la semana pasada.

-¿Le enseñabas francés a aquella chica del coche? -me preguntó de repente volviendo a mirarme con expresión un tanto medrosa.

Me di cuenta de que se refería a Geurtie, a la que había visto sentada encima de mí, y me sonrojé.

-Habría sido muy difícil -me defendí yo-. Aquella chica era muy torpe. Aunque hubiese estado enseñándole cinco años...

-¿Qué edad tendrás dentro de cinco años? -me interrumpió Maitreyi.

-Entre treinta y treinta y uno -contesté halagado.

-Ni la mitad que él -murmuró como hablando consigo misma.

Bajó los ojos al cuaderno y comenzó a escribir «Robi Thakkur» en caracteres bengalíes y en alfabeto latino. Esto me irritó por muchas razones. Primero, porque me intrigaba su pasión por un hombre de setenta años; segundo, porque se había desviado del tema de Geurtie (con la que, según me parecía, podría haberla puesto un poco celosa); y, en fin, porque intuía que me estaba tomando el pelo y se mostraba más ingenua de lo que realmente era. Por nada en el mundo hubiese podido aguantar que me tomara el pelo una chiquilla de dieciséis años por la que no sentía ninguna clase de amor sino que sólo me inspiraba delicias intelectuales. Por eso no tomé en cuenta durante mucho tiempo sus numerosas artimañas, hábiles y discretas, con las que seguramente intentaba cogerme en falta y dejarme en evidencia. Al fin y al cabo, yo era el primer hombre joven al que Maitreyi conocía más de cerca, vivía en su misma casa, era blanco y no le faltaban motivos para que yo le gustara. Ese pensamiento me daba alas y me gustaba cultivarlo. Como me sabía inmune, sentía que podría estar por encima del juego, que me podría implicar en su posible pasión pero que siempre me quedaría libre ante mí mismo. El diario de aquellas semanas es muy elocuente a este respecto. Yo observaba el juego de Maitreyi con mucha lucidez. Y es que desde que se le había ido aquella timidez del principio y comenzaba a hablar abiertamente conmigo, Maitreyi me daba la impresión de estar representando una comedia.

Se levantó, recogió los libros y tomó una de las flores.

-He escogido las más rojas -dijo mirando el ramo de glicinas.

Se disponía a marcharse.

-Llévate las dos -le dije señalándoselas mientras rellenaba mi pipa con tabaco para mostrarle lo poco que me importaban sus flores.

Se volvió y cogió la otra, me dio las gracias por la clase y se marchó. Pero, al llegar a la puerta, se dio media vuelta, arrojó una flor a mi mesa (la otra se la había puesto en el pelo) y echó correr. La oía subir las escaleras de cuatro en cuatro.

No sabía qué pensar. ¿Era una declaración? Abrí el diario y recogí la escena con un comentario estúpido.

Al día siguiente, durante el desayuno y antes de ir al despacho, Maitreyi me preguntó de pasada lo que había hecho con la flor.

-La estrujé -mentí para que se figurara que en mi alma estaba comenzando a nacer un sentimiento amoroso.

-Yo la perdí por la escalera -confesó con aire triste.

Estuve todo el santo día pensando en aquella escena y me imaginaba un montón de episodios a cuál más absurdo. Al volver del despacho me miré en el espejo y, por vez primera en mi vida, me habría gustado ser más guapo. Pero tengo un fondo de humor que nunca me abandona y, al sorprenderme frente al espejo haciendo monerías como un artista de cine, me eché a reír a mandíbula batiente y me tiré en la cama, feliz de ser un joven inteligente y lúcido. Entonces entró Maitreyi con los libros debajo del brazo.

-¡Damos clase hoy? -me preguntó con voz tímida.

Empezamos con el bengalí, en el que hacía muchos progresos porque estudiaba yo solo por las noches y hablaba todo el tiempo con Chabú sólo en bengalí. Maitreyi me puso un ejercicio de traducción y, mientras yo escribía, me preguntó:

-¿Dónde has puesto la flor?

-La estrujé.

-Enséñamela.

Me sentía en un brete porque lo cierto era que la había tirado por la ventana.

-No puedo.

-¿La tienes en algún sitio bien escondida? -me preguntó con sumo interés.

Me callé dejando que se lo creyera y seguimos con la clase. Cuando se fue, salí al porche, arranqué una flor que se me antojaba parecida a la otra y la estrujé, al tiempo que la marchitaba un poco con la ceniza de la pipa, para que pareciese cortada un día antes. Me encontré con Maitreyi en la mesa. Los ojos le brillaban de forma extraña y continuamente le entraban ganas de reír.

-Dice mi madre que no hacemos más que tonterías.

La miré helado de estupor y posé mi mirada sobre la señora Sen, quien sonreía con magnanimidad. El pensar que estimulaba nuestras gansadas sentimentales me produjo

una sensación de repulsión. Me daba la sensación de que en medio de todo había un contubernio general para que me enamorase de Maitreyi. Así me expliqué entonces por qué nos dejaban siempre solos, por qué el ingeniero se pasaba el tiempo en sus habitaciones leyendo novelas policiacas, por qué ninguna de las mujeres que había en el piso de arriba bajaba nunca a espiarnos. Me dieron ganas de echar a correr inmediatamente de la casa pues no hay nada que me repugne más que una confabulación matrimonial. Bajé los ojos y comí en silencio. Sólo estábamos nosotros tres: Maitreyi, la señora Sen y yo. El ingeniero cenaba en casa de unos amigos. Maitreyi estuvo hablando durante toda la cena. Además, hacía tiempo que había observado que ella sólo permanecía en silencio cuando estaba delante su padre o algún extranjero. Con nosotros, con los que vivíamos en casa, era bastante parlanchína.

-Por las noches deberías salir a pasear un poco -dijo Maitreyi-. Mi madre dice que estás más delgado.

Contesté algo indiferente y en un tono distante que en seguida captó la señora Sen. Se puso a preguntarle algo a Maitreyi en bengalí, a lo que ésta contestó con enfado y dando patadas debajo de la mesa. Fingí no darme cuenta de nada pero me dolía ver apesadumbrada a la señora Sen, a quien yo quería como a una madre, aunque parecía muy joven y tímida. Cuando me levanté de la mesa, Maitreyi vino detrás de mí por el pasillo. Esto no había sucedido nunca, que por la noche viniese hasta mi habitación.

-Haz el favor de devolverme la flor

En seguida advertí que estaba azorada. Incluso había cometido un error gramatical de bulto. Yo no me atrevía a invitarla a entrar a mi cuarto, pero ella entró directamente sin esperar a que se lo dijera. Le mostré la flor estrujada y le pedí que me la devolviera porque quería conservarla (o algo por el estilo; de cualquier forma, le dije alguna estupidez que pretendía ser misteriosa y un tanto sentimental). La cogió con mano trémula, la miró y luego se echó a reír con tantas ganas que tuvo que apoyarse en la puerta.

-Ésta no es mi flor -dijo muy feliz.
Debí de palidecer un poco porque me miró suspicaz.

-¿Por qué dices eso? -dije con fingida indignación.

-Aquella flor tenía enrollado uno de mis cabellos.

Volvió a mirarme al parecer muy divertida y se fue. La oí cantar en su habitación hasta después de medianoche.

VI

Un día, el señor Sen llamó a mi puerta. Abrí y lo vi preparado para marcharse y a Maitreyi vestida con el sari más bonito que tenía, de color café crudo, con un chal marrón y babuchas recamadas de oro.

-Mi hija va a dar una conferencia sobre la esencia de la belleza -me dijo.

Yo los miré sorprendido y esboqué una hipócrita sonrisa de admiración. Maitreyi jugueteaba indiferente con el chal. Llevaba un rollo de papel manuscrito en la mano e iba cuidadosamente peinada. Sin duda se había perfumado con *Keora atar* porque hasta mí llegaba su embriagador aroma.

-Le deseo sinceramente que tenga mucho éxito. Ojalá no se ponga nerviosa - agregué yo mirándola.

-No es la primera vez que habla en público -explicó el señor Sen orgulloso-. Es una pena que no entiendas bien el bengalí para que pudieras asistir tú también.

Me metí en mi cuarto un tanto desconcertado, con una turbia inquietud en mi alma. Me resultó difícil reanudar la lectura ya que la figura de Maitreyi disertando sobre la belleza me obsesionaba. «O todo esto es un montaje o yo soy un burro », me decía. Jamás hubiese creído que aquella chica pudiese plantearse problemas de esta envergadura. «La esencia de la belleza», repetía yo como un idiota.

Cuando, un par de horas más tarde, oí el coche deteniéndose ante la casa, salí adrede al porche para recibirlos. Maitreyi me pareció un poco triste.

-¿Cómo ha estado? -pregunté dirigiéndome a los dos.

-No todos la han entendido -respondió el ingeniero-. Ha hablado de cuestiones demasiado íntimas: de la creación, de la emoción y de la interiorización de la belleza, y el público no siempre ha podido seguirla.

Por un instante creí que Maitreyi iba a detenerse a charlar conmigo pero cruzó la puerta sin mirarme y echó a correr escaleras arriba. La oí cerrando las ventanas de su habitación. Yo tenía como azogue, conque me puse el salacot y salí dispuesto a pasear por el parque. Cuando estaba bajando los escalones del porche oí que me llamaban desde el balcón.

-¿Adonde vas?

Maitreyi estaba asomada a la balaustrada. Vestía un sari blanco de estar por casa, tenía el pelo caído sobre los hombros y los brazos al aire. Le dije que iba a pasearme por el parque y a comprar tabaco.

-Puedes mandar a un sirviente a comprar el tabaco.

-¿Y qué hago yo?

-Si quieres, sube y charlaremos.

Esa invitación me causó gran desazón porque, si bien podía circular libremente por toda la casa, no había estado nunca en el cuarto de Maitreyi. Llegué allí en un santiamén. Estaba esperándome en la puerta con expresión de cansancio en el rostro, ojos suplicantes y labios extrañamente rojos. (Ese detalle me chocó; más tarde me enteré de que siempre que salía a la ciudad se pintaba los labios con *pan*, según exigía el ceremonial de la elegancia bengalí.)

-Haz el favor de dejar los zapatos aquí -me dijo.

Me quedé en calcetines. Eso me hizo sentirme ridículo y me aturulló aún más. Me invitó a sentarme en un cojín junto a la puerta que daba al balcón. La habitación me pareció más bien una celda. Aunque era tan grande como la mía, no tenía sino una sola cama, una silla y dos cojines. En el balcón había una mesita de escribir que seguramente formaría parte del mobiliario de la habitación. Ni un cuadro en las paredes, ni armario ni ningún espejo.

-En la cama duerme Chabú -dijo ella sonriendo.

-¿Y tú?

-En esta esterilla.

Me la señaló debajo de la cama. Era una esterilla delgada, como un lienzo, hecha de caña de bambú. Yo estaba emocionado; como si de pronto me hubiese visto delante de una santa. En aquel momento casi la adoré. Pero ella se echó a reír y me dijo al oído:

-Muchas veces duermo en el balcón; hace fresco y oigo la calle ahí debajo.

Era una calle por la que no pasaba nadie después de las ocho de la tarde, y que más parecía el rincón de un parque que una calle.

-Me gusta oír la calle -dijo asomándose al balcón-. ¿Adónde va ese camino de ahí abajo?

-A Clive Street.

-¿Y de Clive Street?

-Al Ganges.

-¿Y después?

-Al mar.

Se estremeció y se acercó de nuevo a mí.

-Cuando era pequeña, más pequeña aún que Chabú, íbamos todos los veranos a Puri, a orillas del mar. Mi abuelo tenía una villa allí. Olas como las de Puri no creo que existan en ningún otro mar. Son como esta casa de grandes.

Me imaginé esas gigantescas olas y a Maitreyi conferenciando sobre la esencia de la belleza. No pude reprimir una sonrisa de superioridad.

-¿De qué te ríes?

-Me parecía que exagerabas.

-¿Y por eso tenías que reírte? Mi abuelo exageró más que yo, pues tuvo once hijos.

Se volvió otra vez al balcón. Pensé que la había molestado y balbuceé una excusa cualquiera.

-Es inútil, ahora ya no me pides perdón como la primera vez dijo ella con una fría sonrisa-. Ni tú mismo te crees lo que dices. ¿Te gusta Swinburne?

Ya estaba acostumbrado a su conversación desordenada y le respondí que me gustaba bastante. Me trajo un libro gastado que había en la mesita y me indicó un pasaje de *Anactoria* subrayado a lápiz. Lo leí en voz alta. Cuando llevaba leídos unos cuantos versos me lo arrancó de la mano.

-Seguramente preferirás otro poeta, porque Swinburne no te gusta mucho.

Yo estaba confuso y para excusarme argüí que toda la poesía romántica no valía lo que un solo verso de Valéry. Me escuchaba muy atenta mirándome a los ojos, como durante las primeras clases de francés, y asintiendo con la cabeza a lo que yo decía.

-¿Quieres tomar una taza de té? -me interrumpió justamente cuando criticaba la «poesía filosófica» como tal, a la que yo consideraba híbrida y artificiosa.

Me callé, un tanto irritado por la interrupción. Ella salió al pasillo y le gritó abajo, hacia el patio, al cocinero que preparase el té.

-¡Espero que no me lo derrames en los pantalones a mí como lo derramaste en los de Lucien!

Pensaba que lo tomaría a risa pero se quedó inmóvil en medio de la habitación, exclamó algo en bengalí y salió inmediatamente.

Por sus pasos, supuse que iba al despacho del ingeniero, que se encontraba junto al recibidor. Volvió con dos libros.

-Los he recibido esta mañana de París pero he estado tan sumida en mi conferencia que me había olvidado de ellos.

Eran dos ejemplares de *L'Inde avec les anglais* de Lucien y, como se los había enviado el editor, no llevaban ninguna dedicatoria.

-Uno es tuyo -dijo Maitreyi.

-¿Sabes lo que vamos a hacer? Yo te regalo mi ejemplar con una dedicatoria y tú, también con otra, me regalas el tuyo.

Dio una palmada y fue a buscar la tinta. Apenas podía controlar mi impaciencia mientras yo escribía. *A mi amiga Maitreyi Devi, de su alumno y profesor. En recuerdo de etc.* Ese etcétera la intrigó. En su ejemplar ella había escrito únicamente *A mi amigo*.

-¿Y si alguien me roba este libro?

-¿Qué más da? También ése puede ser amigo mío.

Se sentó en la estera con el mentón apoyado en las rodillas y se quedó mirando

cómo me tomaba el té. Había oscurecido del todo. Abajo, en la calle, se había encendido la farola y la sombra del cocotero había cobrado una extraña forma alargada de color azul. Yo me preguntaba lo que estarían haciendo las otras personas de la casa, pues ni les oía la voz ni los pasos; si no habría en todo esto una conspiración para dejarnos siempre solos, esta vez en la propia alcoba de ella con la única luz del trémulo y azulado resplandor que procedía de la farola.

-Hoy empieza nuestra amistad, ¿no es cierto? -me preguntó Maitreyi con dulzura tomándome de la mano la taza vacía.

-¿Y por qué hoy? Hace mucho que somos amigos, desde que los dos comenzamos a hablar de cosas serias.

Volvió a sentarse en la estera y me dijo que si en verdad fuésemos buenos amigos, me habría confiado su tristeza. Le pedí que lo hiciera pero prefirió callar y mirarme fijamente. Yo también me quedé callado.

-Robi Thakkur no ha estado hoy en la conferencia -dijo.

Esa confesión me dolió. Me habría gustado decirle algo que la hiriese, decirle que se equivocaba si me consideraba un amigo, que era una chica ridícula y enamoradiza.

-Estás enamorada de él -insinué malicioso.

Me disponía a decirle algo que la hiciera enfadar pero ella se volvió de pronto hacia mí y me preguntó de forma destemplada:

-¿Te gusta estar con las chicas en la oscuridad?

-Nunca he estado -contesté al azar.

-Desearía quedarme sola -dijo al cabo de una pausa.

Parecía muy cansada y se fue al balcón a tender la esterilla.

Salí. Me resultó difícil calzarme los zapatos, pues estaba oscuro, y bajé a hurtadillas la escalera con una extraña mezcla de amargura y furor en mi alma. Cuando llegué a mi habitación vi con emoción que todas las luces estaban encendidas.

*

Notas de mi diario de aquel mes:

No es de una belleza normal sino que está fuera de los cánones. Es de una expresividad rebelde, encantadora en el sentido mágico de la palabra. Reconozco que no he podido apartar el pensamiento de ella en toda la noche. Y ahora, en lugar de estar trabajando, pienso en ella, veo su imagen pálida, su figura envuelta en un sari de seda azul oscuro bordado con hilo de oro. Y el pelo... Los persas tenían razón cuando en sus poemas asemejaban el pelo de una mujer a las serpientes. Lo que vaya a pasar no lo sé. Seguramente lo olvidaré.

¿Cuándo encontraré la tranquilidad, Dios santo?

Chabú ha escrito un cuento y Maitreyi me lo ha traducido hoy en la azotea riendo. Podría resumirse así: «Un rey tenía un hijo llamado Phul. Este, cierto día, llegó a caballo a

un gran bosque. Inmediatamente, todo cuanto había en el bosque se transformó en flores; solo el príncipe y el caballo conservaron su forma. Al volver a palacio, el joven le contó al rey lo sucedido pero éste no lo creyó y le riñó por decir mentiras. Llamó al pandit real y le ordenó que leyese al príncipe ejemplos y preceptos sobre la mentira. Mas como, pese a todo, el príncipe no quería reconocer que había mentido, el rey reunió a todo su ejército y fueron al bosque. En seguida, todos se convirtieron en flores. Pasó un día. Entonces llegó Phul, el hijo del rey, llevando consigo los libros donde se hallaban los ejemplos y preceptos sobre la mentira. Cogió los libros, arrancó las hojas y las lanzó al viento. Y, conforme se desparramaban las hojas, resucitaban los soldados del rey e incluso el propio rey...»

Observo algunos rasgos mezquinos en el carácter del ingeniero. Es un ser muy pagado de sí mismo; resulta increíble su complejo de superioridad. Anoche, en la azotea, me pidió discretamente detalles sobre las prostitutas de París. Le gustaría ir unos cuantos meses a Francia para tratarse de sus problemas de circulación arterial. De vez en cuando, padece achaques en la vista, una especie de mouches volantes, a causa de la sangre.

El primo del ingeniero, Mantu, acaba de llegar de Delhi, donde era profesor de segunda enseñanza, para ocupar un puesto de lector en la Government Commercial School. Aparenta irnos treinta años, es bajo y delgado, y está en una habitación contigua a la mía. Nos hemos hecho amigos muy pronto. Me confiesa que ha venido a casarse. Él no quiere, pero el señor Sen sí. Presiente algo malo y eso le da miedo.

Es un buen chico, habla el inglés cerrando los ojos y se ríe mucho.

La ceremonia del casamiento de Mantu, que empezó hace cuatro días, acabó anoche. Los banquetes han tenido lugar en casa de la novia (una moza negra, corriente, pero muy simpática) y en casa del ingeniero. Quiero destacar la actitud de Sen en este casamiento; en realidad, él es quien lo ha dispuesto todo y se me queja de la impaciencia de Mantu, de que «sugiere» demasiado y se precipita. Por su parte, Mantu lo venera hasta tal punto que le habría dado la virginidad de la novia, tal y como es costumbre en determinadas partes de la India, que el discípulo ceda la prima noche a su gurú (Mantu está diciéndome siempre que el ingeniero no solamente es su primo sino también su gurú).

He estado en todas partes, he visto todos los detalles, siempre en primera fila, vestido con el traje indio de seda (confieso que me sienta muy bien y mi aparición, mi interés por la ceremonia, mi espontaneidad y el hecho de tener que hablar en bengalí todo el tiempo me han granjeado una gran popularidad). Reconozco que la «sociedad» india me encanta, que mis amigos indios son de un valor inestimable.

A veces me siento posado de un extraño amor, en el sentido divino del término (como en la India), al considerar a cada mujer «madre». Jamás he sentido un amor filial tan elevado, tan puro y tan reposado como el que siento por la señora Sen, a quien - como se acostumbra aquí- todos llaman «madre». Cuando por la calle veo algún sari azul (como los que usa la señora Sen), incluso sin ver la cara de la mujer, siento la misma emoción. Siento que soy un «hijo», que jamás encontraré un amor maternal más desinteresado, más puro y más elevado como en la India.

Me he visto en mi imaginación casado con Maitreyi y ese pensamiento me gustó. No puedo mentir: era feliz. He soñado con ella todo el tiempo que duró el casamiento de Mantu. Novia, amante. Pero en ningún momento he perdido la cabeza. (Nota: Quiero decir que quería convencerme de que no era tan guapa; le criticaba las caderas, demasiado anchas para un talle muy estrecho, inventaba todo tipo de faltas físicas pensando que así la alejaría de mí. En realidad, como suele ocurrir, esas faltas precisamente la acercaban más.)

No sé si todas las indirectas que los amigos de la casa me están lanzando son simples bromas o si tienen su origen indudable en algún plan serio de matrimonio elaborado

por el ingeniero. En cierta ocasión, en la mesa, comprendí que la señora Sen lo desearía igualmente. No puedo decir que se trate de una conspiración (nota: aunque durante mucho tiempo lo pensé), porque ellos consideran el matrimonio un deber y una felicidad, me quieren mucho y muy sinceramente y, además, Maitreyi es tan conocida en la flor y nata de la sociedad bengalí que podrían encontrarle muy fácilmente un marido superior a mí.

Pienso en lo que me convertiría yo si me casara con Maitreyi. ¿Sería posible que perdiese hasta tal punto mi lucidez y que, caído en la trampa, aceptase? Desde luego, es la chica más inteligente y enigmática de cuantas he conocido pero yo, lisa y llanamente, no puedo casarme. ¿Qué sería de mi libertad? Me imagino siendo el marido de Maitreyi; sería demasiado feliz ¿Qué sería de mis viajes a los lugares más extraordinarios, de los libros que compro en cada ciudad para venderlos en la siguiente?

Pero, mientras tanto, lo cierto es que soy feliz. Y que he visto muchas cosas. La noche de ayer (prima nox) en el tálamo inundado de flores, las muchachas cantando en el balcón, Maitreyi leyendo su poema «escrito ex profeso para esta ceremonia».

Observación repetida insistentemente durante los últimos días: siempre que advierto que se habla de un posible matrimonio entre Maitreyi y yo, o cuando lo barrunto, se apodera de mí una brusca y violenta emoción. Tiene una base sexual: nerviosismo excesivo, abstinencia prolongada, impaciencia puramente genital, desazón interior y miedo al destino. Cada vez tengo más miedo pero las situaciones peligrosas me atraen y no me atrevo a aclararme consigo mismo, a decirme con claridad que no voy a casarme. Tampoco puedo huir. Sería estúpido. Soy un hombre moral, no puedo remediarlo, aunque mi demonio interior me tienta a ser lo contrario. (Nota: el diario es casi siempre un mal psicólogo, como esta historia se encargará de confirmar. Por esta razón estoy sacando estas notas; para darme cuenta, una vez más, de la forma tan absurda en la que me dejo flotar a merced de mi imaginación.)

Mantu les ha contado hoy a las mujeres lo que le había dicho yo a él: que no iba a casarme ni me casaría nunca. Ahora Maitreyi está rabiosa y despectiva; ya no viene a dar clase ni me busca para que charlemos cuando regreso del trabajo. La señora Sen tampoco me muestra el mismo afecto.

Me confunde este cambio aunque lo deseaba. Ya recelaba yo de aquel cariño interesado de antes.

A Maitreyi anoche le entró una risa tremenda oyendo las gracias de Khokha. (Nota: Un joven, pariente pobre del ingeniero, al que han dado cobijo en Bhowanipore con ocasión de las bodas de Mantu. Dormía en el pasillo.) Yo estaba escribiendo en mi habitación. Me entró un arranque de celos del que me avergüenzo. (Nota: En realidad, entonces no estaba muy enamorado. Sin embargo tenía celos de todos los que hacían reír a Maitreyi.)

Maitreyi me era indiferente cuando yo sentía a mi alrededor el cariño de toda la familia. Tuve miedo cuando recelé una trampa matrimonial. Pero en cuanto se conoció mi decisión de seguir soltero y Maitreyi dejó de ser la misma conmigo, empecé a quererla (nota: no es verdad), y a veces siento la punzada de los celos y sufro por mi soledad y mi destino.

Han cambiado muchas cosas. Ahora como solo con el ingeniero y con Mantu; las mujeres comen después de nosotros. Las comidas sin Maitreyi han perdido la alegría. Me gustaría irme de inspección al sur de Bengala y, al regreso, dar algún pretexto y mudarme a otro sitio. Esta experiencia se está haciendo muy larga.

Hace dos días que está nublado y llueve. Hoy ha caído un auténtico torrente de

agua. He salido al porche a ver las calles inundadas. Encontré a Maitreyi espléndidamente vestida (de terciopelo carmesí y seda negra) mirando también. (Yo sabía que escribía poemas sobre la lluvia, quizá hoy mismo lo hubiera hecho, arriba, en su cuarto.) Hablamos poco y con frialdad. Me miraba con indiferencia, distraída. ¿Habría sido yo capaz de captar toda la riqueza de experiencia femenina que había en ella y de intuir con precisión las actitudes que la nueva situación exigía?

Me siento extraño en esta casa en la que he conocido el afecto más sincero y más auténticamente indio. De repente, todo está helado a mi alrededor y me ha desaparecido la espontaneidad. En la mesa estoy hosco y taciturno, y en mi habitación tengo la sensación de estar enfermo. Es cierto que, en ocasiones, me entran accesos de alegría loca y me pongo a bailar tarareando alguna melodía (cosa que me sucede muy raramente).

Desde ayer, mis relaciones con Maitreyi y el resto de la familia han vuelto a asentarse en el intenso afecto. Quizá porque, cuando volvíamos en coche del trabajo, le conté al ingeniero la indiscreción de Mantu. «No ha entendido bien mi concepto del matrimonio», añadió. (Nota: me parece que aquella frialdad que el diario atribuía a la paralización de los planes de casamiento con Maitreyi se debía, en realidad, a un malentendido. Mantu había dicho que yo me reía del matrimonio y, como los indios no conciben deber más sagrado que ése, naturalmente reaccionaron, tal vez sin querer.)

Ayer estuve riéndome mucho con Maitreyi; hoy hemos hablado largo rato en la biblioteca, hemos leído juntos Shakuntala, sentados en la alfombra, pues vino su profesor particular y pedí que me permitieran asistir a la clase. Por la noche, en la azotea, recitó de memoria Mahuya, de Tagore. Luego se retiró sin que yo lo notara; la poesía es su última palabra del día y, después de recitarla maravillosamente, se vuelve taciturna.

¿Estoy enamorado de ella?

VII

Del diario del mes siguiente:

Los dos, solos, conversando sobre la virilidad. Walt Whitman, Papini y los otros. Ella ha leído poco pero me escucha. Sé que le gusto. Me lo dice. Confiesa que se entregaría a un hombre, como en un poema de Tagore, en la playa, al comienzo de una tormenta. Literatura.

La pasión crece en una deliciosa mezcla de idilio, sexualidad, amistad y devoción. Cuando estamos juntos en la alfombra, leyendo, y me toca, me entra una tremenda excitación. Sé que ella también se altera. (Nota: No es verdad. En aquel entonces Maitreyi no sentía ninguna pasión.) Nos decimos muchas cosas a través de la literatura. A veces los dos intuimos que nos queremos. (Nota: Inexacto. A Maitreyi lo único que le atraía era el juego, la voluptuosidad de la ilusión, no la tentación carnal. Entonces no podía imaginarse lo que podía significar la posesión de un hombre.)

Primera tarde y noche (hasta las once) solo con Maitreyi traduciendo Balaka de Tagore y conversando. Al regresar el ingeniero de una cena en la ciudad nos sorprendió de tertulia en la habitación de ella. Yo seguí hablando con toda calma. Maitreyi se quedó aturdida, cogió el libro de poemas y lo abrió. Cuando el señor Sen entró en la habitación le dijo:

-Estamos estudiando bengalí.

¡Conque miente! (Nota: este diario es desesperante. ¿Por qué me costaba tanto entender a una sola persona? Y es que, lo confieso, no entendía nada de Maitreyi por entonces, aunque creía que estaba enamorado de ella y que ella lo estaba de mí. Ella no mentía sino que sólo olvidaba. Había olvidado que yo había venido a su cuarto por la traducción de Balaka y, cuando entró el ingeniero, como es lógico se acordó. Si se hubiese tratado de cualquier otra persona, habría continuado con la conversación, pero ante su padre jamás hablaba; por ese motivo volvió al libro.)

Hoy le he traído lotos, tantos que cuando los cogió entre sus brazos y me dio las gracias no se le veía la cara. Estoy seguro de que Maitreyi me quiere. (Nota: ¡Cuánto me costó entenderlo!) Me escribe poemas y se pasa el día recitándome versos. Yo no la quiero. La admiro muchísimo y me excita; todo, la carne y el alma. He sorprendido algo nuevo en ella. Estaba yo hablando con Lilu y le dije que iba a contarle a su marido algunas de las cosas que ella había dicho.

-¿Y qué puede hacerme? -preguntó insinuante Lilu.

-Ah, no sé. Yo no entiendo de peleas conyugales -le contesté.

-La castigaré, de una manera u otra -apostilló Maitreyi y repitió la frase riendo cuando nos quedamos solos.

De modo que ella sabe... Además, me confesó que le gustaría darse a un hombre en un rapto de locura, ebria de amor o de pasión. Observo en ella una sinceridad que los

demás no tienen y que nunca hubiese sospechado en los primeros días de nuestra amistad. (Nota: Lo cierto era que Maitreyi lo único que hacía era representar un papel y que, incluso cuando Lilu le descubrió en qué consistía el amor de esposa, no entendía nada y repetía algunas cosas porque le divertían.)

Escapada con Maitreyi, Lilu y Mantu a un cine de barrio donde ponían una película india de Himansural Ray. Hablamos mucho los dos, muy juntos, ¡y cuánto nos reímos! Pero, al irnos, le dio un mareo y se desmayó. No me lo podía explicar. ¿La oscuridad, el argumento de la película o un espasmo sexual debido a la proximidad de mi cuerpo? Sé que es increíblemente sensual, aunque pura como una santa. En realidad, ése es el milagro de la mujer india (comprobado por los testimonios de mis amigos bengalíes): una virgen que se convierte en amante perfecta en la primera noche.

Maitreyi me insinúa un idilio con un joven extraordinario, un bengalí estudiante en Inglaterra. De manera que sigue el itinerario de todas las mediocridades sentimentales... (Nota: Con esa confianza sólo quería que yo supiera que había decidido renunciar a todo lo que había pasado por su vida antes de conocerme a mí.)

Vuelvo a traerle flores. Está enfadada porque también les he traído flores a las otras chicas y a la señora Sen. Me parece que Mantu se ha percatado de nuestras intimidades porque mete baza en cuanto nos quedamos solos y, a pesar de que Maitreyi le diga que se trata de conversaciones privadas, no se va.

He estado en el cine con el ingeniero, que me habló con pesar del aplazamiento de su viaje a Francia. ¿Me lo pareció a mí o me insinuó una posible unión con Maitreyi? Cuando volvíamos en el coche, yo me preguntaba si de verdad la quería, aunque todo el tiempo estuvo obsesionándose la imagen de nuestro lecho nupcial.

Sigo con una estrategia que me divierte. Evito encontrarme con Maitreyi simulando miedo, que estoy locamente enamorado, etc. Esta mañana ha hablado conmigo, casi me ha obligado a recibirla en mi cuarto. Esta intimidad con una india es algo inaudito. Ni yo mismo sé cómo va a acabar todo esto. Me inquieta y me fascina pero no estoy enamorado. Solamente me divierte.

Giro inesperado por parte de Maitreyi. Había llegado yo demasiado lejos simulando una devoción infantil (creía que ése era el camino para llegar al corazón de cualquier india). Pero Maitreyi no es sólo una muchacha india sino también un alma original con una rara voluntad. Detesta la devoción, la adoración de los hombres, según me dice (metiéndome a mí en el mismo saco que a todos sus admiradores platónicos). Lo considera una cosa vulgar, trivial y pueril. Odia o desprecia a los admiradores. Sueña con un hombre excepcional que esté por encima de los sentimientos y del sentimentalismo. Mi actitud la encrespa.

¡Bien! Si es verdad lo que dice, cambiaré de táctica. El hechizo sensual que me embargaba cuando estábamos juntos ha desaparecido nada más confesarme esto. De ahora en adelante seré mucho más libre. Ardo de impaciencia por verla otra vez en mi habitación y poder comprobar su reacción. Le haré ver que me importa un bledo su amor. Sé que me quiere. No puede ocultarlo. Sé que está enganchada a mí. Y si nos quedásemos solos 24 horas, se me entregaría sin vacilación.

Pero ¿por qué me insulta, santo Dios? ¿Por qué me dice que le repugna el amor corriente? ¿Es que hay algo mejor?

Ninguna mujer me ha preocupado tanto. Mi sufrimiento sexual es una maldición en este mes árido en el que me desborda el trabajo. ¿Acaso será el misterio de su cuerpo? Lo dudo; me altera cualquier conversación en la que se me insinúe el peligro, o sea, mi unión con Maitreyi, que se está fraguando. Sé que estoy corriendo este peligro ¡Son tantas las

pruebas que diariamente me lo muestran...! La señora Sen, sobre todo, me colma con su afecto maternal. El ingeniero me llama «su hijo». (Nota: evidentemente, no entendía nada.)

Por la noche, en la cena, la señora Sen se quejaba de que todavía la llamo «señora» y no «madre», según es costumbre en la India. Tiene la dulzura de una santa, es comunicativa y de una inocencia desconcertante. La quiero.

Se hacen comentarios insinuantes. Mantu quiere que le llame «tío» y Lilu «tía», aunque sólo tiene 17 años. Resulta divertido.

El problema de Maitreyi. Nos hemos enfadado por una tontería (por otra parte, eso nos ocurre dos veces al día), y ha probado todo tipo de arrumacos erótico-sentimentales para apaciguarme. He estado todo el tiempo trabajando alicaído, encerrado en mi cuarto. Sin embargo me sentía feliz, ya que esperaba que se rompieran esta amistad nuestra tan íntima y nuestra inconfesable pasión. Me daba miedo llegar demasiado lejos y me agarraba a cualquier excusa para retroceder. Pero no, ella ha pedido disculpas y el juego ha vuelto a empezar. Tengo la sensación de que no voy a poder dominarme mucho más.

Hoy, después de comer, he estado a punto de besarla. Estábamos solos en mi habitación. He tenido que esforzarme para no abrazarla. Ella estaba excitadísima y yo trastornado. Me contenté con apretarle el brazo y darle un mordisquito. No he querido pasar de ahí. Tengo miedo de mí, me aterra lo que puedo hacer. (Nota: Maitreyi en ningún momento estuvo «excitada», como yo suponía. Era mi actitud la que la azoraba. Ella sólo había querido jugar, pero yo había llegado mucho más lejos.)

Maitreyi es una chica extraordinaria, pero, como esposa, ¿no será igual a cualquier otra?

Ha venido más tarde, al oscurecer, con ese admirable chal escarlata con el que se le transparenta todo. Se le veían sus morenos pechos a los que el color del chal daba un tono pálido que me trastornaba a más no poder. Sé que se ha puesto ese atavío obsceno y fascinante por mí. El ingeniero está ausente, de lo contrario no habría tenido valor para ponérselo. (Nota: En realidad, sólo era un vestido del Rajastán que se lleva directamente sobre el cuerpo y no sobre el corpiño, como es costumbre en Bengala.)

Maitreyi viene continuamente a mi cuarto, lo hace sin ningún motivo y no hace más que insinuárseme o provocarme. La pasión la hace hermosa. Sensual, carnal, es terriblemente seductora. Hago lo imposible para convencerme de que es fea y gorda y de que huele mal, para poder controlarme. Es una especie de «meditación por imágenes contrarias» lo que yo intento. Lo cierto es que estoy agotando inútilmente mi sistema nervioso y, de hecho, no tengo aún nada en claro. ¿Qué quieren de mí?

Por la mañana, pelea con Maitreyi. Se siente herida por cualquier bobada y me amenaza con no dirigirme la palabra durante una semana. Hoy le he dicho que no me importaba lo que hiciera. Eso me tranquilizó y me ayudó a trabajar. Lilu ha intervenido y me ha dicho que «la poetisa está muy deprimida». Le he contestado que yo no estaba enfadado pero que si eso le divierte... ¡Qué vulgares son todas las mujeres!, pensaba yo. La misma cantinela, sea en Europa o en Asia, se trate de mujeres inteligentes o estúpidas, perversas o vírgenes.

Por la tarde me he ido al cine yo solo y me lo he pasado de maravilla. Durante la cena, Maitreyi se ha sentado a mi lado. Lucía un sari precioso y antiguo, de hace cien años. Estaba llorosa y no ha despegado los labios. Apenas ha probado bocado. «La madre» lo ha entendido todo. Me ha dado las gracias por hablar con ella. Después de cenar hemos tenido una pequeña «explicación». Maitreyi me ha reprochado el no haberla entendido, que yo no tenía motivos para pensar que ella despreciaba el amor y la amistad.

La lucha ha durado un cuarto de hora. Le he estrechado las manos. Estaba impresionante cuando forcejeaba; gesticulaba, lloraba, le rezaba mentalmente a Tagore. Intentaba liberar las manos que yo le atrapaba por las muñecas. Esa era la lucha. Yo estaba tranquilo y sereno y me ejercitaba sin dolor y sin orgullo en una nueva experiencia.

Finalmente tuvo que reconocer que estaba vencida. Eso le produjo una sensual alegría mezclada con amargura. Sé que era feliz porque yo la había derrotado. Pero sufría porque su maestro espiritual, el gurú, no la había ayudado, etcétera.

La acompañé hasta su habitación. Íbamos los dos solos y me susurró:

-¡Me has roto las manos!

Se las cogí sin pensar y, tras acariciárselas, se las besé. Eso es algo extraordinario en la India. Si alguien lo supiera, la mataría. (Nota: exageraba.)

Más tarde, sin mediar palabra, me arrojó en la habitación una flor.

Cine con Maitreyi y los demás. Se ha sentado a mi lado, por supuesto. En la oscuridad de la sala me dijo que había que aclarar una serie de cosas importantes. Luego, cuando vio que me burlaba, que me traían sin cuidado sus «sentimientos», que la odiaba (mentía), perdió su calma de reina (¿Cleopatra?) y se echó a llorar. Me dejó indiferente.

Al salir volvió a llorar a lágrima viva. Yo le dije «¡Maitreyi!», y me callé con expresión de enfado. Aquella noche volvió a llorar en mi habitación, era un llanto nervioso, y tapándose la cara con el chal. Y sin ninguna palabra de explicación. Pero tuvo fuerzas para reír cuando vinieron los otros.

Inesperadas «explicaciones» con Maitreyi. Hoy ha estado más fuerte. Sólo ha llorado una vez. Era yo el que estaba nervioso y enojado y le he dicho que tenía que salir urgentemente. El final ha sido violento. Le he pedido que saliese de mi habitación. Me he tumbado en la cama simulando tener algo más que un simple malestar. He estado ridículo. Le he prometido a Maitreyi que volveríamos a ser «amigos». ¡Menudo estúpido! Siguiendo una táctica idiota, he «confesado» una sarta de mentiras que me hacen aparecer como un ser tan vulgar que me da náuseas, he hecho «escenas», etc., etc., mientras que ella ha sido de una calma admirable. Me ha dicho que tiene su parte de culpa en nuestras «bromas» sentimentales. Que por eso sufre, ya que se ha rebajado a mis ojos. Pero es menester que las cosas acaben aquí, que volvamos a ser amigos.

La noche siguiente.

Pero, ¡ay!, las cosas no son tan sencillas. La quiero mucho, con delirio, y tengo miedo por Maitreyi. Me ha dicho que sufre por el mal que me ha causado.

Tengo miedo pero estoy contento. Los pensamientos nuevos y los problemas irresolubles aún no me han secado el alma. Puedo estar apasionadamente enamorado sin ser un sentimental. Aunque, la verdad, maldito lo que me importa si soy o no un sentimental.

¿Intoxicación? ¿Soy víctima de mi propia farsa? Durante toda la mañana y hasta la noche, he sido «feliz», entendiendo esta tierna palabra como un flujo irracional de sentimientos primordiales y vitales que renuevan el ansia de vivir y de solaz. Estuve en un tris de preguntarle a Maitreyi si quería ser mi mujer. Incluso ahora mismo se lo propondría. ¡Me sentiría tan feliz siendo su marido! Tan purificado y sereno...

Después de comer, charla con Maitreyi sobre el matrimonio. Pienso mucho en ello y

me imagino siendo su marido, jefe de la familia y milagro ético. Satisfacción, paz.

Por la noche me dice que está desesperada porque no le ha escrito Tagore. El poeta es para ella más que el gurú, es un amigo, un confidente, un novio, un dios y quizá un amante. Me confiesa que nadie sospecha la relación que hay entre ellos. Un amor indio. ¿Estoy celoso? Ahora que ella lo sabe todo, sea porque yo se lo haya confesado, porque se lo haya dado a entender o porque lo haya comprendido ella sola (nota: sin embargo, no sabía nada, no había entendido nada en concreto), estoy decidido a decirle que nuestro amor es inútil, porque no voy a aceptar nunca que mi esposa haya amado antes a otro. Ella se dio cuenta de mi enojo, más bien solemne y teatral. Después de cenar no hemos hablado nada. Me ha enviado un recado con Khokha diciéndome que la había ofendido. No he respondido.

Hay veces en que este asunto me crisper los nervios y otras me divierte. En general, estoy ebrio de amor, sueño con el matrimonio y con hijos. Me hace perder mucho tiempo. Me dificulta la concentración mental. Pero no voy a renunciar al amor.

He pasado una noche convulso por la fiebre. Esta mañana, cuando vi a Maitreyi, le regalé un libro muy valioso.

Día de enorme emoción que me resulta imposible consignar aquí. En síntesis, Maitreyi me ha reñido, me ha preguntado hasta dónde quería yo llegar, pues mi impaciencia la compromete. Dice que Mantu y Khokha se están dando cuenta, etc. Tenía un llanto espasmódico. Yo no he dicho una palabra. Estaba triste por haberla ofendido, pero mi actitud ha sido de una pose total.

Lamentablemente, Khokha estaba en el porche, junto a mi cuarto, y lo oyó todo. Cuando Maitreyi se enteró, se echó a llorar con más desespero. Me ha escrito en la orilla de un sobre que se quiere morir. Para una india, lo que ahora sabe Khokha constituye una deshonra.

Pero cuando se tranquilizó, puso en orden mi habitación y arregló las flores que había en mi mesa. Yo no he hablado una sola palabra.

Maitreyi ha comenzado a escribir un libro de poemas sobre «las ilusiones y los espejismos maravillosos».

Hoy, mientras le contaba las desvergüenzas de las chicas europeas, me preguntó si yo era puro y el mero pensamiento de que pudiese no serlo la espantó a tal punto que rompió a llorar. Ese anhelo violento y místico por la pureza me ha emocionado.

Por la tarde volvimos a hablar sobre su matrimonio, con un extraño, un joven bengalí que desde luego no la hará feliz, como reconoce la propia Maitreyi. Le confesé que mi mayor pecado es el haber nacido blanco (no creo demasiado en la sinceridad de esta afirmación), que si hubiese sido indio habría tenido más oportunidades, etc. Esto la desconcertó y yo le hice la gran pregunta: ¿por qué no podríamos casarnos nosotros? ¿Por qué no se permite nuestra unión? Ella me miró petrificada, y despides escudriñó por todas partes para tener la seguridad de que nadie me había oído.

Se puso a decir que así estaba decidido, ya por el destino ya por Dios (yo le había preguntado si era Dios quien lo había dispuesto así o bien se trataba de prejuicios, y me replicó que Dios manifestaba sus deseos a través de los prejuicios), que tal vez mi amor fuese solamente una ilusión pasajera, etc. Lo cierto es que este amor que, al principio, yo había considerado imposible, una fantasía y una cuestión menor, y la actitud de Maitreyi, a la que durante mucho tiempo creí enamorada de mí pero que, en realidad, no lo está de nadie, me dominan y me llevan muy lejos, a una zona de mi alma desconocida para mí mismo, a una zona marginal de mi espíritu donde me siento espléndidamente feliz. No sé cómo

expresar esta revelación íntima. Estoy pensando seriamente en el matrimonio.

*

Desde aquel día apenas la vi. Pasaba todo el tiempo en su habitación escribiendo y cantando. Le envié algunas notas inocentes con Lilu, a las que no contestó. La primera noche estuve pensando un sinfín de cosas, luego menos y, finalmente, ya no me creí nada. Veía que podía vivir bien sin Maitreyi.

VIII

No mucho después de aquello me encontré una tarde con Harold. Me pareció más frío y malicioso.

-¿Es verdad que te casas con la hija del ingeniero? -me preguntó entre otras cosas.

Me puse colorado y empecé a gastar bromas, como suelo hacer cuando me ponen en apuros, y sobre todo si tengo que defender a alguien a quien quiero. Harold pasó por alto mis chanzas y me dijo que se había enterado en la oficina, una vez que fue a buscarme para invitarme a un picnic. También se enteró entonces de que yo quería abjurar de mi religión y convertirme al hinduismo. Y aunque él es un gran pecador que sólo va a la iglesia por Iris, esta noticia le horrorizó. Me dijo que Sen era un monstruo, que me habían hechizado y que lo que tenía que hacer era darles cinco rupias a las Hermanitas de los Pobres para que rezasen por mí.

-¿Qué tal las chicas? -le pregunté.

-Te echan de menos. Debes de estar ahorrando mucho allí en Bhowanipore. No pagas casa, ni comida ni sales nunca por la ciudad. ¿Qué haces todo el santo día?

-Estoy estudiando bengalí para el examen de *provincial manager* -mentí-. Además, es un mundo nuevo; ni sé cómo pasa el tiempo.

Me pidió que le prestase cinco rupias para ir por la noche al baile de la Y.M.C.A.

-¿No te tienta?

La verdad era que no me tentaba. Pensé sin pesar en aquellos años de derroche que había pasado en Wellesley Street y en Ripon Street. Miré a Harold y su cuerpo grandullón, su moreno rostro y sus hermosos ojos un poco amoratados no me decían nada. El camarada con quien había perseguido a tantas chicas y con quien había perdido tantas noches se había vuelto para mí un extraño. La vida que yo estaba empezando a vivir me parecía tan sacrosanta que ni me atrevía a contársela. Me prometió visitarme un día y apuntó cuidadosamente la dirección (sin duda, en previsión de que alguna vez pudiese necesitar un préstamo, pensé yo).

Al llegar a casa los encontré a todos en el comedor tomando el té. Estaban también Mantu y su mujer, Lilu, Khokha y sus hermanas (dos de aquellas mujeres-sombra que casi nunca veía). Les conté con sinceridad mi conversación con Harold y la repugnancia que sentía por la vida que llevaban los europeos y angloindios de Calcuta, la misma que yo había llevado en otro tiempo. Esa confesión les halagó. Las mujeres me comían con los ojos y se hacían lenguas de mí en su ininteligible jerga. Mantu me estrechó las manos con los ojos entornados, como tenía por costumbre. Únicamente el ingeniero me hizo una advertencia acerca de mi celo, que juzgaba demasiado entusiasta; seguidamente se retiró para ir a leer su inevitable novela policiaca.

Subí a la azotea en compañía de Maitreyi, Khokha y Lilu. Esperamos a que oscureciera tendidos en alfombras, sin hablar mucho y buscando la posición más cómoda

con la cabeza reclinada en un cojín. Yo me había quitado las sandalias y movía los pies en el aire intentando apoyarlos decorosamente en el parapeto. En los últimos meses había aprendido todo un ceremonial referente a los pies. Por ejemplo, sabía que cuando se le daba un puntapié a alguien sin querer, había que inclinarse y tocarle con la mano derecha el pie; que, ni en broma, podía hacerse además de darle una patada a nadie y otras muchas cosas por el estilo.

Por eso vacilaba en apoyar los pies en el parapeto. Entonces oí a Lilu hablando en voz baja con Maitreyi.

-Dice que tienes unos pies muy bonitos, pies blancos, de alabastro -me explicó Maitreyi sin poder ocultar una mirada de incomprensible envidia y disgusto.

Me sonrojé de placer (pues, como soy feo, me encanta enormemente cualquier alabanza a mi aspecto físico) y de timidez; no sabía cómo interpretar la mirada de Maitreyi. Miraba fijamente mis pies con una sonrisa despectiva, maliciosa y avergonzada. Yo comencé a decir majaderías para romper el silencio, quitándole importancia ya que, al menos en nuestros países, a los blancos no se nos ven los pies.

-Aquí es diferente -me interrumpió Maitreyi con dulzura-. En la India, los amigos se testimonian su afecto tocándose los pies descalzos. Siempre que estoy de charla con mis amigas, yo les aprieto los pies. Mira, así...

Sacó el pie del sari y lo acercó a Lilu. Entonces sucedió algo extraño. Me entró la sensación de estar asistiendo a una escena de amor de las más íntimas. Lilu apretó entre sus tobillos la pantorrilla de Maitreyi temblando y sonriendo, como excitada por un beso. Lo que le hacía deslizando lentamente sus pies por la pantorrilla, con los dedos apretados, los talones doblados y luego el abrazo en el que la carne de una se apretaba cálida y trémula contra la otra, constituía una auténtica caricia. Yo sufría ferozmente de celos y de rabia contra ese amor absurdo entre dos carnes de mujer. Maitreyi retiró bruscamente el pie del abrazo y le rozó la planta a Khokha. Yo quería morderme los labios, huir, al ver de pronto ese pie negro y sucio de Khokha, maltrecho del calor y del asfalto, recibir el contacto cálido, como una ofrenda, del cuerpo de Maitreyi. Khokha sonreía como un perro al que le hacen una caricia y lamenté no poder ver los ojos de Maitreyi para buscar en ellos la voluptuosidad que dejaba traslucir su pantorrilla al contacto con la carne del muchacho.

Entonces pensé si la risa que a Maitreyi le provocaba aquel payaso mal encarado no estaría trasluciendo el mismo abandono y la misma idea de posesión. Más tarde, me pregunté si no existirían otros tipos de posesión además de los ya conocidos, más refinados, más inverosímiles, como la posesión furtiva por medio de un roce o por alguna palabra jocosa. Entonces la mujer se entrega por completo al calor del cuerpo de otro o a su mente; y ese otro la toma toda entera como jamás podríamos hacerlo nosotros en los momentos de mayor plenitud o en los de más enloquecida unión carnal. Mucho tiempo después de aquello tuve celos, no de los jóvenes guapos, de los poetas y músicos que acudían a la casa de la familia Sen y con los que hablaba Maitreyi, a los que miraba hondamente, les sonreía y les ponderaba sus libros, sino de cualquiera que le hiciese reír a carcajadas, de Khokha, de Mantu, sí, sobre todo de éste último porque, al ser su tío, podía permitirse apretarle el brazo cuando le hablaba, darle un golpecito en la espalda o sacudirle la melena. Aquellos gestos de inocente abandono me torturaban más que cualquier otro rival. Me parecía que Maitreyi no era consciente de la taimada violación de que era objeto por la carne o el espíritu de un extraño. Y, a fuer de sincero, lo que más me hacía sufrir era la posesión espiritual. Tenía celos de un joven poeta, Acintya, al que Maitreyi sólo había visto una vez y con el que no hablaba sino por teléfono, cuando le mandaba poemas para la revista *Prabuddha Bharata*; de un matemático que venía muy de vez en cuando y del que Maitreyi me había hablado con entusiasmo, confesándome lo mucho que le gustaban los hombres altos; y, por encima de todo, de su gurú, de Robi

Thakkur. Un día, hice acopio de toda mi habilidad para insinuarle que se abandonaba demasiado, tanto con el espíritu como con la carne. Pero me miró de forma tan inocente, tan sorprendida y sincera, que desistí. Además, todo esto pasó después de lo que acabo de contar, en una época en que yo había recibido bastantes pruebas de que no tenía que temer nada de nadie.

...Me quedé pensativo y asqueado. Me mordía furtivamente los labios y miraba a las primeras estrellas en un cielo todavía pálido. La conversación proseguía en un bengalí coloquial del que apenas entendía nada; por otro lado, tampoco me esforcé mucho por entender, pendiente sólo de la risa de Maitreyi que me hacía estremecer, y que Khokha provocaba con sus interminables retruécanos y pantomimas. Seguro que ella se dio cuenta de mi turbación, pues me preguntó en inglés si estaba cansado y si quería distraerme ayudándola en mis ratos libres a terminar el catálogo de la biblioteca de su padre. Aquello será una buena distracción para mí después de mi trabajo en la oficina, y podríamos conversar más a menudo. (Porque, realmente, en los últimos días apenas nos habíamos visto.) Yo no sabía nada de aquel catálogo pero me enteré de que el señor Sen, que había reunido cuatro mil volúmenes, unos comprados y otros heredados, tenía intenciones de imprimir el catálogo de su biblioteca en un lujoso ejemplar para que, en caso de muerte, los libros se donaran a una universidad local. Todo esto me pareció una ridiculez, pero acepté.

-Mi padre no se atrevía a pedirte que me ayudaras. Temía que lo consideraras una pérdida de tiempo. Yo soy muy joven, no tengo nada que hacer en todo el día y me gusta copiar los títulos de los libros.

Recuerdo que aquella misma tarde, al quedarme solo, maldije la rapidez con la que había aceptado una proposición que iba a hacerme perder casi todo mi tiempo libre. (Según entendí, había que copiar los títulos en fichas de papel, después ordenarlos alfabéticamente con su número correspondiente de estante y, después, transcribirlos de nuevo en folios para darlo todo a la imprenta. Aquel trabajo me repelía.) Y también temía que volviese a empezar nuestro juego en un momento en que había conseguido sentar la cabeza.

*

Encontré a Maitreyi el día siguiente, a primeras horas de la tarde, antes del té, esperándome en la biblioteca.

-Ven, que te voy a enseñar lo que he hecho.

Había traído unos cincuenta libros a una mesa y los había colocado con el lomo hacia arriba para que pudieran leerse fácilmente los títulos uno tras otro.

-Tú empieza desde esta punta de la mesa y yo desde la otra. Vamos a ver en qué libro nos encontramos, ¿quieres?

Parecía muy emocionada, le temblaban los labios y me miraba parpadeando mucho, como si se esforzara en olvidar algo, en hacer desaparecer una imagen que tuviese delante de los ojos.

Me senté a escribir con el extraño presentimiento de que iba a ocurrir algo nuevo y me preguntaba si lo que estaba esperando era que Maitreyi me declarase su amor, si la sorpresa que presentía no sería una comunión espiritual, una iluminación de las honduras de su alma. Pero advertí lo poco que ello me conmovía. Mientras escribía, yo me

preguntaba: «¿La quiero?» No, simplemente me lo parecía. Comprendí por enésima vez que de Maitreyi me atraía otra cosa, su irracionalidad, su virginidad bárbara y, por encima de todo, su fascinación. Y me expliqué perfectamente lo que me pasaba; yo estaba fascinado, no enamorado. Y, cosa rara, lo entendía no en mis horas de lucidez (muchas o pocas, pero las había) sino cuando me encontraba al borde de experiencias decisivas, en los instantes *reales* en que tenía la sensación de vivir. La reflexión nunca me aclaró nada.

Puse la mano en un libro y me encontré con la de Maitreyi. Me estremecí.

-¿A qué libro has llegado? -me preguntó.

Se lo señalé. Era el mismo al que había llegado ella. *Tales of the unexpected*, de Wells. De pronto se ruborizó, no sé si de alegría o de embeleso, pero me dijo con voz queda:

-¿Has visto lo «inesperado» que tenemos delante?

Sonreí impresionado también por la coincidencia, aunque la mayoría de los libros que había en la mesa tenían títulos característicos: *El sueño*, *Llévame contigo*, *¡Socorro!*, *¿Nada nuevo?*, y otros por el estilo. Estaba buscando una respuesta de doble sentido pero en aquel momento entró Chabú a anunciarnos que el té estaba preparado y nos levantamos de la mesa. Los dos nos sentíamos muy felices y nos mirábamos continuamente.

Durante el té estuve exultante y hablé de mis últimas lecturas, todas referentes a Krishna y al culto *vaisnav*, y conté con tanto entusiasmo y sinceridad algunos episodios de la vida de Chaitanya que la señora Sen no se pudo contener y se acercó a mí con dos lagrimones en los ojos diciendo:

-Pareces un *vaisnav*.

Me hizo muy feliz el que me hablase así. Dije que el *vaisnavismo* me parecía una de las religiones más elevadas y ahí surgió una discusión sobre las religiones en la que Mantu y yo llevamos la voz cantante, mientras Maitreyi guardaba silencio mirando al vacío y sin decir una palabra.

-¿Qué sabéis vosotros de religión? -estalló de pronto.

Tenía la cara encendida, después palideció y se notaba que estaba a punto de llorar.

Me quedé desconcertado, sin saber si tenía que pedir disculpas o dar una explicación. Mantu quiso tranquilizarla pero ella se escabulló y echó a correr a la biblioteca. Terminé el té amilanado. Nadie volvió a hablar ya. Me retiré a mi habitación para contestar unas cartas; tenía una desazón y una impaciencia como nunca antes había sentido. Pero, cuando estaba escribiendo, me entró de repente la necesidad de ver a Maitreyi y fui a buscarla.

Ese día fue de extraordinaria importancia en este relato. Copio del diario: *la he encontrado abatida, a punto de llorar. Le he dicho que he venido porque ella me había llamado y eso la ha sorprendido. Luego nos separamos durante cinco minutos, para ir a terminar mi carta. Al volver la encontré durmiendo en el diván, frente a la mesa.*

La desperté. Se estremeció. Tenía los ojos dilatados. Me quedé mirándola fijamente; ella me aguantó la mirada y, a intervalos, me preguntaba con un hilo de voz: «¿Qué?». Luego ya no fue capaz de hablar; tampoco yo pude preguntarle nada sino que nos miramos directamente a los ojos, los dos hechizados, dominados por el mismo fluido

de dulzura sobrenatural, impotentes para oponernos a él, para sacudirnos el hechizo, para despertar. Me resulta difícil describir la emoción. Una felicidad a la vez reposada y violenta, frente a la cual el alma no oponía la menor resistencia; una placidez de los sentidos que iba más allá de la sensualidad, como si fuese partícipe de una felicidad celestial, de un estado de gracia. Al principio, ese estado se mantenía solo con la mirada. Después comenzamos a tocarnos las manos pero sin apartar la mirada el uno del otro. Abrazos bárbaros seguidos de caricias cargadas de devoción. (Nota: Acababa de leer un libro sobre el amor místico de Chaitanya y por eso describía mis vivencias en términos místicos.) A continuación le besé las manos. Ella estaba tan arrobada y se mordía con tal pasión (casta, no obstante) los labios que habría podido besarla en la boca, podría haberlo hecho todo. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para contenerme. La situación era del todo arriesgada. Si alguien bajaba por la escalera podía vernos. Ella estaba presa de una emoción mística (Nota: en mi diario de entonces, influido por ciertas lecturas de vaisnav, utilizaba muy a menudo la palabra «mística». Por otra parte, el comentario de este suceso, que acabo de encontrar en un cuaderno perdido, está impregnado del principio al fin de mi «experiencia mística». ¡Qué ridículo era yo!) Una vez más le pregunté por qué no podíamos unirnos nosotros dos. Se estremeció. Para ponerla a prueba, le pedí que recitase por dos veces el mantra que le había enseñado Tagore y que la protegía contra las asechanzas de la impureza. Pero después de haberlo repetido, el hechizo persistía. Con esto le demostré que lo que estábamos viviendo no tenía un mero origen sexual (de eso ya estaba yo totalmente convencido), sino que era amor, aunque se manifestara en la sinceridad de la carne. He sentido y comprobado este portentoso humano: el acceso a lo sobrenatural a través del tacto, de la mirada, de la carne. La experiencia ha durado dos horas y nos ha dejado agotados. Podíamos reanudarla siempre que el uno clavaba la mirada en los ojos del otro.

Ella me pidió que me quitara las sandalias y acerqué mi pie al suyo. La emoción del primer contacto no la olvidaré jamás. Me compensó de todo el tormento de los celos soportado hasta entonces. Noté que Maitreyi se me entregaba completamente dándome el tobillo y la pantorrilla, como jamás lo había hecho. Había olvidado la escena de la azotea. Nadie podía mentir de forma tan divina, ese contacto no me podía engañar, me decía yo. Subí sin querer el pie por la pantorrilla hasta casi llegar a la corva que yo presentaba de una dulzura y un calor de ensueño y que intuía morena y virginal ya que, indudablemente, ningún ser humano había llegado tan lejos en su carne. Durante las dos horas que duró nuestro abrazo (¿acaso eran otra cosa las caricias en los tobillos y pantorrillas que mutuamente nos prodigamos?), y que el diario esboza de forma tan sumaria y borrosa que durante mucho tiempo estuve preguntándome si tenía que seguir consignando las etapas de nuestro amor, viví más intensamente y comprendí más profundamente al ser que era realmente Maitreyi que durante seis meses de esfuerzos, de amistad y de escauceos amorosos. Nunca he *sabido* con más precisión que entonces, que poseía algo, y que la posesión era absoluta.

Todavía no le había dicho claramente que la quería. Los dos lo adivinábamos, eso me parecía. Durante mucho tiempo yo había creído ver en sus gestos un mensaje de simpatía o de amor. Ni por un instante dudé que me quería ni tampoco que sabía mis sentimientos por ella. Por ese motivo me entristecía y me desazonaba su actitud rebelde, sus silencios provocados por el miedo, sus ojos de pánico, el gesto de taparse la cara con las manos siempre que le hablaba de nuestra posible unión. Yo no lo entendía, y es que me parecía que incluso sus padres se mostraban siempre a favor de esa idea.

Entonces le dije que la amaba. No sé cómo sonaron mis palabras pues se tapó los ojos y no respondió. Me acerqué y le repetí con más ternura y franqueza las pocas palabras de amor que pude chapurrear en bengalí. Quiso levantarse.

-Déjame -me dijo con una voz lejana y extraña-. Ya veo que no has entendido mi amor. Yo te quiero como a un amigo, como a un amigo muy querido. Otra cosa ni puedo ni quiero.

-Pero esto no es amistad, es amor -le respondí yo, recobrando inesperadamente el sentido del humor y la lucidez.

-¿Cuántas clases de amor conoce el alma? -añadió mirándome.

-Pero a mí me amas, es inútil que te escondas -insistí-. No podemos vivir el uno sin el otro, ya nos hemos torturado bastante hasta ahora escondiéndonos la verdad. Te quiero, Maitreyi, te quiero.

Le hablaba mezclando las palabras, una frase en bengalí y cinco en inglés.

-Dímelo también en tu idioma -me pidió.

Le dije lo que me pasó por la mente. Se había hecho de noche y se habían encendido las luces por todas partes. Quise encender también la luz de la biblioteca.

-Déjala así -dijo Maitreyi.

-¿Y si viene alguien y nos encuentra a oscuras?

-¿Qué importa? Aquí somos hermanos.

Fingí no entenderla. Volví a su lado, le tomé las manos y se las acaricié.

-¿Por qué que no quieres entender ciertas palabras? -me preguntó, y por el tono de su voz adiviné que estaba a punto de reír.

-Porque dices tonterías -contesté muy seguro de mí y del amor de Maitreyi.

Entonces sucedió algo inesperado. Maitreyi se echó a llorar y se soltó de mis manos. Quería huir. La rodeé con mis brazos, acerqué mi cabeza a su cabellera y le hablé en voz muy baja tratando de cautivarla, le supliqué que dejara de llorar, que me perdonara. Pero no pude resistir el perfume, el calor y la tentación de ese cuerpo que nadie había tocado todavía y la besé. Maitreyi se revolvió y gritó apartando la boca. Temí que nos oyese alguien y la solté. Huyó de mis brazos con un suspiro que me humilló, mas no se dirigió a la puerta sino a la ventana. Allí, a la luz de la farola de la calle, pude contemplarla. Me estremecí. Tenía una extraña mirada, en sus ojos llorosos se leía la desesperación, la melena le caía revuelta sobre los hombros y se mordía los labios. Me miraba como si yo fuera un fantasma o un loco. Me señaló con el dedo el lugar donde la había besado, en la mejilla. No podía hablar, no se podía defender. Me acerqué, la estreché en mis brazos y volví a besarla, incapaz en mi locura de entender nada y ofuscado por la pasión. La besé en la boca y encontré unos labios húmedos, frágiles y perfumados, como jamás hubiese pensado que algún día podría besar. En un primer momento se apretaron bajo los míos en un intento de defenderse pero estaba tan débil que los abrió y se dejaron besar, morder y chupar. Le notaba los pechos, la sentía toda entera, se había abandonado tan completamente a mi cuerpo que llegué a tener un vestigio de melancolía por lo rápidamente que se me había entregado. No sé cuánto duró aquel primer abrazo. Noté que se ahogaba y revolvió y la solté. Súbitamente se derrumbó a mis pies. Creí que se había desmayado y me agaché para ayudarla, pero ella se abrazó a mis piernas llorando y suplicándome que no volviera a tocarla; me lo imploraba por mi dios, por mi madre y por la suya. Me estremecí y guardé silencio. Dejé que se levantase sola. Se secó precipitadamente las lágrimas, se arregló el pelo, me miró sin que yo la pudiera ver, pues a mí me daba la pálida luz de la farola y ella estaba en la oscuridad, y se marchó suspirando.

Regresé a mi cuarto agitado, en mi interior bullía un sinfín de sentimientos que me torturaban, la alegría de que fuese mía, orgullo, remordimientos, miedo. No pude hacer

nada antes de la cena. Me preguntaba si tendría valor para mirarla en la mesa. Muy especialmente me preguntaba si le contaría algo a su madre o a Lilu. Yo no sabía nada ni creía nada. No vino a cenar pero, nada más terminar, Lilu se acercó a mí y me dijo:

-La poetisa le envía esta nota.

La abrí conteniendo el aliento. Para que nadie la entendiera, estaba escrita en francés.
Vous venir matin six heures en bibliothèque?

IX

Yo salía para el despacho a las diez de la mañana pero a las ocho tomábamos el té todos juntos. Así pues podíamos hablar sin que nos molestasen durante un par de horas. Aquella noche dormí mal, tuve fiebre y unas pesadillas tremendas. Creía que perdía a Maitreyi, que un ángel de barba blanca me expulsaba de aquella casa mientras el señor Sen me miraba partir indiferente desde la azotea. Me desperté una y otra vez temblando, con la frente fría y húmeda. Como si hubiese cometido un grave pecado.

Encontré a Maitreyi sentada en el escritorio, vestida con un sari blanco y un chal gris sobre los hombros, escribiendo fichas para el catálogo. Le di los buenos días presa de una gran turbación pues no sabía si tenía que besarla o solamente sonreír, o si comportarme como si nada hubiese pasado entre los dos. El primer encuentro tras un episodio decisivo en el amor siempre me ha exigido un esfuerzo de atención y de imaginación. No sé cómo comportarme, qué «actitud» tomar; no sé si tengo que ser rígido o delicado; sobre todo, no sé lo que ella cree y cómo querría que yo fuera. Esa indecisión hace que mis gestos sean inseguros, me lleva a contradecirme, a excusarme y, por regla general, a hacer el ridículo.

Por el contrario, Maitreyi se mostraba tranquila, resignada y decidida, aunque las ojeras y la palidez de su rostro delataban una noche de oración y meditación. (¿Fueron imaginaciones mías o había oído su voz por la mañana salmodiando una monótona oración en el balcón? Era un sonsonete que se cortaba y se reanudaba intermitentemente, para terminar apagándose de repente, roto por un sollozo.)

Me senté frente a ella, en la misma mesa, en una silla que previamente había colocado Maitreyi. Comencé a escribir de manera mecánica, copiando los títulos de los libros sin levantar los ojos de las fichas.

-¿Has dormido bien? -le pregunté al cabo de varios minutos para romper el silencio.

-No he dormido nada -me respondió con calma-. He estado pensando en que ya es hora de que te marches de nuestra casa. Por eso te he llamado.

Quise interrumpirla, pero Maitreyi hizo un gesto de desesperada súplica y la dejé hablar, cada vez más azorado y sorprendido de lo que oía. Hablaba jugueteando con la pluma en una hoja de papel, sin mirarme, dibujando y tachando, escribiendo frases que yo no podía leer y haciendo signos y figuras que no comprendía. Ese juego me recordó los comienzos de nuestra amistad y las primeras clases de francés. Me habría gustado interrumpirla para decirle los errores que había cometido en la nota de la noche anterior pero reparé en que resultaba de mal gusto y me callé. Tampoco me daba tiempo Maitreyi para entregarme a reflexiones melancólicas. Decía cosas que yo no sabía cómo tomar. Me inquietaban y me sorprendían; me herían en mi amor propio y en mis certezas. Nunca la había oído hablar tanto tiempo sin cambiar de tema, sin preguntarme nada y sin esperar respuesta ni comentarios por mi parte. Parecía que estaba hablando en una habitación vacía. Como si yo no existiera.

Decía que yo me engañaba si creía que estaba enamorada de mí, así como yo lo estaba de ella. Hacía mucho que había entregado su alma a otro, a Robi Thakkur. Que

estaba enamorada de él desde que tenía trece años y leyó por vez primera sus libros.

Los veranos los había pasado, hasta el año anterior, en Shantiniketan, con su familia, huéspedes todos ellos del poeta, en su propia casa. ¡Cuántas y cuántas noches habían pasado los dos solos en la azotea, Maitreyi a los pies del anciano, oyéndolo mientras él le acariciaba el pelo! Al principio no sabía qué era aquel sentimiento que la hacía vivir fuera del estado de lucidez, como en un ensueño indeciblemente hermoso. Creía que era veneración y amor filial por su gurú. Hasta que una noche el poeta le dijo que eso era amor. Entonces se desmayó en la azotea. Se despertó, no sabe al cabo de cuánto tiempo, en la habitación de él, acostada en la cama y con la cara mojada. En la estancia flotaba un perfume fresco de jazmín. El gurú seguía acariciándola y entonces le dio el mantra protector del pecado. Le pidió que fuera pura toda su vida. Que escribiera versos, que amara, que soñara y que nunca lo olvidara a él. Y no lo había olvidado. Tenía una caja entera de cartas que le había escrito él desde todas las partes del mundo por las que había pasado. Era una caja de madera perfumada y se la había dado el poeta hacía dos años junto a un mechón de su cabello...

(«¡Qué repugnante histrión!», pensaba yo, devorado por los celos, la rabia y la impotencia. «¡Maldito corruptor, con ese misticismo carnal, esa mezcla repelente de devoción y mentira! ¿Cómo he podido creer que esta muchacha fuese pura? ¿Cómo he podido creer que *yo* era el primero en tocar su cuerpo?»)

Sin embargo, nunca la besó ni le acarició más que el pelo, añadió Maitreyi como si me hubiese adivinado el pensamiento. Además, hacía mucho que no lo veía, ya que él siempre estaba viajando. Y luego (y aquí tuvo una vacilación), parece que la señora Sen observó ciertos excesos sentimentales en el comportamiento de su hija con el gurú y no la dejó que volviera a verlo. Pero no lo había olvidado ni un instante. Le habría gustado que nosotros hubiésemos llegado a ser buenos amigos para confiarme a mí todas estas cosas y que le hubiésemos amado juntos. Para mí sólo había sido una amiga, jamás había pensado en ninguna otra clase de amor, y nuestro juego tendría que haber seguido siendo eso, un juego, sin abrazos ni besos. (Se sonrojó y susurró estas palabras con muchos errores gramaticales y de pronunciación. Por eso repitió la frase en bengalí.) Sus gestos habían sido sinceros y afectuosos porque, en cierto modo, me quería mucho y le gustaba que estuviésemos juntos, bromear, mirarnos a los ojos y tocarnos las manos, pero que todo eso no eran más que muestras de amistad. Si yo me había creído otra cosa era por su culpa, por haberme ocultado muchas cosas y haberme dado pie a que creyera cualquier otra cosa, incluso que estaba enamorada de mí.

Cuando paró de hablar, cansada y pálida, me levanté de mi sitio (no me daba cuenta de lo que hacía, tan grande era mi estupor) y me acerqué a ella. Me miraba con pánico y lástima. Le cogí la cabeza con mis dos manos y, como sabía que no podía gritar pidiendo ayuda, la besé en la boca. Los dos sabíamos que en cualquier momento podía bajar alguien de arriba y habría podido vernos desde la escalera, pero eso me hacía prolongar más el beso hasta casi ahogarla.

-¿Por qué haces esto? -dijo ella-. Soy débil y no me puede oponer, pero no siento nada cuando me besas. Siento tus labios como si fueran los de Chabú, los de un niño. ¡No me alteran! ¡No te quiero!

La solté de mi abrazo y me fui a mi cuarto. Inmediatamente me fui a mi trabajo sin esperar a tomar el té, en cierto modo tranquilizado por la confesión de Maitreyi, aunque celoso y rabioso. Me parecía que todo lo que hacía esa chica era contrario a la naturaleza.

Aquel día ni la vi ni la busqué. Por la noche, durante la cena, volví a tenerla a mi derecha. Fui de los primeros en bajar. Sólo acudieron Mantu, Lilu y Maitreyi. Nos pusimos a hablar de política: de la detención del alcalde de la ciudad, del discurso de Sarojini

Naidu y del gran número de detenidos durante la revuelta civil. Me había prometido a mí mismo no mirar a Maitreyi y no tocarla ni por casualidad. Pero, de pronto, sentí debajo de la mesa su pie caliente y desnudo posándose trémulo sobre el mío. El escalofrío que recorrió todo mi cuerpo me traicionó. Sin que nadie lo observara, Maitreyi se levantó el borde del sari y yo paseé mi pierna por toda su pantorrilla, sin hacer el menor intento por resistirme a ese placer fascinante, a esa cálida sensualidad. Ella estaba pálida y tenía los labios rojos. Me miraba con sus ojos hundidos y asustadizos pero su carne me llamaba, me invitaba y tuve que clavarme las uñas en el pecho para volver en mí siquiera un instante. Creo que los otros se dieron cuenta de nuestro desconcierto. Desde entonces, acariciarnos las pantorrillas y las rodillas por debajo de la mesa se convirtió en uno de nuestros goces cotidianos, pues esa era la única caricia que podíamos hacernos allí. Si la hubiese tocado con la mano, Maitreyi lo habría considerado un repugnante acto lúbrico e inmediatamente habría puesto en entredicho la pureza de mis sentimientos.

Después de la cena, Maitreyi me detuvo en el umbral.

-¿Quieres ver el trabajo que tengo hecho?

Encendió la luz de la biblioteca pero, en lugar de acercarse a la mesa donde se hallaban las fichas, se dirigió hacia la otra habitación, donde no había ninguna lámpara. Miró a derecha e izquierda, no fuera a sorprenderla alguien, y después me alargó el brazo desnudo hasta el hombro.

-Prueba a hacer todo lo que puedas con él, bésalo, acarícialo; verás cómo no siento nada.

Una vez, mucho antes de esto, habíamos hablado acerca de la voluptuosidad y le dije que quien sabe amar de verdad puede experimentarla por mínimo que sea el contacto con el cuerpo del amado. Entonces le expliqué que, para mí, la posesión era algo más misterioso y complejo de lo que parecía. Es muy difícil tener algo de verdad, alcanzarlo o conquistarlo. En realidad, más que poseer, nos imaginamos que poseemos.

Eso tan trivial que le dije de pasada, seguro de que algo de más enjundia no iba a entenderlo, le produjo a Maitreyi bastantes quebraderos de cabeza. Ahora trataba de comprobar sus sentimientos por medio de esa «voluptuosidad» esencial de la que entonces le hablé.

Le cogí el brazo y lo miré un instante fascinado. Aquello ya no era un brazo de mujer. Había adquirido una transparencia y un calor propios, parecía que toda la pasión se había concentrado debajo de aquella piel de un moreno mate y, junto a la pasión, toda su voluntad de triunfo. El brazo vivía por sí mismo; ya no pertenecía a la muchacha que lo había extendido en ascuas para probar su amor. Yo lo tenía entre mis manos como una ofrenda viva, desconcertado por la intensidad con la que palpitaba y por lo extraño del acto que me disponía a cometer. Comencé a apretarlo, a acariciarlo y a besarlo, seguro de estar abrazando por entero a Maitreyi, de que era a ella a quien acariciaba, de que la poseía por completo. La sentía plegarse al goce, ceder como en una agonía, la sentía despertarse en el albor de un día nuevo pues entre beso y beso observaba su tez cada vez más pálida, sus ojos cada vez más encendidos y su voluntad cada vez más extraviada. Esa llamada de mi amor, lanzada sobre la carne de su brazo desnudo, iba dirigida a ella misma. Mis dedos, al deslizarse hacia su hombro, se dirigían hacia todo su cuerpo.

Y entonces noté que se tambaleaba y se apoyaba cada vez más en mí hasta que rodeó mi espalda con el otro brazo y me abrazó sollozando y sin aliento. Durante unos segundos la tuve en mis brazos totalmente entregada (pues yo no hice nada para provocar su entrega, mi intención era solo castigarle el brazo), cuando la besé, esta vez en la boca, comprendí que ya no era un beso robado, pues sus labios se abrían para

sorberme, sus diente querían morderme, la crispación de su cuerpo ya no era resistencia ni abandono sino coincidencia con mi deseo y con mi sangre. Entonces comprendí que todo lo que hubiese sucedido antes en las emociones y en el pensamiento de Maitreyi, quienquiera que fuese el que los hubiese perturbado antes que yo, había desaparecido y sus huellas se habían borrado, dispersadas por ese nuevo día en que nacía virgen. Una placidez desconocida me invadió entonces por todos los poros de mi alma y de mi cuerpo. Me sentía un ser pleno y una ola de dicha me elevaba de la nada pero sin separarme de mí mismo, sin dispersarme. Jamás he vivido de forma más completa e inmediata como en aquellos momentos, que me parecieron sin duración temporal. El abrazo contra el pecho de Maitreyi era algo más que amor.

Ella se recobró y se cubrió los ojos con las palmas de las manos. Se alejó lentamente de mí. Me miraba, se estremecía y volvía a taparse la cara. Pasó junto a la mesa y me dijo como una autómatas señalándome los libros:

-Mira lo que he trabajado hoy.

Debió de ser un presentimiento sobrenatural el que inspirara sus palabras ya que, en ese mismo instante, entró Khokha y le dijo que su madre la llamaba, que subiese a su habitación. Apagué las luces tratando de dominarme. Estaba aturdido y era feliz, casi me daban ganas de decirle a Khokha que la felicidad había sido un regalo inesperado, sin haber hecho nada para merecerla.

En mi habitación no podía estarme quieto. Miraba por la ventara enrejada, me tumbaba en la cama, me levantaba y me ponía a pasear por el cuarto. Quería volver a ver a Maitreyi, dormirme con su semblante en mis ojos, con el recuerdo de sus labios, imagen rota por la aparición de Khokha. Me parecía que no nos habíamos separado como es debido, que habían roto nuestra intimidad. Sólo podíamos separarnos con un beso, y la llegada de Khokha lo había impedido. Estoy seguro de que también Maitreyi sentía lo mismo porque oía sus leves pasos recorrer su habitación, en el piso de arriba, salir al balcón y volverse. En el muro de enfrente podía ver su sombra cada vez que se acercaba a la ventana. Pero la luz se apagó y una extraña pesadumbre me dejó atado a los barrotes. Entonces oí un silbido que cualquiera hubiese tomado por una melodía, pero yo adiviné otra cosa. Me acerqué a la ventana y silbé yo también. Nadie me contestó. Tiene que estar en el balcón, pensé. Y abriendo con sumo cuidado la puerta de mi habitación y la más pesada del pasillo, salí al porche. No me atreví a bajar a la calle pues la luz de la farola era muy potente. Silbé de nuevo.

-¡Allan, Allan! -oí que me llamaban desde el balcón.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Bajé y la vi apoyada en la balaustrada, llevando solo un chal por los hombros y con su negra melena cayéndole por los brazos, entre las glicinas. Su figura casi desnuda entre los racimos de glicina, en un balcón a la pálida luz de una farola de barrio, más parecía una imagen de leyenda, de cuento oriental. La miré sin decirle nada. Por sus brazos caídos sin fuerza sobre la balaustrada y su cabeza apoyada en el hombro, en un gesto de resignación, comprendí que ella tampoco tenía fuerzas para decir nada. Sólo nos miramos. Después, hurgó debajo del chal, entre sus pechos, y me arrojó algo blanco y que caía suavemente por el aire; era una coronita de flores de jazmín. Al momento siguiente, ya no la vi. No pude darle las gracias.

Regresé feliz y en paz a mi habitación tras cerrar cuidadosamente las puertas. Por el pasillo me encontré con Khokha.

-He ido a beber un poco de agua fresca -me dijo confuso, antes de que yo le hubiese dirigido la palabra.

No me pregunté entonces por qué estaba merodeando siempre a nuestro alrededor y si acaso no estaría espiándonos. Estaba yo rebosante de alegría con la coronita de jazmín en las manos para pensar en otra cosa. Más tarde me enteré de que ese era el signo del noviazgo, que la doncella que daba una coronita como esa a un joven se consideraba suya para siempre. Y es que el intercambio de esa flor equivalía a un lazo que iba más allá de las circunstancias y de la muerte. Pero a la sazón, yo no conocía todavía el símbolo y la apretaba y la besaba porque había sido de Maitreyi, había estado pegada contra su pecho y era para mí un inapreciable tesoro. Sentado en mi cama y contemplando las flores de jazmín, mi pensamiento me remontó al principio de todo, cuando conocí a Maitreyi y no me gustó; cuando creía que nunca me uniría nada a ella. De repente comprendí que, en realidad, yo ya la quería entonces aunque no lo reconocía ni quería reconocerlo.

Pasé la noche acunado entre sueños y recuerdos, con el perfume del jazmín trayéndome la tentación de la boca de Maitreyi, una noche en la que me pareció oír por primera vez las grullas de Bengala gritando por encima de las planicies inundadas en las riberas del golfo. Entonces vi, en aquella puerta de felicidad abierta al mundo, una vida de leyenda, en un mundo de serpientes y tam-tam, que Maitreyi y yo recorríamos como dos amantes de los caminos.

*

Al otro día tuve mucho trabajo en el despacho y regresé tarde, después de la hora de comer. Maitreyi me esperaba con mi plato en el comedor. Había traído las fichas y estaba clasificándolas por orden alfabético, en una caja también ordenada alfabéticamente. Al verme cambió el color y me puso inmediatamente la comida. Acto seguido se sentó a mi lado, el chal le cubría la cabeza hasta la frente y se me quedó mirando. Yo sufría porque no sabía qué decirle, tenía miedo de parecer vulgar pues estaba cansado y comía con apetito. Me aguanté el hambre y la miré, queriendo testimoniarle con mi mirada que no la había olvidado, que la quería tanto como la noche pasada.

-¿Has pensado en mí hoy? -le pregunté yo, recordando que los amantes suelen hacerse estas preguntas cariñosas.

Cerró los ojos y vi dos lágrimas, o más bien dos puntos brillantes, ya que no aumentaron lo bastante para desprenderse de sus párpados.

-¿Por qué lloras? -le pregunté con brusquedad, tratando de parecer más emocionado de lo que en realidad estaba. (El caso es que la quería, Dios mío, la quería con locura. ¿Por qué, entonces, no podía sufrir a su lado? ¿Por qué tenía hambre mientras a ella se le saltaban las lágrimas?)

No me respondió nada. Me levanté de la mesa para acariciarle el pelo, después volví a mi sitio a beber agua, a comerme un plátano, en fin, para tomar algo y poderla besar luego. (Todavía tenía las supersticiones y el pudor del blanco; no hablar con la boca llena, no besar con los labios sucios, etc., como si eso tuviese algo que ver con el amor.)

-Allan, quiero enseñarte algo -me dijo con un tono de voz de lo más dulce y melodioso. (Hablaban en bengalí para poderme tutear, pues la exasperaba la inexpresividad de las frases inglesas, siempre en la segunda persona del plural.)

Me enseñó la cajita que le había dado Tagore, con el mechón de pelo blanco

perfumado y rizado en su interior.

-Haz lo que quieras con ella; si quieres, quémala. Ya no puedo tenerla en mi cuarto. No he estado enamorada de él. Mi amor por él fue un desatino, pues habría tenido que ser sólo mi gurú y yo creí que lo amaba de otra forma. Pero ahora...

Me miró como sonámbula. Su mirada me atravesaba y me envolvía para unirse con alguna criatura fabricada por su propia visión, quizá yo mismo, Allan, pero un Allan más pleno y más cálido, vivamente reclamado por toda el ansia de su amor.

-Ahora te quiero sólo a ti; nunca he querido antes a nadie. Sólo me lo pareció. Ahora lo sé, ahora es diferente.

Quise abrazarla pero oí bajar a Mantu por la escalera y me contenté con apretarle el brazo. Le devolví la caja, ya que me parecía ridículo vengarme en el triste mechón de pelo blanco. Además, ¿qué tenía yo que ver con su pasado, con sus recuerdos? En ese momento me sentía tan seguro de ser *el primero* y el único, que no tenía miedo de nada. Su pasado no me torturaba como sí lo hizo más tarde, siempre que tenía la sensación de que Maitreyi se alejaba de mí, que quizá me comparase con *el otro*, que se retrotraía a un tiempo en el que aún no había aparecido yo en su vida, un tiempo que me atormentaba con su misterio impenetrable.

Pero ella seguramente interpretó de otra forma mi gesto, como un rechazo, como indiferencia ante su sacrificio y sinceridad.

-¿No quieres coger este mechón? -me preguntó una vez más, sin poder creerlo.

-¿Qué quieres que haga con él? Quémalo tú, será mejor -le respondí con toda la ternura de que fui capaz.

-Pero para mí ya no significa nada -dijo con asombro.

Yo no entendía nada y cogí el mechón; lo envolví cuidadosamente y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. Seguidamente fui a tomar un baño. Mientras me caía el agua fría en el cuerpo, silbaba de tan buen humor que Lilu, al pasar por el patio, dio unos golpes en la cabina y me preguntó:

-¿Has tenido un mal sueño?

Esa broma, aparentemente insípida, aludía a un pasatiempo que habíamos tenido los dos el mes anterior y con el que yo trataba de ocultar mi melancolía y mi desazón («el problema Maitreyi», como decía en mi diario), diciendo que había tenido pesadillas. El recuerdo de aquel tiempo de incertidumbre y de ironía reforzaba mi alegría y mi seguridad de ahora. Regresé a mi cuarto temblando de placer y de victoria.

Cuando estaba acabando de vestirme llamó a la puerta Maitreyi. Entró, bajó la cortina (hubiese sido más arriesgado cerrar la puerta) y se echó en mis brazos.

-Ya no puedo vivir sin ti -me dijo.

La besé. Se debatió y huyó junto a la puerta.

-¿Acaso no es un pecado? -preguntó.

-¿Por qué va a ser un pecado? -la tranquilicé-. Nos queremos.

-Pero nos queremos sin que lo sepa mi madre, ni tampoco *babá*.

-Ya se lo diremos.

Me miró como si hubiese dicho una locura.

-¡No es posible decirles esto!

Un día habrá que hacerlo. Tendré que pedirles tu mano. Les diré que nos queremos y tu padre no se podrá negar. Sabes lo mucho que me aprecia, ya has visto cómo ha sido él mismo quien me ha traído a tu casa y me ha animado a ser amigo tuyo.

No seguí porque Maitreyi, presa de una viva desazón, daba muestras evidentes de estar sufriendo. Me acerqué a ella e intenté abrazarla, pero se revolvió.

-Hay una cosa que tú no sabes -me dijo-. No sabes que nosotros te queremos *de otra forma* (vaciló y rectificó), que ellos te quieren *de otra forma*, y yo tendría que quererte también así, no como te quiero ahora. Tendría que quererte siempre como al principio, como a un hermano.

-¡No digas tonterías! -la interrumpí besándole el brazo-. Ellos nunca han pensado en mí como «tu hermano».

-¡Que sí! Tú no sabes nada.

Rompió a llorar.

-¿Por qué habrá pasado todo esto, Dios mío?

-¿Lo lamentas? -le pregunté yo.

Se pegó a mí.

-Sabes que no, que pase lo que pase sólo te querré a ti, que soy tuya. Y un día me llevarás contigo a tu país, ¿verdad? Entonces me olvidaré de la India; soy yo la que quiero olvidarla.

Me acariciaba llorando y se pegaba a mi cuerpo con ternura y también con una seguridad que jamás hubiese supuesto en una muchacha que sólo la víspera me había besado en los labios.

-Pero a ellos no les digas nada. Jamás aceptarán que yo sea tu esposa. Ellos te quieren porque desean que seas suyo, que seas su hijo.

Sus palabras me sorprendían y me alegraban pero Maitreyi se estremeció.

-Ellos me han dicho: «Maitreyi, de ahora en adelante vas tener un hermano, Allan. Trata de quererlo porque va a ser tu hermano, *babá* lo va a prohijar y cuando se jubile nos iremos todos a su país. Allí con nuestro dinero viviremos como rajás. Allí no hace calor ni hay revoluciones y sus compatriotas no son malos como los ingleses de aquí. Nos considerarán como hermanos suyos». ¿Y qué es lo que he hecho yo ahora? ¿Cómo te quiero yo ahora? ¿Comprendes tú cómo te quiero yo ahora?

Tuve que sujetarla entre mis brazos porque se caía. La senté en el sillón. Estaba estupefacto. Estuvimos largo tiempo juntos sin decirnos una palabra.

X

A partir de entonces los días cambiaron. De cada uno de ellos podría escribir un cuaderno entero, pues fueron tan intensos que todavía los conservo frescos en mi memoria. Nos hallábamos a principios de agosto, de vacaciones. Pasábamos casi todo el tiempo juntos. Yo no iba a mi cuarto más que para cambiarme de ropa, para escribir mi diario y para dormir. El resto del tiempo estudiábamos juntos, pues Maitreyi se preparaba en clases particulares para el examen de *Bachelor of Arts* y yo la ayudaba. Pasábamos horas enteras oyendo los comentarios de *Shakuntala*, los dos juntos, sentados en la alfombra, sin entender una sola palabra del texto sánscrito pero, como estaba a su lado, podía apretarle la mano a escondidas, besarle el cabello, podía mirarla y hacerla rabiarse mientras su profesor, un *pandit* miope, le corregía la traducción o las respuestas al ejercicio de gramática.

Maitreyi me interpretaba a Kalidasa y en cada verso de amor encontraba un detalle aplicable a nuestra secreta pasión. Había llegado yo al punto de que sólo me gustara lo que le gustaba a ella, la música, la poesía y la literatura bengalí. Me esforzaba en descifrar la poesía *vaisnava* en original, leía con emoción la traducción de *Shakuntala* y nada de lo que me interesaba en otro tiempo me llamaba la atención ahora. Miraba los estantes repletos de libros de física con absoluta indiferencia. Lo había olvidado todo, excepto mi trabajo (que terminaba a duras penas, esperando volver cuanto antes a casa) y Maitreyi.

Unos días después de habernos declarado mutuamente nuestro amor, vino a decirme que entonces me había ocultado una cosa. En mi fuero interno, me jactaba tanto de la seguridad del amor de Maitreyi y del goce que siempre experimentaba estando cerca de ella, que inmediatamente la estreché en mis brazos y me puse a besarla.

-Tienes que escucharme. Tienes que saberlo todo. ¿Has estado enamorado alguna vez *así*, como ahora?

-Nunca -contesté en seguida, sin saber si mentía o solamente exageraba.

(Por otra parte, ¿qué eran aquellos amoríos efímeros y sensuales de mi juventud comparados con esta pasión nueva que me hacía olvidarlo todo y moldearme conforme al alma y la voluntad de Maitreyi?)

-Yo tampoco -confesó Maitreyi-. Pero sí que he tenido otros amores. ¿Quieres que te los diga?

-Lo que quieras.

-Primero quise a un árbol, uno de esos que nosotros llamamos de «siete hojas».

Me eché a reír y la acaricié con un ridículo aire protector.

-Pero eso no es amor, cariño mío.

-Pues sí, es amor. Y Chabú ahora también quiere a su árbol. Pero el mío era

grande. Vivíamos por entonces en Alipore, allí hay muchos árboles y son enormes. Yo me enamoré de uno muy alto e imponente, pero era tan delicado y mimoso... No podía separarme de él. Todo el día estábamos abrazados, le hablaba, lo besaba y lloraba. Le hacía versos, no los escribía, se los recitaba nada más que a él. ¿Quién más me hubiese entendido? Y cuando él me acariciaba el rostro con sus hojas, sentía una felicidad tan dulce que perdía el aliento. Me apoyaba en su tronco para no caerme. Por las noches me escapaba de mi habitación, desnuda, para subirme a mi árbol. No podía dormir sola. Allí arriba lloraba entre sus hojas hasta que empezaba a hacerse de día y me ponía a temblar. Una vez casi me pilla mi madre y, del miedo que me entró, tuve que guardar cama varios días. Desde entonces estoy enferma del corazón. Y no podía estar en la cama si no me traían todos los días ramas frescas de mi árbol de «siete hojas».

Yo la oía como el que oye contar un cuento pero, a la vez, tenía la sensación de que se alejaba de mí. ¡Qué alma tan complicada la suya! Una vez más venía a darme cuenta de que sólo nosotros, la gente civilizada, éramos sencillos, ingenuos y claros. Que estas personas, a quienes yo quería tanto que estaba dispuesto a ser uno de ellos, ocultaban, todos y cada uno, una historia y una mitología impenetrables, que tenían un alma espesa y profunda, compleja e incomprensible. Me dolía lo que decía Maitreyi. Y me dolía tanto más porque sentía que ella era capaz de amarlo todo con la misma pasión mientras que yo quería que me amase sólo a mí. Una criatura que ama continuamente, cualquier cosa, ¿puede haber suplicio más insoportable para un amante?

Me la imaginaba desnuda y adolescente, abrazándose al árbol con toda la locura de su pasión. Era una imagen que me alteraba y me irritaba, pues me parecía que todos esos goces que ella había conocido antes no podría dárselos yo nunca, ni tampoco podría borrárselos de la memoria. Además, aquella unión suya con las hojas y ramas del árbol era un amor distinto. Más tarde me torturaron muchos interrogantes. ¿Cómo se daba ella al árbol? ¿Cómo la hacían estremecer esas hojas de siete dedos al rozar su carne desnuda? ¿Qué palabras les diría cuando se sintió poseída por vez primera por el árbol y sometida sólo a él?

Me había traído envuelta en un papel de plata una ramita con hojas, aplastadas, perfumadas y secas. Tuve un incontenible arranque de furor al verlas y las tomé, las miré con desprecio y, mordiéndome los labios y sin poder dominarme, las estrujé en la mano.

-Eso mismo quiso hacer él -me confesó Maitreyi-. Pero a él no lo dejé.

Se me fue el color. ¡Conque él también la había querido tanto como yo y también había sufrido de forma tan atroz al saberse precedido en el amor por un árbol! ¿Dónde estaban mi seguridad y mi tranquilidad de haber sido el primero? Maitreyi se puso a besarme las manos y a decirme que ahora había olvidado al gurú y al árbol, que sólo me amaba a mí y que los otros amores no habían sido *así*. Me quedé mudo, con el alma desgarrada de dolor. Algo se había derrumbado, me sentía desfallecer y, al propio tiempo, con un gran furor contra mí mismo desconocido hasta entonces.

¿Eran celos?, me preguntaba.

-Si no te quisiera sólo a ti, no tendría valor para contarte todas estas cosas -lloraba Maitreyi-. Ahora tienes que decirme tú quiénes han sido las chicas a las que has querido antes que a mí.

-No he estado enamorado nunca -respondí yo sombrío.

-¿Cómo has podido vivir sin amor? -se extrañó ella-. Tú eres mucho mayor que yo, seguro que te habrás dejado seducir de buena gana por muchos amores.

Vacilé un instante, caviloso. Maitreyi me adivinó el pensamiento.

-No, no me refiero a tus aventuras, a las chicas que has tenido en tus brazos. No me hables de ellas. Eso era basura, no amor.

Empezó a sollozar. Por el pasillo pasó el chófer que se detuvo un momento, sorprendido por verla llorar, y siguió adelante con pasos furtivos (éste también era otro de los que nos espiaban, como pude comprobar más tarde). Maitreyi trató de dominarse llevándose el chal a la boca.

-¿Por qué me atormentas? -se rebeló de pronto-. ¿Por qué crees que no he sido pura en mi amor y en mi cuerpo?

Me quedé de una pieza. ¿Atormentarla yo? Me decía cosas que me herían y encima era ella la que se revolvía. Yo, que no había dicho nada, que la quería como un loco, no podía oponerme ni a mi pasión ni a sus deseos. Yo, que quería con todas mis fuerzas que su pasado se borrara, mientras Maitreyi no hacía más que sacarlo continuamente a colación, que revivirlo sin cesar. (Yo pensaba y sufría como un ser civilizado, como alguien que prefería siempre olvidar, echar tierra y pasar por alto el pasado, con tal de no ver perturbadas su tranquilidad y comodidad. Maitreyi no conocía los prejuicios de los blancos y se me ofrecía en toda su integridad, con todo lo que su alma había experimentado y fecundado anteriormente. Porque, eso lo supe, su cuerpo había permanecido intacto, al menos de cualquier mano varonil.)

Aquella misma tarde me habló de otro de sus amores, tendría a la sazón doce o trece años y había ido con su madre al gran templo de Jaganath, en Puri. Mientras recorrían entre la muchedumbre los oscuros pasadizos que rodeaban el santuario, alguien se acercó inadvertidamente a Maitreyi y le puso una guirnalda de flores en la cabeza. Al llegar al primer sitio con luz, la señora Sen observó la guirnalda y, al saber que se la habían puesto en la oscuridad, se la quitó y la llevó en su brazo. Pero cuando volvieron a penetrar en una zona oscura, Maitreyi volvió a sentir otra guirnalda alrededor del cuello. La señora Sen se la quitó nuevamente al llegar a la luz y esta vez llevó de la mano a su hija. No obstante, volvió a suceder lo mismo al entrar en la oscuridad. Cuando llegaron al santuario, la señora Sen tenía en el brazo seis guirnaldas. Miró a derecha e izquierda muy disgustada, porque una guirnalda colgada al cuello de una doncella significa noviazgo. Y entonces apareció un joven de rara belleza, con una larga cabellera negra cayéndole por los hombros, ojos penetrantes y boca roja (sufrí indeciblemente oyendo a Maitreyi describirmelo) que cayó a los pies de la madre, le tocó los pies con la mano y le dijo: «Madre». Solo eso. Después desapareció.

A aquel joven lo amó durante varios años seguidos, incluso después de enamorarse de Tagore (Recuerdo con detalle lo que pensé entonces: ¿seguiré Maitreyi amando a Tagore aunque ahora lo está de mí? ¿Vendrá algún otro más tarde, al que amaré a la vez que a mí?) Luego le contó a Tagore el episodio del templo y el «poeta» le dijo que aquel joven era un mensajero del amor, que las seis guirnaldas simbolizaban no sé qué, y otras cosas por el estilo. Al oírla, me estremecía al ver la jungla que aún había en el alma y en la mente de Maitreyi. ¡Qué oscuridad, qué flora tropical de símbolos y signos, qué cálida atmósfera de acaso y sensualidad! Y en todo eso, ¿dónde estaba yo? Me amaba una chica de dieciséis años a la que, nunca antes que yo, había besado nadie en la boca.

-Ahora soy tuya, sólo tuya -dijo Maitreyi enlazándome con su brazo-. Sólo tú me has enseñado qué es el amor, sólo tú me has hecho estremecer, a ti me he dado. Cuando rompiste las hojas fui feliz. Cuánto me gusta verte rabioso como el viento, que me pisotees, que no me tengas en consideración. Te quiero así. ¿Qué es lo que temes?

Realmente, no tenía ningún motivo para temer nada. Maitreyi venía a buscarme continuamente a mi habitación después de comer, a una hora en que todos los demás

dormían arriba, debajo del ventilador. Casi se me entregaba en aquel sillón inmenso de paja y bambú. Ahora mis labios se deslizaban besándole el cuerpo, bajando del cuello, por los hombros desnudos debajo del chal, por los brazos, por el pecho. Cuando por vez primera le acaricié los senos, con una mano sincera y ávida, se contrajo con un estremecimiento helado. Seguidamente, se relajó y se abrió el corpiño aunque en su mirada aún se entreveraban el miedo y el placer. Me ofreció sus pechos trastornada y atemorizada, como esperando que fuera a caer un rayo y nos fulminara a los dos. Nunca había visto en ninguna estatua del mundo unos pechos tan hermosos, pues la oscura palidez del cuerpo de Maitreyi se teñía ahora de rojo, al despojarse por vez primera de veladuras. La belleza perfecta, de escultura, de su busto resplandecía, aguardándome. Su cuerpo era una espera, el rostro inmóvil y los ojos mirándome como se mira un portento. No sólo había sensibilidad en aquel escalofrío que recorría su cuerpo y la había dejado como muerta a mi lado. Yo pasaba de la lucidez a la ofuscación provocada por el deseo ardiente mientras que ella se había ofrendado completamente al milagro del contacto de su cuerpo virginal con el de un hombre. Más tarde comprendí que la honda voluptuosidad de su carne, en los primeros momentos de su amor, la torturaba. Entonces tuvo el valor de preguntarme, atenazando con una mano el respaldo del sillón, y acariciándome el pelo con la otra:

-¿No es pecado?

Como de costumbre, le dije una tontería para tranquilizarla, unas frases huecas, y volvía a sumirme en el paulatino descubrimiento de su cuerpo. Cuando, a veces, la miraba, sorprendido yo mismo de su completo abandono, la veía con la cabeza reclinada sobre el sillón, los ojos cerrados, temblando y las lágrimas corriéndole por las mejillas y pegándole mechones de pelo en la comisura de los labios y en la barbilla.

-Cuando estemos unidos, nos amaremos sin límites. Entonces te tendré por completo -la consolaba yo.

-¿Y *ahora*, no es pecado? -insistía ella apretando los ojos y mordiéndose los labios.

-Ahora sólo te beso y te acaricio una parte del cuerpo. Entonces será distinto, serás mía, mía.

-¿Es que no lo soy ahora? -decía con voz apagada-. ¿No es pecado?

Necesité varios días para comprender lo que me quería decir. Era un pecado porque ella sentía la fuerza de la carne en toda su plenitud y temía que un amor así desperdiciado pudiese romper la armonía del mundo. Al haberme dado sus labios y haberme abrazado con su cuerpo pegado al mío, ya estábamos unidos. Y había que llevar el amor hasta el final pues, de lo contrario, el placer se convertiría en vicio y el alborozo de nuestra unión en tristeza de la carne. El pecado no lo constituían los intentos de conocer mejor su cuerpo sino el límite que yo ponía a mis abrazos, pues éstos le proporcionaban un placer definitivo sin que el fruto de ese alborozo pudiese cosecharse y agrandarse. Desperdiciar el fruto era un pecado, según su sensibilidad y mentalidad de mujer india. Según la vieja usanza india, teníamos que unirnos en la cama, y de nuestras caricias habían de nacer seres vivos, niños, ya que, de lo contrario, el amor se pierde, el alborozo se vuelve estéril y nuestra unión un vicio.

Me entristeció comprender que no era la sensualidad ni su amor por mí lo que la impulsaba a pedirme eso, sino una superstición, el miedo al *karma*, a los dioses y a los antepasados. Aquella noche yo pensaba dónde se encontraría la verdadera sinceridad de los sentidos, la verdadera inocencia de la carne, si en los indios o en nosotros, en la gente civilizada. ¿Acaso habría actuado Maitreyi como hipnotizada, como una autómatas desde que me besó por vez primera? ¿Acaso su espontaneidad, la inmensidad de su amor por mí no serían sino simples consecuencias de la primera caída, actos determinados por su conciencia bárbara y supersticiosa?

Yo había logrado evitar, en la medida de lo posible, los largos abrazos a solas porque sentía verdadera adoración por la señora Sen y un gran respeto por el señor Sen, y esperaba encontrar la ocasión propicia para pedirles la mano de Maitreyi antes de poseerla. Siempre he sido un ser moral, de ahí arrancan todas mis tragedias. Siempre he amado desde varios puntos de vista, no he sabido sacrificar el todo por un solo grano de verdad o de vida, por eso me las han dado de todos los colores y las olas me han llevado donde han querido.

Además, quería tanto a Maitreyi que prefería una comunión más cálida, más completa, como la que teníamos cuando íbamos de paseo en coche por los alrededores de Calcuta. Excursiones a Barackpur, Hoogly o Chandernagor, que duraban hasta casi medianoche. Cuántas aldeas cercanas a Calcuta visité con ella (y digo ella porque, aunque siempre íbamos acompañados por el señor o la señora Sen, por Lilu y Mantu, Chabú o Khokha, no veíamos ni sentíamos a nadie más, sólo a nosotros dos); la de casas ocultas entre cocoteros en las que hubiésemos querido escondernos, un deseo que nos adivinábamos en la mirada; son tantos los recuerdos que dejamos en esas carreteras sombreadas por los árboles que las flanqueaban... ¡Cuántos lagos artificiales en cuyas riberas nos sentamos los dos, apretándonos furtivamente las manos, mientras los demás traían del coche unas cestas con emparedados y frutas! ¡Aquellas paradas en plena noche, en la carretera de Chandernagor, todos petrificados ante el silencio, los árboles y las luciérnagas que volaban en derredor; como en una selva virgen! Recuerdo muy especialmente una noche en que se nos estropeó el coche en esa misma carretera mágica de Chandernagor y el chófer se fue con Mantu a buscar herramientas a un pueblo de los alrededores. El ingeniero estaba cansado y se quedó dormitando en el coche mientras nosotros tres, Maitreyi, Chabú y yo, nos fuimos a explorar el bosque. Noche de verano sin luna, con todas las estrellas de Bengala en el cielo y las luciérnagas posándose en los hombros, en la cara y en el cuello, como si fueran alhajas vivas en un cuento de hadas. No nos decíamos nada. Sin darnos cuenta, Maitreyi y yo nos enlazamos por el talle, temerosos de Chabú pero estimulados por el hechizo del silencio y la oscuridad. No sé qué alma desconocida surgió en mí entonces, en respuesta al llamamiento de toda esta India insospechada. El bosque parecía no tener ni principio ni fin. Eucaliptos sin edad que apenas dejaban adivinar el cielo, mendaces luciérnagas que se confundían con las lejanas estrellas. Nos detuvimos ante un estanque artificial, una de esas albercas donde los campesinos crían peces. En silencio los tres. ¡Quién sabe la de maravillas que estarían urdiéndose entre los lotos de hojas cerradas en la quietud de aquellas aguas mansas e imperturbables en las que se reflejaba el vuelo de la multitud de granos de oro! Yo me esforzaba por mantenerme lúcido porque nuestro entorno se había transformado en cuento de hadas y el joven que había en mí, el hombre que estaba viviendo aquellos momentos mágicos, sucumbía ante la sacralidad y la irrealidad de nuestra presencia a la orilla de aquel estanque petrificado. Largo rato duró mi arrobamiento y no me atreví a besar a Maitreyi. Ya no deseaba nada, ya no sentía necesidad de hacer nada. Había en mi alma una serenidad sobrenatural, aunque el misterio y el portento de alrededor me habían exaltado, me habían narcotizado y soliviantado. Jamás he comprendido lo que pasó.

En otra ocasión encontramos una casa abandonada al borde de un arrozal en el que me había aventurado a meterme y volví empapado hasta las rodillas. Me senté a secarme en los restos del muro derruido de la casa, en una de las piedras amenazadas por la vegetación. Todavía no habían salido las estrellas, la noche era cálida y la brisa traía aroma de eucaliptos. Junto a mí, vestida con un sari de hilo, Maitreyi buscaba con la mirada el comienzo del bosque, al otro lado del arrozal. No sé por qué misterio todo nuestro entorno se hizo partícipe de nuestros deseos de fuga y soledad. El bosque nos invitaba con su espesura de árboles, con sus sombras y sus pájaros dichosos. Nos miramos y una emoción sobrenatural nos invadió, como aquella vez en la biblioteca. La ayudé a saltar el muro y le besé de pasada el pelo, pero fue un beso en el que puse toda mi alma, de tal suerte que Maitreyi se abandonó a él con los ojos cerrados, sin pensar en

su madre ni en Lilu, que podrían habernos visto desde el coche. Siempre volvíamos al coche con el alma en vilo pensando si nos habrían visto.

Aquellos paseos están frescos en mi memoria y me producen un dulce tormento. Pues si el recuerdo de la carne pasa fácilmente, si la unión corporal, por perfecta que sea, se olvida, como se olvida el haber tenido hambre y sed, nuestra comunión fuera de la ciudad nada tenía de la opacidad de los placeres sensuales. Bastaban nuestros ojos para decírnoslo todo, un simple abrazo sustituía a una noche de amor. Sólo allí podíamos volver a sentir el estremecimiento que provocaban las miradas fijas, hipnóticas e insaciables que descubrimos el primer día en la biblioteca. Cuando el coche se detenía en las barreras de entrada a la ciudad, a plena luz, nuestros ojos se buscaban y se engarzaban en una contemplación desesperada, ofrendándose mutuamente unas miradas rayanas en la demencia. Hasta tal punto era así que hoy me pregunto cómo es posible que los demás no adivinaran nuestra pasión. ¿Habrán creído por ventura que era el cariño que ellos querían que nos profesáramos?

Una vez, pasamos por Chandernagor por la noche. El bulevar iluminado por ambos lados no pudo borrar la impresión de cansada melancolía que me habían dejado las ruinas del palacio, antaño tan glorioso, de esta antigua colonia francesa olvidada de Dios. Al regreso, meditaba en la pujanza e inmortalidad de esta India que todo lo soporta y todo lo digiere, a la que poco le importan invasores y amos. Iba corriendo en un coche del siglo XX y a mi lado tenía un alma impenetrable e incomprensible, tan quimérica y sagrada como la de la otra Maitreyi, la anacoreta de los *Upanishad*. Le toqué el brazo para despertarme. «¿Es esta *chica* la que me quiere a mí?»

Íbamos a menudo a Belur-Math, al *ashram* de Swami Vivekananda, principalmente en las fiestas, pues el Ganges baña allí incluso las gradas del *math*, el paisaje es fantástico y el aire perfumado. Por allí nos paseábamos libremente, sin hablar mucho y sin hacernos gestos cariñosos. En ese lugar me pareció encontrar una paz que mi alma jamás había conocido antes. ¿Era el amor por Maitreyi o bien mis arraigadas convicciones lo que hizo que me plantease por primera vez la posibilidad de convertirme? Quería abrazar el hinduismo y entonces ya no habría ningún obstáculo en el camino de nuestra unión. Mi planteamiento era el siguiente: si es cierto que todas las religiones son buenas, que el mismo Dios se manifiesta en cada una de ellas, ¿por qué entonces no podría yo abrazar la misma fe que Maitreyi? No abjuro de mi religión por miedo o por provecho sino porque el amor me somete a esta prueba. Si un dogma muerto puede poner barreras a un amor vivo, ¿qué clase de amor es ése? Si estoy convencido de que la verdad está en todas partes, en todas las creencias, ¿por qué no demostrarlo con los hechos? Es muy fácil decir, como cualquier misionero modernista, que todas las religiones son buenas. Estoy harto de palabras. Quiero demostrarme a mí mismo que el hinduismo es tan bueno como el cristianismo, si creo de verdad en un solo Dios; como las dos religiones serían inútiles si no creyera.

Cuando le referí todo esto a Maitreyi allí, en Belur-Math, se quedó perpleja un momento por mi decisión y me dijo que, si me pasaba al hinduismo, nadie nos podría separar ya nunca. Me citó algunos casos de conversiones similares. (Un francés, profesor en Shantiniketan, casado con una bengalí. Yo mismo lo había conocido y me quedé impresionado de la paz espiritual y felicidad de aquel hombre trasplantado en tierra extraña, con hijos a los que educaba como auténticos indios.) Aquella misma noche, al volver a Bhowanipore, Maitreyi le confió a la señora Sen mi decisión. Rebotante de felicidad, bajó a mi cuarto a decirme que su madre se había llevado una gran alegría, que todas las mujeres arriba no hablaban de otra cosa y que, ahora, en cuanto se presentara el momento favorable, podría pedir su mano sin ningún temor. Nos abrazamos con una seguridad y una concordia que, más tarde, me dieron qué pensar. «¿No será esta tolerancia, este patrocinio general, la raya límite de nuestro amor?»

Cuando el señor Sen se enteró de mi idea de conversión, se enfadó y me dijo que

no tenía que entusiasmarme tan de prisa por una religión de la que no me atraía más que lo novedoso y el ritual. Que mi religión era mucho mejor que la suya y que si él no podía dejarla porque perdería su rango social, yo no tenía ningún motivo para pasar por esa experiencia. Además, él sólo aceptaría cuando recibiese la aprobación de sus coterráneos. Yo no debía olvidar nunca que una religión se conserva no por convicción sino por amor y respeto a nuestro prójimo, a quienes nos rodean y que todavía creen en ella. («¿Y mi amor nuevo y vivo, qué?», pensaba yo mientras le escuchaba, porque si él tenía razón, yo también.) La oposición clara y tajante del señor Sen nos dejó a Maitreyi y a mí completamente abatidos. Convinimos en que yo me iría un mes a Puri, en octubre, y volvería ya convertido. Entonces ya no cabría ninguna discusión.

Por otra parte, ocurrió que el señor Sen, que llevaba varios meses con problemas de tensión arterial, tuvo dos otros ataques seguidos de *mouches volantes*, lo que alarmó a toda la casa. Nuestros paseos en coche se espaciaron y yo casi todo el tiempo lo pasaba en la habitación del señor Sen leyéndole novelas, libros de psicología o de medicina. (Pues al ingeniero, cuando se vio forzado a la inmovilidad, le dio por pensar en el alma y en la enfermedad, y deseaba documentarse.) Lo hacíamos por turno Mantu, Maitreyi y yo. El señor Sen no sufría, pero no tenía más remedio que pasarse una buena parte del día tendido en la cama y protegiendo sus ojos con gafas negras. Llevaba varios meses padeciendo la enfermedad y yo apenas me había percatado de ello, de tan enfrascado y fascinado que estaba en mi aventura amorosa.

Entonces advertí cuántas cosas habían acontecido a mi alrededor sin que las hubiese tomado en consideración. La revuelta civil, con los cincuenta mil nacionalistas en prisión, amenazaba con estallar de nuevo. Tuve que asistir a escenas atroces, a cargas de la policía a caballo, a la destrucción y saqueo del barrio sij de Bhowanipore, tuve que ver niños apaleados y mujeres heridas para soliviantarme yo también. Entonces, dejando a un lado toda ponderación, condenaba a los británicos sin reservas, me enfurecía cada vez que leía una nueva salvajada en los periódicos, miraba asqueado a todo blanco que encontraba en los tranvías y renuncié al tabaco inglés, a la pasta de dientes inglesa y a cualquier producto importado de Inglaterra. Sólo compraba artículos *swadeshi* y, si no los encontraba, japoneses. Además, mi vida en Bhowanipore hacía mucha que me había obligado a renunciar a la mayoría de los productos europeos.

Días después del saqueo del barrio sij, me visitó Harold. Tal y como yo había supuesto, vino a pedirme un préstamo, en esta ocasión grande, cien rupias. Le di un cheque contra mi cuenta en el Chattered Bank encantado de poder serle útil (el pobre chico llevaba tres meses sin poder pagar el alquiler y no tenía para comer hasta que cobrara el sueldo), pero al propio tiempo me enfurecía haber ayudado a un enemigo de la India. Me había vuelto casi un chovinista.

Maitreyi nos sirvió el té y después pasamos un rato de tertulia en mi habitación. Traté de sacar el tema de Gandhi y la revuelta civil. Harold, como todos los angloindios, no podía ni oír cosas semejantes y estaba encantado con el terror desatado por la policía y el ejército. Pero aquel día había venido a pedirme cien rupias y no podía llevarme la contraria. Entonces intuí su cobardía, pero me vi reflejado en él, pues a menudo he sentido también esa sensación embarazosa a la hora de discutir creencias ajenas. El reflejo era tan exacto que me deprimió.

Pero había algo más. Harold también había venido para espiarme, para ver cómo vivía allí, si era verdad que llevaba una vida de «bruto negro», como él pensaba, o si gozaba de ciertas comodidades. Pero sobre todo había venido por Maitreyi. Y cuando la vio sirviendo el té, ruborosa, mirándome a hurtadillas y sonriente, familiarizada con la habitación y con mi presencia, lo entendió todo.

-Mi querido Allan, estás perdido y sin posibilidad de escapatoria ya.

-Sería inmensamente feliz si lograra que me admitieran en ese mundo —le contesté airado y mirándolo directamente a los ojos-. Un mundo vivo, de gentes vivas que sufren y no se quejan, que todavía tienen ética y sus hijas son unas santas y no putas, como las nuestras. ¿Casarme con una blanca? ¿Con una chica que jamás ha conocido la virginidad ni conocerá jamás lo que es entregarse por completo? El nuestro, el de los blancos, es un mundo muerto. Ya no encuentro nada en él. Si me aceptaran, como se lo pido a Dios, en una familia india, encontraría fuerzas para rehacer esta vida mía levantada sobre naderías, sobre intereses estúpidos y abstracciones. Desearía empezar desde el principio, creer en algo, ser feliz. Sólo puedo ser feliz con un amor perfecto, y esa clase de amor no la encuentro más que aquí, en este barrio, en esta casa...

Hablé enardecido, con sinceridad, descubriéndome a mí mismo algunas ideas que no había sido consciente de tener antes. Harold me miraba sorprendido, divertido y cohibido. No sabía qué responder porque no había entendido nada de esa «muerte del mundo blanco» que a mí me obsesionaba desde hacía tantos años; además, tampoco tenía ganas de charla, estaba deseando marcharse a tomar un whisky, pues llevaba mucho tiempo sin probarlo.

-¿Y tu religión?

-Para mí, el cristianismo no ha nacido todavía. Lo único que hay son iglesias cristianas, dogmas y ritos. El cristianismo nace aquí, en la India, en la tierra que mantiene las mejores relaciones de concordia con Dios, donde los hombres están sedientos de amor, de libertad y de entendimiento. No concibo el cristianismo sin libertad y sin la primacía de lo espiritual.

Harold, que sólo me había oído hablar de construcciones y de física o comentar mis últimas aventuras frívolas, se quedó aún más estupefacto al oír mi apología del nuevo cristianismo indio. De hecho, en aquellos momentos titubeaba incluso yo mismo, ya que me daba perfecta cuenta de que todo mi celo se debía al amor de Maitreyi y a sus consecuencias religiosas y políticas. «¿No estará determinado todo lo que estamos haciendo por esa esclavitud sentimental?», me preguntaba yo más tarde, durante aquellos meses en los que trataba nuevamente de averiguar la verdad. La Verdad.

-No te entiendo muy bien -me dijo Harold-. Ojalá te vaya bien y que Dios te proteja de encantamientos.

Se levantó y se fue.

Yo estaba enardecido por la discusión y me paseaba arriba y abajo de la habitación preguntándome si había dicho todo lo que pensaba. En esto, entró Maitreyi y me abrazó.

-Menos mal que se ha ido -me dijo-. ¡Cuántas ganas tenía de verte!

Al estrecharla entre mis brazos sentí por vez primera el recelo de que el amor de Maitreyi pudiera llegar a cansarme algún día. Me hubiese gustado estar solo, siquiera una hora, después de haberse ido Harold, pues su presencia me había alterado y quería meditar. Hacer un esfuerzo de comprensión y perfilar algunas decisiones. Sin embargo, Maitreyi sólo esperaba que se fuera el visitante para echarse en mis brazos. Sentía que me hurtaban algo mío, que hollaban un espacio reservado a mí solo. Yo me había dado por entero a Maitreyi y nunca me quedaba solo ni un instante, incluso en los umbrales del sueño me acompañaba su imagen. Cuando tenía necesidad de estar solo, ¿por qué ella no lo intuía? ¿Por qué ni siquiera el amor más grande puede intuir el deseo del otro?

Seguía con ella entre mis brazos, reposando mis labios en su su cabeza perfumada con aceite de coco. En aquel momento entró Khokha, nos vio y se retiró inmediatamente diciendo:

-¡Perdón!

XI

Al volver de la calle encontré en mi mesa un billete: *¡Ven a la biblioteca!*

Allí encontré a Maitreyi, que me dijo muy asustada:

-¡Khokha lo sabe!

Quise aparentar indiferencia y convencerla de que aquello no significaba nada. Maitreyi me miraba fijamente, apretándome las manos, como buscando un apoyo en mi certeza.

-Tenemos que prometernos antes de decirle nada a *babá*. Ahora está enfermo, será difícil decírselo, lo alteraría más.

-¡Pero si hace muchísimo que estamos prometidos! -me sorprendí yo-. ¿No me diste la guirnalda y yo te abracé?

-Ahora nos ha visto Khokha -me explicó Maitreyi mirando por todas partes con temor-. Es menester que reforcemos nuestra unión. De lo contrario caerá la maldición sobre nosotros pues quebrantaremos el Ritmo.

Experimenté la misma desilusión y deleite que sentía cuando descubría en el amor y en el alma de Maitreyi la jungla de las supersticiones. El ritmo, el *karma*, los antepasados... ¿A cuántos Poderes había que consultar e invocar para asegurar nuestra felicidad?

-Te he elegido la piedra del anillo -me dijo Maitreyi.

Se desató una punta del sari y sacó una piedra preciosa color verde oscuro, en forma de cabeza de lagarto atravesada por una cresta color sangre.

Comenzó a explicarme el simbolismo del anillo. Es de hierro y oro, y se talla después de la ceremonia de las bodas indias, con dos serpientes enroscadas, una negra y otra amarilla. La primera representa la virilidad y la otra la feminidad. La piedra la había elegido ella entre una porción de piedras procedentes de los antepasados y que guardaba en un cofre la señora Sen. No tenía precio y nadie podía decir que la había robado por haberla cogido a espaldas de su madre. Además, había otras muchas allí, en el cofre de las alhajas. (¿Por qué trataba de excusarse y de defenderse? Más tarde lo supe: temía que yo la juzgara desde el punto de vista «cristiano», con un criterio moral o civil.)

No todos los noviazgos se consagraban así. Generalmente, según me explicó Maitreyi, sólo la esposa recibe un brazalete en cuyo interior se han entrelazado los dos hilos de hierro y oro: el marido no lleva nada más que un anillo. Pero como ella no podía llevar el brazalete de novia, teníamos que reunir ambos símbolos en un solo anillo.

Aquella tarde habló mucho y yo la escuchaba embelesado, pero la poca lucidez que me quedaba se revolvía contra aquel ritual extraño y espurio. Cualquier intento de someter nuestro amor a un código de normas y símbolos externos me parecía una

absoluta violación. Lo que yo más apreciaba en nuestra relación amorosa era precisamente su espontaneidad y autonomía.

Sin embargo, cuando el platero me trajo el anillo, lo cogí y empecé a darle vueltas y más vueltas con una alegría infantil. Estaba labrado con tanta maestría que podía pasar como un anillo cualquiera, más original que otros, es cierto, pero el símbolo estaba perfectamente camuflado. Nadie en casa lo captó y si Lilu y Mantu hicieron algún comentario sobre un posible matrimonio mío con una india, fue siempre en un ambiente de broma. Por otro lado, el ingeniero todavía estaba enfermo, le habían alargado la baja médica y nadie tenía otra preocupación que atenderlo a él.

Al día siguiente, Maitreyi simuló estar cansada y pidió permiso para dar un paseo en el coche por los lagos al atardecer, a una hora en que sabía que todo el mundo estaba ocupado. Solo Chabú quiso acompañarnos, pero como llevaba unos días con un comportamiento extraño (siempre estaba callada, no decía lo que le pasaba, tenía la mirada perdida y cantaba sin ton ni son), la señora Sen no la dejó y mandó para que nos acompañase a la hermana de Khokha, una viuda joven y tímida que trabajaba como una esclava y nunca había tenido la oportunidad de pasear en coche. Al salir, yo me senté junto al chófer y ellas dos detrás. Pero en cuanto llegamos a los lagos, la viuda se quedó en el coche, aparcado cerca de la alameda, debajo de un enorme eucalipto; el chófer fue a comprarse una limonada y nosotros dos fuimos a pasear por la orilla del agua.

Los lagos eran lo que más me gustaba de Calcuta, precisamente porque eran lo único artificial en esa ciudad levantada en plena jungla. Tenían la calma de un acuario y, durante la noche, parecían helados al difuso resplandor de su collar de luces. El parque me parecía sin fin, aunque sabía muy bien que limitaba con la vía férrea, por una parte, y con la carretera y los suburbios por otra. Me gustaba vagar por las alamedas y bajar a la orilla del agua donde unos árboles jóvenes, plantados a la finalización de los trabajos, crecían a sus anchas en perfecta individualidad. Diríase que adivinaban que la jungla había estado alguna vez allí y que querían reconquistar la libertad perdida.

Junto a un grupo de estos árboles nos paramos nosotros. Ellos nos ocultaban perfectamente. Maitreyi me quitó el anillo del dedo y lo encerró en su pequeña mano.

-Ha llegado el momento de prometernos, Allan -me dijo mirando al agua.

Este preliminar solemne me molestó. No podía librarme de la lucidez. (Y el caso es que la quería, santo Dios, ¡cuánto la quería!) Tenía la sensación de que iba a ser una escena de novela, de las baladas del medioevo indio, con amores legendarios e irracionales. Llevaba conmigo el temor y los prejuicios contra toda una literatura que, aunque no la había leído, sí la había visto evolucionar de cerca, durante mi adolescencia y en los primeros años de juventud. Como a todo hombre civilizado (yo, que creía poder prescindir de la civilización, poder arrancarla de mi alma), me molestaban los gestos solemnes, las palabras de compromiso y las promesas.

Pero Maitreyi seguía con un candor que empezaba a conquistarme. Le hablaba al agua, al cielo estrellado, al bosque y a la tierra. Apoyó fuertemente en la hierba el puño que encerraba mi anillo y pronunció su juramento.

- Juro por ti, Tierra, que seré de Allan y de nadie más. Creceré de él, como la hierba crece de ti, e igual que tú esperas la lluvia, así esperaré yo su venida, y su cuerpo será para mí lo mismo que los rayos del sol para ti. Juro ante ti que nuestra unión florecerá pues yo lo quiero por mi propia voluntad y que el mal, si lo hubiere, no caiga sobre él sino sobre mí, pues yo lo he elegido. Tú me oyes, Madre Tierra, tú no me mientes, madre mía. Si tú me sientes cercana como yo te siento a ti ahora, con la mano y con el anillo, dame la fuerza de amarlo por siempre, de proporcionarle nuevos gozos y alegrías y de ofrecerle una vida rica en frutos y regocijo. Que nuestra vida sea como la

alegría de las hierbas que nacen de ti. Que nuestro abrazo sea como el primer día de Monzón. Que la lluvia sea nuestro beso. E igual que tú jamás conoces el cansancio, madre mía, así tampoco lo conozca mi corazón en el amor a Allan, a quien los cielos hicieron nacer lejos y tú, madre mía, me lo has traído tan cerca.

Yo la escuchaba con creciente fascinación hasta que ya no pude entender sus palabras. Hablaba un bengalí de niño, simple y casi en clave. Yo oía los sonidos, adivinaba alguna que otra palabra, pero se me escapaba el sentido de aquel conjuro. Cuando se calló, creo que me daba miedo tocarla, de tan encantada e inaccesible como la veía. Fue ella la que habló primero. (Yo me había quedado con una mano apoyada en la rodilla y con la otra en la tierra, como si yo también hubiese hecho el juramento a través de la magia del gesto.)

-Ahora ya nadie nos separa, Allan. Ahora soy tuya, completamente tuya.

La acaricié, buscando palabras que nunca antes le había dicho, pero no encontré nada nuevo, nada que reflejara, por poco que fuese, mi fiebre interior y la transfiguración de Maitreyi. (Ya no era la Maitreyi del coche. Ahora su rostro tenía una extraña rigidez que me persiguió durante mucho tiempo.)

-Un día me harás tu esposa y me enseñarás el mundo, ¿verdad?

Eso lo dijo en inglés y le pareció que se había expresado en forma vulgar.

-Estoy hablando muy mal el inglés, ¿verdad, Allan? ¡Quién sabe lo que habrás pensado de mí al oírme! Pero me gustaría ver el mundo contigo, verlo como lo ves tú. Es hermoso y grande ¿verdad? ¿Por qué se pelean los hombres a nuestro alrededor? Quisiera que todos fueran felices. Pero no, estoy diciendo tonterías. Me gusta tal como es, ¡cuánto me gusta!

Se echó a reír. De pronto, me encontré con la Maitreyi del invierno pasado, con aquella chica inocente y asustadiza que hablaba sin orden ni concierto y que le gustaban las paradojas. Parecía no quedar rastro de aquella experiencia que la había hecho madurar, que la había concentrado en sí misma y casi la había transformado en mujer.

Los días siguientes comprendí que aquel noviazgo le había devuelto la calma y sus ganas de diversión, de dar rienda suelta a su alegría. Desde el momento en que hizo invocación de nuestra unión, los miedos le desaparecieron y la obsesión del pecado dejó de atormentarla. Volvía a encontrar en ella a la misma incomprendible Maitreyi a la que, al principio, miraba con estupor y admiración y que, insensiblemente, había ido entrando en mi alma durante nuestros juegos, hasta acabar cogido en aquellas ridículas trampas que yo creía haberle tendido.

Tuvimos que irnos rápidamente al coche, pues había oscurecido del todo. Aquel fue el único momento en que no abracé a Maitreyi. Hallamos a nuestra acompañante bostezando en el asiento trasero del coche, con el chal cubriéndole la cabeza. Nos miró con alegre complicidad al vernos venir uno al lado del otro, yo más alto que Maitreyi, pero ella más joven e increíblemente guapa, con la expresión atenta a su alrededor y la alegría por la libertad reconquistada pintada en el rostro. (Más tarde supe por Maitreyi que la hermana de Khokha había sido la primera en enterarse de nuestro amor y que la protegió todo lo que le fue posible. Ella, que había sufrido muchísimo a causa de un matrimonio mal concertado, pues la casaron a los doce años con un hombre al que jamás había visto y al que temía porque la había violado brutalmente y le pegaba todas las noches, antes y después de hacer el amor, siempre le aconsejó a Maitreyi que no se dejase intimidar por las leyes de las castas ni por los rigores de la familia sino que pasara a los hechos y, en el caso de una oposición pertinaz, que huyese conmigo al fin del mundo. A esta alma buena, la única que acompañó y consoló a Maitreyi en los días

de negro infortunio, yo la veía contadas veces y sólo le hablaba de manera fortuita. Nunca supe su nombre. He revisado una y otra vez el diario para encontrarlo, pero ha sido en balde, porque nunca lo anoté. Sin embargo, esta mujer fue la única que nos quiso con desinterés y comprensión a nosotros dos en la casa de la familia Sen.)

Aquella misma noche Chabú se puso peor y tuvo que dormir en la alcoba de la señora Sen. Nadie sospechaba lo que podía tener pero los síntomas eran preocupantes, ya que Chabú siempre estaba queriendo asomarse a la ventana o al balcón; continuamente creía ver algo abajo, en la calle, algo que la llamaba.

Yo me acosté un tanto fatigado de los acontecimientos del día. Debía de estar soñando con algo extraño, con paseos sobre las aguas, con cisnes y con luciérnagas, pues me desperté semiaturdido al oír golpes en mi puerta. Pregunté quién era pero nadie me respondió. Confieso que tenía un poco de miedo y encendí la luz. El ventilador giraba con ese ruido que sólo se percibe cuando se para. Abrí y me quedé de una pieza. Era Maitreyi. Estaba toda temblorosa, iba descalza para no hacer ruido y llevaba un sari verdoso muy fino. Yo no sabía qué hacer.

-Apaga la luz -me susurró entrando en la habitación y escondiéndose rápidamente detrás del sillón de mimbre, no fueran a verla casualmente desde fuera.

Apagué la luz y me acerqué a ella. Le hice una pregunta estúpida.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué has venido, Maitreyi? ¿Qué tienes?

No me contestó nada sino que se soltó el borde del sari y se quedó desnuda hasta la cintura. Lo hizo con los ojos cerrados, apretando los labios y conteniendo a duras penas el aliento. La visión de su cuerpo desnudo a la luz macilenta de la habitación me deslumbró, como un milagro que jamás hubiese podido intuir en todos sus detalles concretos y carnales. Pues si a menudo pensaba en nuestra primera noche juntos y si, sediento de deseo, me imaginaba el lecho donde la conocería, nunca jamás había podido imaginarme el cuerpo adolescente de Maitreyi desnudándose de buen grado y por propia iniciativa, por la noche, delante de mí. Eso no me lo podía imaginar, por más que yo deseaba una unión vertiginosa, en unas circunstancias extrañas. Pero ese acto me sorprendía por su sencillez y naturalidad; la doncella que viene sola a la habitación de su prometido porque nada hay ya que los separe.

Suave, muy suavemente la estreché entre mis brazos. Al principio, titubeaba si acercarla mucho a mí, desnuda como estaba, pero al dar mis manos con sus caderas aún cubiertas con el sari, las deslicé por la espalda con una sola caricia y el sari le cayó a los pies. Yo temblaba al cometer ese sacrilegio y me arrodillé ante ese cuerpo desnudo que para mí superaba toda la belleza imaginable y que ahora participaba del milagro. Ella me rodeó la espalda con los brazos y me suplicó que me levantara, sin palabras, pues temblaba de pies a cabeza y la inmensa dicha que había traído a mi habitación no podía ahuyentar el miedo de ese momento. Se acercó a la cama con pasos menudos y suaves y su cuerpo cobró un ritmo diferente conforme avanzaba. Quise llevarla en brazos pero se opuso y se acostó ella sola, besando mi almohada. La vi sólo un instante, tendida como una estatua viva de bronce sobre la blanca sábana, temblando, jadeando y llamándome. Inmediatamente cerré los postigos de madera de la ventana y la habitación se sumió en la oscuridad. La sentí apretándose toda contra mi cuerpo, como si quisiera esconderse, olvidarse de sí misma. Aquello no era deseo carnal sino una sed ardiente de todo mi ser; quería penetrar toda entera en mi interior, tal como lo había hecho ya su alma. Ya no me acuerdo de lo que pasó después. La poseí sin saberlo, sin que haya quedado rastro alguno en mi memoria. Varias horas más tarde, al filo de la madrugada, ella se levantó y se puso el sari sin mirarme. Al abrir la puerta (¡con cuánta precaución, cuánto sobresalto!) me dijo simplemente:

-Nuestra unión ha sido un designio del cielo. ¿No ves que hoy, día del anillo, Chabú no ha dormido conmigo?

La oí subiendo las escaleras hacia su habitación pero pronto se perdió el rumor de sus pasos, tan levemente se deslizaba por las paredes.

*

Por la mañana fue ella quien me llamó para el té. Había cogido unas flores del jardín y me las puso en el florero con una sonrisa que valía por un abrazo. Me chocó la palidez de su rostro. El pelo le caía sobre los hombros (yo se lo había enmarañado y le había sido imposible peinárselo, me dijo más tarde) y tenía los labios mordidos. Miré con inmensa placidez las huellas de nuestra primera noche de amor. Maitreyi era ahora de una belleza avivada, parecía que todo su cuerpo se había despertado y ese labio inferior, carnoso y delicado, llevaba las señales de mis dientes como una victoria que me seducía y perturbaba la mirada. Me pregunté cómo era posible que ese cambio hubiese pasado inadvertido, con qué facilidad habían admitido sus explicaciones. (Que el estado de Chabú no la había dejado dormir, que se había pasado la noche llorando y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, que la enfermedad de su padre la había agotado, etc.)

El día pasó rápidamente, sin que apenas pudiera verla. Estuve todo el tiempo en el despacho trabajando con el sustituto del señor Sen. Cuando volví a casa encontré a Maitreyi esperándome en el porche junto al buzón de la correspondencia. Me enseñó un anillo hecho con una horquilla enroscada en el dedo y que en lugar de piedra llevaba un grano de glicina.

-De noche no te cierres por dentro -me dijo y echó a correr.

Hacia media noche vino, pero ahora sin temblar. Casi se reía al abrazarme. Yo era feliz al ver que el sentimiento del pecado no la deprimía, que no venía al encuentro del amor con el temor de hacer algo malo. No la reconocí, de tan sinceros que eran sus abrazos, ansiosa su llamada y consumadas sus caricias. Cuando empezó a acariciarme me dejó sorprendido, pues no podía imaginar esas caricias en una muchacha que la víspera todavía era virgen. Tenía la impresión de que ya no sentía ningún rebozo aunque no tuvo ningún gesto impúdico ni exhibicionista, ni siquiera de forma inconsciente. Se había encontrado a sí misma en nuestro abrazo, había vuelto a hallar el placer del juego y ella lo realizaba dándose toda, sin limitaciones ni miedos. Esta chica, que nada sabía del amor, ya no lo temía. No había caricias que la cansaran ni la cohibía ninguno de mis actos de varón. Todo lo aceptaba con serenidad y casi sin pudor, gozaba plenamente con todas mis caricias sin rechazar nada, inagotable. De no haber temido que la oyeran, habría cantado con cada abrazo, habría gritado de dolor y de gozo en el momento de la unión, habría bailado en el cuarto con sus pasos ligeros de diosa. Su destreza amatoria me humilló. Yo, que suponía que mi experiencia anterior me daría cierta superioridad, cuando menos práctica, en nuestras noches de amor me vi rebasado, y mucho, en el arte de inventar caricias. La seguridad con que besaba, la perfección de sus abrazos, el ritmo vertiginoso y cambiante de su cuerpo, que a cada momento se mostraba más audaz y más original, casi llegaba a humillarme. Adivinaba la menor insinuación y la cumplimentaba con una intuición que yo le envidiaba. Interpretaba los deseos de mi cuerpo con una precisión que, al principio, me avergonzaba. Sabía perfectamente cuál era el momento de parar las caricias, de quedarnos simplemente uno al lado del otro en la cama, cogidos de la mano, y se apartaba como si quisiera darse un momento de reposo. Cuando me quedaba pensativo, se abrazaba a la almohada y cerraba los ojos, como pidiéndome que no la molestase. Yo había descubierto una lamparita de mesilla de noche y la ponía detrás del sillón, tapándola con el chal de Maitreyi. A su humilde luz, el

cuerpo de Maitreyi aparecía más bronceado y sus formas más redondeadas. Ella no había podido aguantar por mucho tiempo la oscuridad. Quería poseerme con la plenitud de su mirada, saciar su ardiente sed de mí, y el abrazo de la oscuridad en la noche precedente la había asustado.

Yo me preguntaba a menudo cuándo dormía, ya que se marchaba siempre al alba, y a las dos o tres horas (que pasaba meditando y escribiendo para que yo me deleitara al otro día, en el despacho, leyendo los poemas y cartas sobre nuestro amor) bajaba a preparar el té. Ella misma llamaba a mi puerta por las mañanas, muy discreta y prudente. Y si me retrasaba al arreglarme, me reñía como a un niño. Entonces ponía voz de tía solterona, un tono protector y familiar, casi maternal, que al principio me molestaba porque yo sólo quería verla como enamorada, pero que terminó por encantarme, pues me descubrió honduras y variantes del amor que no conocía, que las había condenado de antemano sin sospechar la dulzura que encerraban.

Por las mañanas estaba cansado y el trabajo en el despacho no me cundía. Mi nuevo patrón, un ingeniero recién llegado de América y enemigo declarado de las tradiciones de la India, me repugnaba y me humillaba. (Aunque era bengalí, sólo se vestía a la europea, incluso en su casa, y resultaba completamente ridículo.) Sin duda ninguna, Khokha observó el cambio que se había producido en mí pues me dijo:

-Está usted muy pálido. ¿Por qué duerme con las ventanas cerradas?

Aquello me abrió los ojos. Khokha nos espiaba con malicia y celos. Entonces tuve la seguridad de que sabía de las visitas nocturnas de Maitreyi y temí que nos traicionara. Por eso extremé mi comportamiento con él, y le regalaba cigarrillos y libros. Era un muchacho despierto y ambicioso; escribía guiones de cine para compañías indias que invariablemente se los rechazaban. Nos odiaba a todos por más que siempre estuviera riéndose y mostrándose amistoso.

Chabú estaba cada vez peor. Los médicos consultados (al principio indios, más tarde ingleses y de los más renombrados) no sabían qué decir. Demencia precoz, según unos; neurosis sexual provocada por un desplazamiento del útero, según otros. (La pobre chica se había dedicado últimamente a dar saltos peligrosos del árbol y a subir las escaleras de varios peldaños a la vez.) Chabú tenía que guardar cama en una habitación contigua a alcoba de la señora Sen. Casi no hablaba y, cuando lo hacía, mencionaba a Robi Thakkur, o hablaba del «camino» que se veía desde la habitación de Maitreyi y, en cuanto se quedaba sola, corría al balcón para verlo; allí se ponía a cantar, a gesticular con los brazos y a llorar. Por eso siempre estaban vigilándola Lilu y las hermanas de Khokha. Curiosamente, solo nos reconocía a Maitreyi, a mí y, muy raramente, a su madre. (Me preguntaba entonces cómo podía mantener la calma y la sonrisa la pobre señora Sen, con su marido enfermo de la vista y una hija medio loca; cómo podía ocuparse de todo en aquella inmensa casa, atendernos a todos y cada uno de nosotros, tener la comida a la hora en punto, el té, etc. A la sazón yo me reprochaba sinceramente el acostarme con Maitreyi. Esperaba el día en que la señora Sen se enterase y nos perdonase. Mi viaje a Puri para una posible conversión se aplazó de nuevo a causa de la enfermedad del ingeniero. Por otro lado, Maitreyi se oponía y a la señora Sen le daba miedo, pues los movimientos políticos eran cada vez más sangrientos en el sur de Bengala.)

Chabú me vio el anillo y me pidió que se lo diera para jugar con él. Titubeé porque le había prometido a Maitreyi que no me separaría nunca de él, ni por un momento. Se lo pregunté con la mirada y no tuvo más remedio que dar su consentimiento, pues Chabú no paraba de llorar y pedirme el anillo. Al dárselo, lo metió dentro de un pañuelo que anudó y se puso en el cuello. No sé qué le atraería de aquella piedra negra pues la miraba continuamente, le daba vueltas y más vueltas con los dedos y probaba a ver a través de ella.

Pese a todos los cuidados médicos, la locura de Chabú no mejoraba. Entonces llamaron a brujos y curanderos. Vino un tío de las chicas, un viejo muy apacible y bonachón que se pasaba todo el santo día cantando himnos *vaisnavas*, melodías crueles y desgarradoras que ablandaban la voluntad y enternecían el alma y que todos los de la casa escuchaban, el ingeniero acostado en una hamaca, reposando la cabeza en una almohada y con gafas negras, y las mujeres, Mantu, Khokha y yo, sentados en el suelo y apoyando la cabeza en la palma de la mano. Entonces vi un extraño cuadro: todos abrumados de emoción, hasta el punto de que el ingeniero lloraba y Maitreyi se ocultaba la cara con el chal y suspiraba. Yo me rebelé contra esa pasión que violentaba las almas y salí de la habitación. Sin embargo, nada podía hacer en mi habitación, pues el *kirtan* atravesaba la casa de parte a parte y allí, en medio de mi soledad, la melodía me acongojaba aún más.

El tío trataba de calmar la mente de la pobre Chabú con su canto y había traído un remedio popular, una especie de pasta hecha de hierbas y miel, que debía colocarse encima de la cabeza de la enferma, directamente sobre la piel. Asistí a una dolorosa escena: como nadie tenía valor para cortar el pelo al rape, decidí hacerlo yo. Chabú no se daba cuenta de nada. Le acaricié la frente y, mirándola a los ojos, empecé a cortar al azar con las tijeras mientras le hablaba sin cesar para que no oyera el chasquido del metal. En tanto, Maitreyi, detrás de la cama, recogía los mechones de pelo y los escondía en un velo para que no los viera Chabú. Tardé un cuarto de hora en dejarle pelada la cabeza y, acto seguido, la señora Sen le colocó aquella pasta caliente. De pronto, Chabú nos miró a todos, se palpó la cabeza, se arrancó el pañuelo con el anillo que llevaba al cuello y comenzó a llorar, un llanto silencioso, con lágrimas cayéndole a chorros por sus morenas y hermosas mejillas, sin sollozos ni gritos. Yo no sabía si lloraba por verse calva porque, desde que enfermó, continuamente tenía repentinos accesos de llanto, tanto más fuertes cuando quería levantarse para mirar por la ventana y no la dejábamos.

Hubo días de los que ya no recuerdo nada, pues transcurrieron en plena agitación. Sé que cuando regresaba del despacho subía directamente para ver cómo estaban el ingeniero y Chabú, y luego bajaba a bañarme y a comer. A continuación, volvía arriba para vigilar a la cabecera de la niña (a mí me llamaba a menudo en su delirio, gritaba «Allan, *dada*», y cuando yo llegaba se calmaba un poco). Las noches las pasaba con Maitreyi, que se entregaba a mí como loca, aterrada de todo lo que estaba pasando a nuestro alrededor y deseándome siempre con más sinceridad y ardor. Por las mañanas me despertaba con un cansancio atroz y un miedo inexplicable. El señor Sen aplazaba constantemente la operación de los ojos. Los médicos le habían recomendado reposo absoluto, pero los acontecimientos que se estaban viviendo en la casa y lo que podía estallar de un momento a otro le ponían en peligro la vista. Por eso yo temía que se descubriese lo nuestro antes de tiempo, pues Maitreyi venía a mi habitación por la noche, cuando los demás aún no se habían dormido del todo. En la habitación de Chabú me apretaba el brazo, se apoyaba el cuerpo en mi espalda o me besaba la mano. Todo eso podía observarlo alguien en cualquier momento. Por su parte, Khokha ya nos había sorprendido varias veces abrazados y Lilu y Mantu se olían nuestro amor aunque ni de lejos podían suponer que fuéramos amantes.

Pero Maitreyi tenía un comportamiento que yo no comprendía, que me torturaba y me llenaba de lacerantes dudas. Como antaño había estado enferma de beriberi, por las noches tenía una ligera hinchazón en las piernas y los médicos le habían prescrito masajes en los días de mucha humedad. Algunas mañanas, Lilu o las hermanas de Khokha le daban friegas, desnuda, por todo el cuerpo con una especie de aceite nauseabundo que, después, a duras penas lograban quitar. A veces le producía dolor y tenían que friccionarle inmediatamente sólo las piernas y para tal menester llamaba a Khokha a su cuarto. Esto me encorajinaba y así se lo dije a Maitreyi, pero me miró sorprendida y me dijo que no iba a llamarme a mí para una cosa tan poco agradable y que los masajistas hacen por dinero. Pero Khokha no era ningún profesional, era joven y

la hacía reír y, a mí, el hecho de que él le tocara el cuerpo con sus manos negras y lascivas me hacía temblar.

Una tarde, Maitreyi, acuciada de agudos dolores (pues había estado lloviendo dos días seguidos), llamó por el balcón interior a Khokha y, como éste no estaba, al chófer. Aquello me sacó de quicio y me dieron ganas de subir a su habitación y soltarle cuatro frescas, pero sentí vergüenza de mis propios pensamientos aunque no, unos minutos más tarde, de espiarla desde el jardín.

Ciertamente, ella no había encendido aún la luz en su habitación, aunque bien podría haberlo hecho por decencia y amor a mí. Me imaginaba toda clase de escenas repugnantes, recordaba episodios de novela en que el chófer se convierte en amante de su patrona, pensaba en las infidelidades femeninas y en toda la mentira que la mujer alberga en su alma. Un sinfín de pequeños detalles, a los que antes no había prestado atención, entraron a saco en mi alma. Una vez, Mantu atrancó por dentro la puerta de la habitación de Maitreyi y desde abajo los oía pelearse y chillar. Al parecer, era una pelea cuerpo a cuerpo pero, cuando salieron, Mantu estaba rojo y alterado, y Maitreyi pálida y con el pelo en desorden cayéndole por la espalda. (Es cierto que mucho antes me había dicho que Mantu era un asqueroso, que había querido manosearla y ella le dio un bofetón. Que se quejó a su padre pero, desde que estaba enfermo, Mantu se había vuelto indispensable y no lo podían echar a la calle. También recuerdo que me contó Maitreyi que un tío suyo, igualmente primo del ingeniero, intentó una vez besarle los pechos y que la abrazó, pero entonces intervino en seguida el señor Sen y a aquel pobre hombre bien le pesa lo que hizo, pues lo despidieron de su empleo y volvió a su aldea, donde lleva una vida de perros. Con frecuencia, Maitreyi se me quejaba de la pasión carnal que despertaba en los hombres, incluso en quienes tenían lazos de sangre con ella, y que tanto la hacía sufrir porque a ella le gustaría provocar en los hombres algo más que apetito sexual.) Entonces desfilaron por mis ojos otras escenas. Por ejemplo, una vez se quedó con Khokha hasta muy tarde en el porche, a oscuras, y llegó a la mesa muy agitada y el muchacho no tuvo el valor de aparecer, de tan excitado, suponía yo, que estaría. Todo esto me atormentaba, me parecía que todos deseaban a Maitreyi, que ella se daba a todos. ¿Por qué nos espiaba el chófer si no la deseaba? ¿Acaso no estaría tramando entrar alguna noche a su cuarto, aun al precio de tener que tomar el portante sin la paga? Me imaginaba cosas completamente disparatadas que me hacían sufrir atrozmente, pues los celos no me daban cuartel; al contrario, por mi mente pasaba sin cesar una película llena de las escenas más escabrosas. Era incapaz de arrancarme esa obsesión enfermiza de ver a Maitreyi en los brazos de otros.

Volví a mi habitación con un abatimiento mortal y, más tarde, durante la cena, me escondí las piernas debajo de la silla. Al acostarme, atranqué la puerta con el travesaño de madera, decidido a no abrirle a Maitreyi pasara lo que pasara. Todavía estaba despierto cuando vino y probó a abrir, pero simulé dormir y no oír nada. Empezó a golpear más fuerte y después a llamarme a mí en voz alta y, finalmente, a sacudir la puerta. Temí que alguien lo oyera y le abrí.

-¿Por qué no me dejas entrar? -explotó Maitreyi con la cara bañada en lágrimas, pálida y temblorosa-. ¿Es que ya no me quieres?

Cerré la puerta y nos sentamos ambos en la cama. Yo, evitando abrazarla, le conté como pude lo que estaba sufriendo. Ella me rodeó el cuello con los brazos y comenzó a besarme con ansia, clavándome a la vez las uñas en la carne. Yo seguía hablando, insensible al calor de su cuerpo, diciéndole lo mucho que había sufrido sabiendo que estaba sola con un extraño que le daba friegas en las piernas. Le hice ver que era una monstruosidad consentir que otro la manoseara.

-Siento que no me haya violado -dijo de pronto Maitreyi rompiendo a llorar.

-Con lo sensual e inconsciente que eres, le habría resultado muy fácil hacerlo -le respondí yo, mirándola con los ojos que echaban lumbre de rabia-. Tú te complaces con esa clase de placeres inverosímiles, de seducciones bárbaras y grotescas que te ha metido en la cabeza ese viejo zorro con apariencias de padre espiritual.

Me levanté de su lado y comencé a pasearme muy alterado por la habitación, lanzándole dardos envenenados que la hacían sufrir cruelmente. En esos momentos la odiaba a más no poder. Y no porque me hubiese engañado sino por haberme hecho creer ciegamente en su amor y pureza, por haberme dejado en ridículo obligándome a dárselo todo, a abrirme sin reservas ante ella, a hacer míos sus deseos y su voluntad. Enloquecía con sólo pensar que había renunciado a mí mismo por una cría que me engañaba a las primeras de cambio. Lo cierto y verdad era que no había creído nunca en la realidad «del engaño», sino que yo mismo me había sugestionado hablando, y terminé por ver en la actitud de Maitreyi una farsa. Si hubiese sido una mujer blanca no habría dado crédito a nada porque, si bien conocía su naturaleza voluble y caprichosa, también sabía que las blancas poseían cierto amor propio y sentido de la ponderación que les impedían irse con el primero que se les cruzara en el camino. Pero a Maitreyi no la entendía, nunca podía adivinar cuáles iban a ser sus reacciones y me daba la impresión de que, aun siendo primitiva e inconsciente, podría haberse dado a cualquiera sin parar mientes en lo horrible de esa acción, sin ningún sentido de la responsabilidad. En esos momentos los celos se trocaban en odio y olvidaba todas mis vivencias de los últimos siete u ocho meses, olvidaba la inocencia casi supersticiosa de Maitreyi y no veía más que engaños. Entonces comprendí la fragilidad del alma humana: una sola acción basta para anular la confianza más probada, la entrega más sincera no demuestra nada, pues esa sinceridad puede ofrecerse repetidamente a otro o a otros, y que, en fin, todo se olvida o se puede olvidar, ya que la felicidad y la confianza acumuladas durante tantos meses de amor, durante tantas noches vividas juntos, habían desaparecido ahora como por ensalmo, y lo único que en mí había sobrevivido era un rabioso orgullo masculino y una furia atroz contra mí mismo.

Maitreyi escuchó todo esto con un dolor que me encolerizaba todavía más. Se mordía los labios hasta hacerse sangre y me miraba con ojos desencajados, como si no tuviese la seguridad de si esa escena estaba viviéndola realmente o era un sueño.

-¿Pero qué he dicho, por el amor de Dios, qué he dicho? - estalló finalmente.

-Hablabas de una violación -dije, tratando de dominarme.

-Pero ¿por qué no me entiendes? ¿Tanto te repugno que no quieres entenderme? No te has parado un momento a pensar en mí. Una vez me dijiste que si me violaran y me echaran de casa me seguirías queriendo. Yo pensaba que eso sería una suerte. Ya no habría ningún obstáculo a nuestra unión. Allan, comprende que no podemos estar unidos y morir así, con el pecado pesando sobre nuestra conciencia. Aunque te conviertas, no te aceptarán como mi marido. Ellos quieren otra cosa, ¿es que no lo recuerdas? Pero si alguien me deshonrara, tendrían que tirarme a la calle pues, de lo contrario, la mancha caería sobre toda la casa. Y entonces podría ser tu mujer, y me haría cristiana, porque para una cristiana no es ningún pecado que la violen por la fuerza, y tú me querrías. ¿No es verdad que me querrás siempre? Dímelo, Allan, dime que no me olvidarás. Ya sabes lo que me espera si me olvidas.

Reconozco que estaba emocionado, tenía la sensación de haber despertado de una pesadilla, la cólera se me había pasado y ahora me pesaba todo lo que le había dicho antes. Me hubiese gustado pedirle perdón pero no sabía cómo, cualquier gesto de reconciliación me avergonzaba (me veía caído a sus pies y esa imagen me parecía falsa, ridícula y horrible. ¿Cogerle la mano, al principio amistosamente, y luego apretársela con calor y besársela? Tampoco me decía nada ese intento de aproximación, me parecía más que nada un acto mecánico, tenía la impresión de que Maitreyi captaría inmediatamente

lo artificioso del gesto). No sabía lo que hacer y me contentaba con mirarla, tratando de poner todo mi arrepentimiento y mi amor en la mirada. Pero Maitreyi tenía los ojos bañados en lágrimas y estaba demasiado trastornada para percatarse de mi pesadumbre. Entonces fue ella la que se derrumbó a mis pies, se abrazó a mis rodillas y me preguntó si su amor me cansaba, si yo tenía miedo por el pecado que habíamos cometido y otras cosas por el estilo que ahora, en el momento de escribir estas líneas, me resultan estúpidas, pero que entonces me quemaban y me atormentaban. La tomé mis brazos y mi apretón y mis palabras incoherentes le hicieron comprender a Maitreyi que yo seguía ardiendo de amor por ella y adivinó lo mucho que mi ceguera y mi incompreensión me hacían sufrir. Nos abstuvimos ambos de hablar del casamiento, pues empezábamos a darnos cuenta de que las cosas no eran tan sencillas como yo había creído al principio, conque preferí evitar pensar en ello antes que torturarme con la idea de una posible separación de Maitreyi.

Nos pareció oír pasos junto a la ventana, nos callamos y apagamos la luz. Acto seguido, los pasos se alejaron hacia el porche y oímos el ruido de golpes en la puerta del pasillo. A los dos se nos heló la sangre en las venas de espanto. Los golpes cesaron un breve rato y volvieron, esta vez en mi ventana. Entonces comprendí que se trataba de Khokha, que seguramente vendría tarde de algún cine de barrio. Fingí que me entretenía en abrirle para darle tiempo a Maitreyi a llegar a su habitación.

-¿Hablabas con alguien? -me preguntó de pasada.

-No -le contesté seco, y cerré la puerta.

En aquel momento oí la voz de la señora Sen arriba, en la galería paralela a la alcoba de Maitreyi.

XII

Supuse que lo habían descubierto todo y pasé toda la noche dando vueltas en la cama sin poder pegar ojo. Por la mañana volvió Maitreyi a mi cuarto sin que yo la sintiera y me echó una nota por debajo de la puerta. *Mi madre no sabe nada. No te preocupes. Sé prudente. Maitreyi.* Al leerlo me dio la impresión de que me habían indultado o que me habían aplazado el castigo. Le escribí a Maitreyi una larga carta. Le decía que teníamos que poner fin a nuestras imprudencias nocturnas pues todo el mundo estaba en vela cuidando a Chabú o a su padre. Lo cierto era que yo no sabía cómo terminar nuestra relación. Maitreyi le había hecho alguna insinuación a su madre, que yo estaba enamorado de una amiga suya (a la que nosotros habíamos apodado Anasuya cuando leíamos y comentábamos juntos *Shakuntala*) y que no sabía qué hacer para pedirla en matrimonio. La señora Sen le contestó que esos matrimonios producto de un arrebató sentimental estaban condenados al fracaso porque de una pasión no puede salir nada duradero ni feliz salvo que esa pasión se vea corregida por la tradición, es decir, por la familia, por aquéllos que conocen lo que significan las palabras matrimonio y amor, realidades mucho más complejas de lo que nos imaginamos los jóvenes. El matrimonio no significa «ir a coger flores juntos» ni consumirse en una pasión efímera y engañosa.

Reconozco que me vi reflejado por entero en aquel juicio de la señora Sen pues la base de nuestro amor no era sino la pasión y sólo habíamos pensado en nosotros mismos. Sin embargo, la señora Sen, al tratar de mi imaginario amor por Anasuya, le decía a Maitreyi que el matrimonio nunca se basaba en el amor sino en el sacrificio, en la renuncia, en un completo abandono a la voluntad del destino. Esta era una idea que yo, pese a mi más sincera indianización, no podía aceptar. Pero ella me hizo ver la cantidad de barreras que se levantarían ante mí el día que quisiera pedir a Maitreyi en matrimonio. Pensaba incluso en si la solución de ella, la violación, no sería más eficaz. Entonces se encontrarían ante un hecho consumado y tendrían que consentir, pues ningún otro la desposaría ya. Ahora es cuando me doy cuenta de lo mucho que amaba a Maitreyi si era capaz de pensar en tan quimérica solución.

Los días pasaban uno tras otro con los mismos sustos y corriendo riesgos cada vez más peligrosos hasta que acaeció lo que más adelante contaré. Sólo un acontecimiento interrumpió aquella serie de días desesperados y sin huella (pues si no dispusiera del diario no me acordaría de nada, ya que vivía con los cinco sentidos puestos en lo que sucedía a mi alrededor y no tenía tiempo de meditar, de relacionar los hechos entre sí ni de rememorar determinadas escenas. Por este motivo tengo que guiarme por el hilo de estas sucintas anotaciones e interpretarlas como si en realidad pertenecieran a la vida de otra persona, pues en mi memoria ya no queda rastro de aquellos días y noches de dolorosa agonía).

Y este acontecimiento fue el cumpleaños de Maitreyi, el 10 de septiembre. El ingeniero lo celebró por todo lo alto aunque todavía estaba enfermo y Chabú semiinconsciente. Cumplía Maitreyi diecisiete años, edad que en la India tiene cierta significación oculta. Además, su libro de poemas *Uddhitta*, recientemente salido de la imprenta, había sido acogido por parte de la prensa bengalí como una auténtica revelación, y el señor Sen tenía que invitar a la flor y nata de las letras y las artes de Calcuta a una celebración que quería convertir en una especie de torneo artístico. Estaba invitado lo más sobresaliente de Bengala salvo Tagore, de viaje por Europa. Se esperaba

a Chatterji, el autor de *Sri Kantha*, y al bailarín Uday Shankar, cuya belleza de dios y ritmo fascinante me tuvieron celoso mucho tiempo porque en uno de sus festivales, en agosto, Maitreyi pasó totalmente de mí contemplándolo absorta y extasiada, acodada en la baranda del anfiteatro. Los días siguientes no hablaba más que de él y quería conocerlo a todo trance para que «le enseñara el misterio de la danza», según decía. También iba a acudir la redacción en pleno de la revista *Prabuddha Bharata*, donde Maitreyi contaba con numerosos admiradores, como el original poeta Acintya, muy discutido a la sazón porque acababa de publicar una novela parecida al *Ulises* de James Joyce y se le había echado encima toda la pléyade de viejos escritores bengalíes.

Yo me encontraba un tanto intimidado por los preparativos del 10 de septiembre. Sabía que ese día Maitreyi sería menos mía que nunca, pues era orgullosa y coqueta e intentaría seducir a todos los invitados. Yo le había comprado de regalo unos libros y quise dárselos ese mismo día, de madrugada. La noche anterior sólo se había quedado media hora en mi habitación, ya que había estado trabajando como una esclava para ponerlo todo en orden (toda la escalera estaba revestida de alfombras verdes, por todas partes había búcaros de flores, se habían desalojado dos habitaciones del piso de arriba para convertirlas en salas de recepción, para ello se instalaron colchones y chales que formaron dos inmensos divanes a los que había que subirse descalzo para poder acomodarse). Todas las mujeres se deslomaron a trabajar para la fiesta. Maitreyi quiso decorar la escalera con cuadros y se le cayó un magnífico retrato de Tagore que el propio poeta le había regalado con su dedicatoria. Aquello le produjo una honda impresión, pues veía en ello un signo de mal agüero, especialmente porque el marco se hizo pedazos y la tela se rasgó.

Al clarear el día la encontré en la biblioteca donde yo le había dejado mis libros, cada uno con una inocente dedicatoria. La abracé y le deseé una vida serena y toda la felicidad que se merecía. Al decirle esas triviales palabras se le saltaron las lágrimas. Sin embargo, me dio la impresión de tener la mente en otra parte. Se soltó de mis brazos con más facilidad que otras veces.

Aquella tarde constituyó para mí una interminable carnavalada. Me vestí con el traje bengalí de seda y tenía que atender a todos los ilustres invitados como un auténtico anfitrión, pues el ingeniero estaba inmóvil en un sillón en el centro del salón (era el único asiento que allí había; todo el mundo se sentaba en el suelo), la señora Sen y las demás mujeres se ocupaban de las señoras, que permanecían en otra estancia sin que nadie las viese, y Mantu se quedó abajo, en el pasillo, para servir de guía a los que iban llegando. Sólo Maitreyi venía de vez en cuando a nuestra estancia para repartir ejemplares de su libro y traer dulces. Yo veía cómo todos se la comían con los ojos (estaba preciosa con su dulce palidez, los brazos desnudos asomándole de un sari de seda azul), cómo la deseaban, y aquel espectáculo me resultaba insoportable, pues ninguno de los que allí estaban sabía que era mía y sólo mía, y seguro que más de uno se estaría forjando en su mente ilusiones y proyectos con ella. Cuando vino el guapo de Uday Shankar (aunque, en verdad, lo era bastante menos visto de cerca que en el escenario. Con todo y con eso, es el hombre más fascinante de cuantos he conocido, precisamente porque, además de un cuerpo viril y elástico, sus gestos eran de una suavidad femenina que no molestaba, y transmitía un calor y una simpatía fuera de lo normal), Maitreyi se puso coloradísima nada más verlo y le invitó a salir al balcón a comer, pues los invitados se arremolinaban de tal manera a su alrededor que el pobre muchacho no podía ni llevarse la comida a la boca. Yo me esforzaba por ocultar mi turbación, pues intuía que el magnífico bailarín era algo más que un hombre seductor; le suponía una magia que le habría hecho perder el seso a una ciudad entera y no sólo a una atolondrada enamoradiza como Maitreyi. Yo sabía que no había mujer que se le resistiera y si por ello lo envidiaba, en cambio no lo odiaba, pues me habría gustado descubrir en la mirada de Maitreyi una preferencia por él para, de esta forma, poder desembarazarme del amor. Sabía que en cuanto tuviese la certeza de que lo prefería, todo mi amor se vendría abajo sin la menor vacilación. Me decía que si Maitreyi no podía oponer a la magia de Uday Shankar la mística de nuestro

amor, sólo se merecía que la dejaran tirada como a una mujerzuela.

Salí por casualidad al pasillo y vi a Maitreyi sentada junto a Uday, preguntándole toda cohibida cosas que yo no podía oír. Me sorprendió la serenidad con la que yo contemplaba la escena. Minutos después me encontré con Maitreyi por la escalera y me dijo, apretándome furtivamente el brazo:

-Quería que Shankar me enseñara la clave de la danza, pero no puede decirme nada. Es un perfecto idiota. No entiende el ritmo y habla como si repitiera una lección. Mejor habría sido no haberlo invitado. En el escenario era como un dios, pero cuando me puse a hablar con él, empezó a balbucear tonterías como un vulgar artesano. ¿Cómo es posible que la danza no lo haya vuelto inteligente?

No sabía cómo agradecerle estas palabras. Me llevó hasta la biblioteca y me dijo con ardor, acariciándome la mano:

-Te quiero, Allan, cada día te quiero más.

Me disponía a abrazarla cuando oímos un estrépito en el piso de arriba. La señora Sen estaba llamando a Maitreyi y se oían también otras voces de mujer en tono de alarma. Echamos a correr los dos, presa de un inexplicable temor, como presintiendo una desgracia. Encontramos a Chabú forcejeando por tirarse del balcón a la calle con varias mujeres que trataban de sujetarla por los brazos. A la pobre chica la habían dejado prácticamente sola en un día en el que todo el mundo andaba de coronilla. Se había vestido con el sari más bonito que tenía (por regla general iba vestida con falda corta, a la europea, y cuando se ponía un sari parecía mucho mayor) y había querido asistir a la fiesta. Mas al salir al pasillo vio un hervidero de gente y se asustó. Acto seguido se fue al balcón, donde sólo unos minutos antes había estado Shankar, y se puso a contemplar la calle y a cantar, como tenía por costumbre. Dos invitadas la vieron en el mismo momento en que se disponía a encaramarse sobre la baranda y se precipitaron a detenerla. Hubo un rato de forcejeo. Los invitados se agolparon en el pasillo (el ingeniero, fuera de sí, increpaba con duras palabras a su mujer). La cogí en brazos y la llevé como a un bebé a su cuarto. En cuanto me vio me reconoció y se pegó a mi pecho llorando y diciéndome:

-¡Allan, *dadá*, Allan, *dadá*!

Cuando la coloqué en la cama me preguntó con repentina tristeza:

-¿Quieren vender a Maitreyi?

*

Al otro día todos estaban rendidos tras la gran ceremonia. Había costado casi quinientas rupias y un trabajo enorme. Hubo discursos, una mesa bien abastecida en la terraza y Maitreyi recibió numerosos regalos, sobre todo libros. La misma mañana de su cumpleaños alguien envió un inmenso ramo de flores con un sobre. Cuando Maitreyi vio la letra, se azoró y leyó rápidamente la misiva, temiendo que alguien pudiese sorprenderla. Al oír pasos por la escalera se metió en seguida en mi cuarto y me dio la carta.

-Escóndetela en el escritorio y cuida de que no la toque nadie. Ya te la pediré más tarde -me dijo ruborosa.

Reconozco que no entendía nada, pero tampoco suponía nada malo porque, de lo contrario, no me habría pedido que guardase una carta que, si bien escrita en bengalí, yo podía descifrar o podía pedirle a algún amigo indio que me la tradujese. Aún guardo aquella carta, aunque no me he atrevido a leerla. A menudo me pregunto quién sería aquel rendido admirador que le envió las flores y por qué Maitreyi mintió diciendo que se las había enviado una amiga del colegio que no había podido acudir.

Los días y noches se sucedieron con su habitual ritmo pero no duraron mucho, pues tan sólo una semana después del cumpleaños de Maitreyi acontecieron los hechos que han dado lugar a estas páginas. Debería reseñar con más detalle esos últimos días pero no me acuerdo de casi nada y el diario (que no preveía un cambio tan próximo) no conserva más que el esqueleto de una vida que ahora no puedo intuir ni evocar. Más tarde, incluso ahora, al escribir esta historia, he pensado más de una vez en mi incapacidad para predecir el futuro y para no prever nunca nada más allá de los hechos que conforman el presente inmediato. ¿Quién hubiese creído que pudiera producirse un cambio de situación tan enorme?

Todas las tardes íbamos a los lagos y, de vez en cuando, nos llevábamos también a Chabú. El propio ingeniero nos había convencido a Maitreyi y a mí de que teníamos que descansar por las tardes de la vida agitada que habíamos llevado las últimas semanas dedicados al cuidado de los enfermos. Es cierto que Maitreyi había empezado a adelgazar y que Chabú, que se había tranquilizado después de la crisis sufrida el 10 de septiembre, también necesitaba pasear al aire libre después de haber permanecido tanto tiempo encerrada en su habitación. Así que todos los días, al caer la tarde, salíamos y regresábamos a las nueve o las diez de la noche. Chabú apenas hablaba, y solía quedarse sentada en un banco a la orilla del agua mirando al vacío, tarareando alguna canción o llorando. Nosotros dos permanecíamos cerca de ella y hablábamos, nos abrazábamos a escondidas, nos cogíamos de la mano y hacíamos planes. Maitreyi me decía constantemente, como un estribillo que la obsesionase:

-Algún día me llevarás de aquí y recorreré el mundo, me enseñarás el mundo.

Acariciaba en serio la idea de la fuga, especialmente cuando yo le participé que tenía ahorrada una importante cantidad en el banco, pues de mi sueldo de 400 rupias casi no gastaba nada desde que había venido a vivir a Bhowanipore.

Una tarde, era el 16 de septiembre, Chabú se sintió indispuesta cuando contemplaba el lago; la tomé en brazos y la tendí en un banco. Maitreyi y yo nos sentamos a su lado y le acariciábamos la cabeza, le decíamos cosas bonitas y tratábamos de hacerle reír, pues Chabú, últimamente, se reía por cualquier cosa y eso le sentaba bien, según decían los médicos.

-¿Por qué no quieres a *dadā*? -dijo de pronto dirigiéndose a Maitreyi.

Nos entró risa porque Chabú solía decir tonterías y no teníamos miedo de ella.

-¡Pero si lo quiero mucho! -dijo Maitreyi sonriendo.

-Si lo quieres, dale un beso -le pidió Chabú.

Maitreyi se echó a reír más fuerte y le dijo que eso eran tonterías y que una niña bien educada como ella no tenía que decir tonterías.

-El amor no es ninguna tontería -dijo Chabú muy seria-. Venga, dale un beso. Mira cómo se lo doy yo.

En efecto, se levantó del banco y me besó en la mejilla. Entonces, en medio de

risas, Maitreyi me besó en la otra.

-¿Estás contenta ahora?-le preguntó.

-Tú tendrías que haberlo besado en la boca -respondió Chabú.

-¡Basta ya! ¡Compórtate! -dijo Maitreyi poniéndose colorada.

Pero yo me sentía muy feliz de que esta hermana pequeña mía (realmente yo quería muchísimo a Chabú) comprendiera nuestro amor y le pidiera a Maitreyi que me besase. Como ella no quería, yo le deslicé la mano por los pechos, por debajo del chal, y le acaricié el seno izquierdo, apretádoselo para sentir los latidos de su corazón y, al propio tiempo, para obligarla a que me besase. (Maitreyi no podía soportar esa caricia sin echarse inmediatamente a mis brazos.) Por pura casualidad, Chabú quiso ponerle también la mano en el pecho a Maitreyi para pedirle que me besara. Y allí su mano se encontró con la mía, que retiré tan rápido como pude, pero no pude evitar que Chabú se diera cuenta. Se echó a reír.

-¿Has visto que *dadá* te ha puesto la mano en el pecho? -dijo Chabú recelosa.

-No digas tonterías, era mi mano -dijo Maitreyi en tono seco.

-¡Como si yo no lo supiera, como si yo no hubiera notado la sortija de *dadá*!

Ese detalle me hizo estremecer, pero como Chabú hablaba muchas veces sin ton ni son, no temí las consecuencias. Desde luego Maitreyi no me besó en la boca y en seguida nos volvimos al coche, pues se había hecho de noche. Al llegar a casa ya había olvidado lo sucedido.

Aquella noche Maitreyi no vino a mi cuarto. Por prudencia, me confesó al otro día. No recuerdo cómo transcurrieron las horas hasta que dieron las seis, en que me endosé mi atuendo bengalí y me dispuse a esperar que llegara el coche para nuestro paseo cotidiano. Pero no venía nadie a avisarme. Un tanto nervioso, le pregunté al chófer si no íbamos a ir aquella tarde a los lagos y me contestó en tono insolente (¿me lo pareció a mí o lo fue realmente?) que le habían dado la orden de llevar el coche a la cochera. A los pocos minutos me tropecé con Lilu por el pasillo. Me dijo que la señora Sen no daba permiso a Maitreyi ni a Chabú para ir a los lagos. Toda aquella misteriosa atmósfera me irritaba. Tenía la impresión de que me estaban ocultando una verdad y yo sentía la necesidad imperiosa de conocerla. Intenté dar con Maitreyi sin conseguirlo y me recliné en mi cuarto bajo el peso de mis pensamientos. (Es raro, pero no tenía miedo. Sólo deseaba saber con exactitud lo que había pasado, por qué la señora Sen había dado orden al chófer de llevar el vehículo a la cochera y por qué no podía ver a Maitreyi.)

Un criado me llamó a la mesa en lugar de hacerlo alguien de la casa, como era costumbre. Allí me encontré con la señora Sen y con Maitreyi. Ninguna de ellas hablaba. Yo quería parecer lo más natural y creo que lo logré maravillosamente. La señora Sen me buscaba la mirada y yo no se la hurtaba. Me sorprendía la suya fija y escrutadora como si tratara de penetrar en lo más recóndito de mi alma. Su rostro tenía una especie de rara concentración, con una sonrisa burlona en sus labios rojos, como de costumbre, de *pan*. Me servía en silencio, muy cortés, y acto seguido apoyaba los codos sobre la mesa y se me quedaba mirando. Tal vez se preguntara cómo había conseguido engañarla tanto tiempo con esa apariencia mía de candor y respeto. Yo adivinaba en su actitud hostil e irónica una pregunta constantemente repetida, que cómo me había podido portar así. Yo no sabía muy bien lo que la señora Sen entendía por «portarse así» pero sí que notaba la presencia de ese interrogante y por ello trataba de parecer lo más desenvuelto posible. Hablaba, la miraba a los ojos, preguntaba por el señor Sen, por qué no venían los demás a la mesa, etc., como si nada hubiese ocurrido.

Maitreyi me apretaba las piernas como si quisiera rompérmelas. Atenazándome así las pantorrillas ponía toda su pasión última y todo su miedo. Quería acariciarme con más dulzura que nunca y yo notaba la cálida planta de su pie deslizándose en una mansa caricia por mis pantorrillas. Diríase que quería consolarme y reconfortarme en aquel peligro que yo intuía pero no conocía. Luego me cogía el pie entre las suyas y lo apretaba con un abrazo postrero, como si se esforzara en comunicarme un calor y una pasión que no pudiese olvidar jamás el día que estuviese lejos, separado de ella.

Alguien llamó arriba a la señora Sen y, nada más quedarnos solos, Maitreyi me susurró, mordiéndose los labios para dominar su emoción:

-Chabú se lo ha contado todo a mi madre pero yo lo he negado. No tengas miedo, yo sigo siendo tuya. Si te preguntan, no confieses nada, de lo contrario quién sabe...

La embargaron las lágrimas y quiso agarrarme el brazo, como solía hacer, pero la señora Sen estaba bajando las escaleras y entonces musitó entre dientes:

-Ven mañana antes del amanecer a la biblioteca.

Éstas fueron las últimas palabras que me dijo Maitreyi, pues la señora Sen se la llevó arriba y yo me fui a mi cuarto extraordinariamente abatido, aturdido y casi incapaz de comprender lo que podía pasar al día siguiente.

No pude dormir absolutamente nada. Me pasé la noche fumando una pipa tras otra, sentado en mi amplio y cómodo sillón esperando el alba. Una tras otra sonaban las horas en la noche y cada campanada me traía a la mente la imagen de Maitreyi entrando en mi habitación. Me negaba a creer en la posibilidad de no volverla a ver aquí, junto a mí, desnudándose en cuanto yo cerraba la ventana, abrazándose a mí y llorando. Pensaba que no era posible que, tras sólo dos o tres semanas de amor, me quitaran a Maitreyi. Como estaba solo, en medio de la oscuridad, la veía en todos los rincones y en todas sus actitudes de amante, olvidaba todos los tormentos que había soportado por su causa, todas mis dudas, y notaba crecer en lo más hondo de mi ser un amor sin límites como Maitreyi jamás habría podido sospechar. Esperaba el alba para decirle que una sencilla separación de una noche y la amenaza que pendía sobre nuestro amor me habían revelado las verdaderas dimensiones del amor y que sólo ahora me daba cuenta de lo muchísimo que la quería, ahora, cuando tenía miedo de perderla. Allí, solo, estuve a punto de llorar al pensar que la podría perder. El mero pensamiento de no volverla a ver a mi lado me hacía estremecer y me ofuscaba la razón. No creía poder sobrevivir en mi sano juicio a una separación de Maitreyi. Si durante todo el tiempo que la sabía mía, cuando nada me impedía hablarle y traerla hacia mí cuando me apetecía, yo la amaba, ahora, en que un difuso peligro nos había separado, mi amor crecía hasta sofocarme y me sentía enloquecer esperando la hora de poder verla y estrecharla de nuevo entre mis brazos.

Durante la noche salí incontables veces a merodear al patio. Veía siempre la luz encendida en la alcoba del ingeniero. Se oían voces que salían de allí y, a veces, un plañidero gemido que no adivinaba de quién podría ser. ¿De Maitreyi, de Chabú, de la hermana de Khokha? Todo eso me llenaba de indecible zozobra. Volvía al sillón y me devanaba los sesos para entender el significado de las palabras de Maitreyi: «Chabú lo ha contado todo» ¿Qué habría podido decir Chabú en su locura? ¿Qué es lo que ha podido ver y comprender? Pensaba que tal vez hubiese sorprendido en alguna ocasión a Maitreyi entrando o saliendo de su habitación, pero más tarde supe que lo que dijo no fueron cosas realmente graves. Aquel día, la señora Sen estaba lavándole la cabeza y Chabú no dejaba de llorar. Le preguntó por qué lloraba y le contestó que a ella no la quería nadie mientras que a Maitreyi sí la quería todo el mundo. Todo el mundo había venido a su fiesta de cumpleaños trayéndole regalos. Y, sobre todo, yo quería mucho a

Maitreyi. «¿Cómo lo sabes?», le preguntó la señora Sen en son de broma. «Allan *dadá* le da besos y le pone la mano en el pecho y a mí no me besa nadie». Sufría y lloraba con tanto sentimiento que la señora Sen le preguntó varias veces y Chabú contó todo lo que había visto: que los dos estábamos juntos, que reíamos, nos besábamos y nos abrazábamos en los lagos (¡y yo que creía que Chabú no se daba cuenta de nada!).

La señora Sen llamó inmediatamente a Maitreyi y le preguntó si era verdad lo que había dicho Chabú. Entonces le ordenó al chófer que encerrara inmediatamente el coche en la cochera y se llevó a Maitreyi a la azotea. Allí le hizo jurar por sus antepasados y por los dioses y la acosó a preguntas en medio de amenazas. Maitreyi lo negó todo, únicamente reconoció haberme besado varias veces en plan de broma y que yo la había besado en la frente, que no había pasado nada más. De rodillas, le suplicó a su madre que no le dijese nada al ingeniero, pues yo sufriría las consecuencias sin haber tenido culpa de nada. Que si se lo exigían, Maitreyi no volvería a verme nunca más y que sólo la castigaran a ella, ya que sólo ella había pecado. (Según me enteré más tarde, pensaba que, entre tanto, podría huir conmigo. Su único temor era que el señor Sen la encerrase con llave en su cuarto o la casase deprisa y corriendo, antes de tener tiempo de verme y de preparar la fuga.) Aquella noche la encerraron en la alcoba de su madre. La señora Sen se lo contó todo al ingeniero y hasta muy tarde permanecieron deliberando sobre lo que convenía hacer para que no llegase a oídos de los vecinos pues, entonces, la maldición caería sobre la familia entera.

Todo eso lo supe dos o tres días después por Khokha, pero aquella noche yo me imaginaba lo peor. Suponía que Chabú había sorprendido a Maitreyi alguna noche venir a mi cuarto y se lo había dicho a su madre. Antes de dar las cuatro ya estaba yo en la biblioteca esperando que llegara Maitreyi con noticias. Allí permanecí hasta que se hizo de día, oculto tras los estantes, pero Maitreyi no vino, ni tampoco la hermana de Khokha ni Lilu, con quienes podría haberme enviado alguna nota por escrito. A las siete bajó la señora Sen para preparar el té y me deslicé subrepticamente hasta mi cuarto para evitar ser visto.

Precisamente estaba esperando a que me llamaran para el desayuno cuando el ingeniero entró en mi habitación, con los ojos ocultos tras las gafas negras y un tanto tembloroso de debilidad.

-Querido Allan -me dijo con cierta agitación pero en tono amistoso-, he decidido someterme a esa operación en los ojos que desde hace tanto tiempo vienen recomendándome los médicos. Seguramente tendré que permanecer en el sanatorio dos o tres meses. Entonces he pensado enviar a mi familia a Midnapur, a casa de unos parientes míos. Y como tú estás un poco cansado, te sentaría bien pasar una temporada de reposo en las montañas.

-¿Cuándo debo partir? -pregunté con una calma que me sorprendió.

(Por otro lado, todavía no era plenamente consciente de lo que estaba pasándome. Aquel día realicé multitud de cosas sin saber ni cómo.)

-Hoy mismo, pues a primeras horas de la tarde me voy al sanatorio -dijo el ingeniero observándome desde el refugio de su cristales negros.

-Bien, pero no tengo dónde ir, tengo que encontrar alojamiento, he de llevarme todas mis cosas...

Encontré fuerzas para oponerme, aunque parecía que toda la sangre se me había escurrido de las venas, y señalé con un gesto de impotencia la cama, el armario, la biblioteca, dos baúles y el escritorio. El ingeniero sonrió muy cortésmente.

-Un joven enérgico como tú siempre es capaz de solventar cualquier apuro. Si te vas ahora mismo, antes de la una ya habrás encontrado alojamiento. Khokha te llevará las cosas por la tarde en un camión. Podrías vivir en casa de alguno de tus amigos hasta que te vayas a la montaña y, al regreso, ya te instalarás mejor.

Yo temblaba de pies a cabeza cuando salió. De forma instintiva me dirigí al armario para coger el salacot y marcharme inmediatamente pero la señora Sen, que había permanecido en el pasillo y lo había oído todo, entró en mi habitación y me dijo sonriendo:

-No puedes irte de aquí sin desayunar antes.

-No puedo tomar nada -le dije con un hilo de voz.

-Soy yo quien te lo pide y lo harás -continuó la señora Sen en el mismo tono-. El té está preparado.

-¿Y de qué me sirve ahora? -pregunté con voz aún más apagada.

(Tenía la sensación de que podía desmayarme de un momento a otro. Me iba sin haber visto todavía a Maitreyi ni sabía lo que estaría haciendo allí arriba, en su cuarto.)

La señora Sen se fue y yo rompí a llorar como un loco, tirándome del pelo y mordiéndome los puños. Me tumbé en el sillón, deshecho, asfixiado por un dolor que no sabía cómo definir, pues no era ni amor ni sufrimiento, sino un sentimiento de total desfondamiento, como si de repente me hubiese visto solo en un cementerio, sin un hombro a mi lado sobre el que llorar y sin nadie que me pudiese consolar. Parecía que me hubiesen roto en mil pedazos, mi cuerpo sólo era pura herida, mi alma se había evaporado y ya no tenía ni voluntad ni fuerzas para recobrar los sentidos siquiera un instante.

Lilu entró llorando también y me tendió precipitadamente un trozo de papel. *No me dejan verte. No malogres tu vida, no te dejes vencer. Recorre el mundo y muéstrales a todos tu integridad. Sé un hombre. Pronto sabrás de mí. Maitreyi.* Estaba escrito con una letra confusa, en un inglés improvisado y con manchas de tinta. Me escondí rápidamente el papel en el hueco de la mano, pues venía la señora Sen con el criado trayéndome el té.

-No puedo comer, no puedo tomar nada -dije llorando.

-Por favor, tómate una taza de té -dijo dulcemente la señora Sen.

Me pareció entrever en su voz un tono de lástima y cierta comprensión. Me acordé de lo buena que había sido conmigo, de lo mucho que me había querido, hasta el punto de llamarme su hijo, pues siempre había deseado tener un varón además de sus dos hijas. Entonces no me pude dominar y me arrojé llorando a sus pies.

-¡Perdóneme, madre, no deje que me vaya de aquí! ¡Perdóneme, perdóneme!

Lilu lloraba apoyada en la puerta. La señora Sen no hizo el menor gesto de consuelo sino que permaneció tiesa y sonriente mientras yo me debatía a sus pies. Era un témpano de hielo. Me levanté suspirando y me sequé las lágrimas.

-Tómate el té -dijo.

Cogí la taza pero un sollozo me ahogó y me tapé la cara con el brazo. Lilu no pudo aguantar más y echó a correr por el pasillo llorando. La señora Sen siguió allí, junto a la puerta, mirándome con la misma sonrisa helada y un tanto burlona.

-Tómame el té.

Como un autómeta, pelé un plátano y di un sorbo al té, que ya estaba frío. Había logrado contener el llanto y sólo suspiraba. Cuando la señora Sen vio que había terminado el té, salió al pasillo y llamó al criado para que se llevase la bandeja.

-¿Puedo ver a las niñas antes de marcharme? -le pedí.

En aquel momento entró el señor Sen y me dijo:

-Maitreyi se encuentra indispuesta y no puede bajar de su habitación.

Seguidamente se dirigió a su esposa y le dijo:

-Llama a Chabú.

Cuando la señora Sen salió de mi habitación, el ingeniero me alargó un sobre cerrado y me dijo:

-Lee esto únicamente después de abandonar mi casa. Si quieres agradecerme todo el bien que yo te he hecho aquí, en la India, haz el favor de respetar todo cuanto te pido.

Se fue antes de que yo tuviese tiempo de decir una palabra. Cogí el sobre con la mano trémula de desfallecimiento y me lo metí maquinalmente en el bolsillo. Al ver a Chabú la abracé y me puse a mecerla entre mis brazos, llorando.

-¿Qué has hecho, Chabú, qué has hecho?

La pobre niña no entendía nada, pero al verme llorar empezó a llorar ella también y a besarme en la mejilla. Yo había inclinado la cabeza hacia su endeble cuerpo y la mecía inconscientemente.

-¿Qué has hecho, Chabú? -era lo único que podía decir.

-¿Y yo qué sabía? ¿Por qué lloras, *dadá*? ¿Tú por qué lloras?

La solté para secarme la cara. Además, el señor y la señora Sen habían vuelto otra vez y se habían sentado junto a la puerta. Eran dos estatuas de hielo que parecían decirme: «Venga, ya es hora de que te vayas».

Besé de nuevo a Chabú en las dos mejillas y, volviendo en mí, cogí el salacot, me arrodillé ante el señor y la señora Sen, le puse las palmas de las manos en el pie derecho (era el saludo más venerable, que yo conocía) y partí.

-*Good bye*, Allan -me dijo el ingeniero tendiéndome la mano.

Pero yo fingí no verlo y llegué al pasillo. Chabú corría detrás de mí sollozando.

-¿Dónde te vas, *dadá*? ¿Dónde se va Allan *dadá*? -le preguntó a su madre.

-*Dadá* está enfermo y se marcha a curarse -le dijo a media voz la señora Sen en bengalí al tiempo que la agarraba del brazo para que no saliese a la calle detrás de mí.

Cuando bajé los escalones del porche, levanté los ojos hacia el balcón de glicinas y, por un instante, vi a Maitreyi. Entonces oí mi nombre. Era un grito corto y de temor. Y la vi caer cuan larga era en el balcón. Quise dar media vuelta pero me encontré con el

ingeniero en el pasillo.

-¿Has olvidado algo, Allan? -me preguntó receloso.

-Nada, *Sir*, no he olvidado nada.

Me marché rápidamente. Subí en el primer taxi que encontré y le di la dirección de Harold. Al arrancar quise volver a mirar la casa de Bhowanipore, pero los ojos se me llenaron de lágrimas, el taxi dio un giro y ya no vi nada.

Me recobré cuando el vehículo rodeaba Park Street. Rasgué el sobre del señor Sen y leí, con el corazón en un puño, lo que me escribía en inglés, sin saludo de encabezamiento, en una hoja de papel que, en una esquina, tenía escritas las palabras *estrictamente confidencial* subrayadas.

Usted es extranjero y yo no le conozco. Mas si es capaz de considerar algo sagrado en su vida, le ruego que no vuelva a entrar en mi casa ni trate de ver ni de escribir a ningún miembro de mi familia. Si quiere verme personalmente, búsqume en el despacho, y si alguna vez quiere escribirme, escriba únicamente las cosas que un desconocido puede referir a otro desconocido, o un empleado a su superior. Haga el favor de no mencionar esta nota a nadie y rómpala en cuanto la lea. Supongo que el motivo de mi proceder le resultará evidente, si es que aún queda algo de sentido común en su locura. ¡Usted sabe perfectamente cuál ha sido la ingratitud y la ofensa que me ha infligido!

Narendra Sen

P.D. Por favor, no sea importuno tratando de justificarse. No añada más mentiras a su depravado carácter.

XIII

No encontré a Harold en casa pero la patrona me abrió su habitación y me permitió entrar y tumbarme en la cama boca arriba, debajo del ventilador. La pobre señora Ribeiro no sabía cómo mostrarse conmigo y le daba apuro preguntarme.

-No me ha sucedido ninguna desgracia, Mrs. Ribeiro -le aseguraba yo-. Hoy operan al ingeniero Sen, mi jefe, y estoy preocupado.

No quería que se me notase nada, no quería decirle tampoco a Harold la causa por la que me había marchado de Bhowanipore. Sus chismorreos me habrían asqueado, pues no me cabía la menor duda de que Harold le habría contado a todos «los amigos» angloindios mi aventura, y las chicas habrían intentado consolarme con sus sempiternas estupideces sentimentales, incitándome a beber y a hacer el amor, pero yo era incapaz de admitir ningún consuelo, ni siquiera de esa clase. Me parecía que no tenía derecho a pronunciar el nombre de Maitreyi delante de ellos. Sin embargo estaba tan idiotizado, tan completamente entregado a mi dolor, que no pensaba en nada en concreto; únicamente trataba de intuir, de experimentar de modo palpable, lo que significaba la separación de Maitreyi. Pero no lo conseguía. Me estremecía cada vez que me representaba aquella última imagen de su cuerpo desplomado en el balcón y la ahuyentaba de mi mente. No sabía en qué concentrar mis pensamientos y escogía escenas consoladoras para mí: la coronita de jazmín, la biblioteca, Chandernagor, etc. Eso me calmaba pero inmediatamente la película se precipitaba al final y veía la torva mirada de la señora Sen en la mesa o al señor Sen diciéndome «si quieres agradecerme todo el bien que...». Eso volvía a recordarme, de forma punzante y desgarradora, la separación de Maitreyi. Y tenía que cerrar los ojos, revolverme en la cama y dar un hondo suspiro para expulsar mis pensamientos.

La señora Ribeiro se marchó a sus quehaceres. Al cabo de una hora volvió y me preguntó lo que deseaba beber, ¿té, whisky, cerveza? Rehusé con un gesto tan cansado que la buena mujer se acercó a mi cama muy preocupada.

-Usted está enfermo, Allan -me dijo.

-No sé lo que me pasa. Estos últimos meses he trabajado en exceso, no salí en verano y la desgracia del ingeniero me ha afectado mucho. Quiero irme de Calcuta durante algún tiempo. ¿Le queda a usted alguna habitación libre, señora Ribeiro?

Cuando oyó lo de la habitación, a la patrona se le demudó el semblante de felicidad y me instó a ver la habitación contigua a la de Harold. Me preguntó que por qué no seguía en Bhowanipore y, al ver que sus preguntas me fatigaban, cambió de tema. Me preguntó si tenía calentura, y me aconsejó que me marchara dos o tres semanas de Calcuta, a la cordillera, a Darjeeling, por ejemplo, o a Shillong, o incluso al mar, a Gopalpurat-Sea, donde el padre Justo se había curado de su agotamiento, ya que allí el aire era admirable y en el hotel apenas había huéspedes. Yo la oía hablar y asentía con la cabeza para no tener que responder, discutir ni pensar. Inmediatamente me trajo del recibidor el periódico *The Statesman* para buscar direcciones de pensiones. Me hacía comentarios sobre cada localidad, quién había estado allí y con qué motivo, etc. Yo, mientras la oía, me parecía estar viviendo un sueño, pues mi presencia allí me parecía

absolutamente inverosímil, así como mi propia vida, mi cuerpo entero, tumbado en la cama, o los cigarrillos que fumaba, porque yo *tenía* que morir pues me habían separado de Maitreyi. ¿Cómo podían darse esas cosas en el mundo?, me preguntaba yo sin pensar en la pregunta, sino únicamente sintiéndola. ¿Cómo era posible que sólo una hora después de haber abandonado Bhowanipore pudiese estar oyendo toda la facundia de aquella vieja que ni imaginar podía la ruina de hombre que tenía delante? Todo me parecía irracional, imposible y creía que me volvería loco si seguía más tiempo junto a aquellas gentes, si no me sumergía en la soledad, donde fuese, para olvidar, para olvidarme de mí. Partir me parecía la única salvación, al menos durante un tiempo. Decidí marcharme al día siguiente, no importa adónde.

-Haga el favor de telefonar a la casa del señor Sen, South 1144 -le dije a la señora Ribeiro-, y diga que me envíen mis cosas aquí.

La señora Ribeiro, que en cualquier otra circunstancia se habría sentido ofendida de tener que telefonar a un «negro», estaba tan contentísima que habló con toda cortesía, seguramente con Mantu, y le dio repetidamente las gracias por su buena disposición.

-Voy a preparar la habitación -me dijo.

Me alegré de que se fuese porque ahora podía suspirar y llorar a mis anchas. De pronto me vino el pensamiento de haber envejecido y de que mi pelo había encanecido por el dolor, y salté de la cama para mirarme al espejo. Casi no me reconocí. Estaba pálido, tenía la cara chupada y marchita, y las cejas revueltas, como si me las hubiesen arrancado. En la comisura de los labios me había surgido una profunda arruga que cambiaba totalmente mi aspecto, dándole un aire enérgico y duro. Me sorprendí al descubrir en mi rostro una decisión viril y un poder de actuación, cualidades que hacía mucho que había perdido. (Desde entonces ya no creo en la expresividad del rostro de los hombres. Me parece que las reglas del cambio de fisonomía no tienen nada que ver con las auténticas experiencias espirituales. Quizá sólo los ojos, únicamente ellos, puedan dejar traslucir el interior de un hombre.) Abatido, volví a la cama y encendí otro cigarrillo.

Cuando llegó Harold, me recibió a bombo y platillo. La señora Ribeiro lo había puesto al corriente, en cuatro palabras, de mi visita. Él intentaba tirarme, de la lengua pero yo, so pretexto de que me dolía la cabeza, le dije sólo de pasada la razón de mi llegada. Inmediatamente pidió de beber. Decía que la fiebre y las penas se pasan con whisky. Bebí un vaso yo también pero el mareo me hacía sentir aún más viva la separación de Maitreyi. Me daban ganas de ponerme a aullar. Cuando llegó Khokha estuve a punto de abrazarlo de emoción. Parecía traer consigo todo el amor, toda la India. Llegó vestido con un *dhoti* muy sucio y con sus agrietados pies sin sandalias. Todos los de la casa lo miraban con desprecio y asco pero él, sabiéndose «en mi casa», entraba y salía muy ufano trayendo los trastos del camión y acompañando a los mozos de cuerda por el vestíbulo. Yo ardía de impaciencia porque me dijera lo que había pasado allí, en Bhowanipore. Cuando pagué el camión y a los mozos, me metí con él en la habitación, le pedí té a la señora Ribeiro y abrí un paquete de cigarrillos. Harold estaba que se subía por las paredes por no quedarme a charlar con él, pero seguramente adivinó en mi brusca salida de la casa de la familia Sen mucho más de lo que yo le había revelado y no se atrevió a entrar a interrumpirnos.

Khokha me trajo un ejemplar de *Uddhita* en el que Maitreyi había escrito sus últimas palabras: *A mi amor, a mi amor. Maitreyi, Maitreyi.*

-¿Sólo eso? -dije con tristeza.

Khokha me dijo que mirase al final del libro. *Adiós, amor mío. No he dicho nada que pueda culparte a ti. Sólo he dicho que me has besado en la frente. Tenía que decirlo, era*

nuestra madre y lo sabía. Allan, amigo mío, amor mío, ¡adiós! Maitreyi.

Me quedé mudo contemplado su letra. Khokha fumaba en silencio y así permanecimos un buen rato hasta que, de pronto, dijo como si expresase un pensamiento en voz alta:

-Y al final tenían que enterarse. Habéis sido muy imprudentes. Todo el mundo os veía cuando os besabais en el sillón. El chófer se lo dijo a Mantu y a Lilu. Nadie tuvo valor para advertiros.

Me preguntaba si Khokha sabría lo mismo que los demás o si conocía más cosas. Pero me percaté de lo poco que importaba eso ahora y me sumí en otros pensamientos.

-Chabú se ha recobrado -siguió diciendo Khokha-. Al ver a Maitreyi desmayada pareció despertar de un sueño. Preguntó por ti. «¿Dónde está dadá?», le preguntaba a todo el mundo, agarraba a su madre del sari y le preguntaba. Le dije que iba a venir a verte y entonces me ha dado esta nota.

En una hoja arrancada de un cuaderno escolar, Chabú había escrito en bengalí, con su caligrafía más bonita: *Dadá querido, ¿podrás perdonarme algún día? No sé quién me hizo hablar. Yo creía que no hacía nada malo, ya que vosotros tampoco hacíais nada malo queriéndoos. Es horrible lo que sufre Maitreyi. ¿Puedes hacer algo para que no sufra más? ¿Entonces dónde está vuestro amor? Quisiera morirme.*

-Cuando lo escribí lloraba y me pidió que te lo diera en seguida y que la llames por teléfono una mañana. Ya no está loca, ya no parece una desequilibrada. La pobre...

Se calló unos minutos, después dio un suspiro.

-¿Qué te pasa, Khokha? -le pregunté.

-¡Ah! ¿qué voy a decirte yo a ti cuando veo lo que estás sufriendo?

Habló de manera enfática, teatral, tratando de ponerse una máscara de dolor para atraer mi atención. Pero el tono con el que había dicho esas palabras inmediatamente lo convirtió en un extraño para mí. El propio Khokha debió de darse cuenta de mi malestar porque cambió de tema.

-Cuando fui a recoger las cosas de tu habitación, Maitreyi bajó corriendo y se puso a abrazarlas y a gritar. Tuve que apartarla a la fuerza. El señor Sen, que es un bruto, le dio puñetazos en la cara hasta hacerle sangre. Luego se desvaneció en su habitación.

Se me saltaban las lágrimas al oírlo pero eso no aumentaba mi dolor. ¿Acaso podía hacernos algo peor que separarnos? Por mucho que me pegaran, que me abofetearan, ¿podría sufrir más? Yo veía a Maitreyi con la cara ensangrentada pero no eran sus heridas lo que me desgarraba el corazón sino su propio ser, su presencia, que yo sabía lejana.

-La han encerrado en su cuarto semidesnuda, para que no pueda bajar al tuyo. Cuando se desvaneció le rociaron la cara con agua para que volviera en sí y, después, al recobrarla, le pegaban para que hablara. «Lo amo, lo amo», la oía yo chillar desde abajo. «Él no tiene la culpa, ¿qué tenéis contra él?», me contaba mi hermana que gritaba.

Sin embargo, a mí todavía no me habían hecho nada. Ojalá me hubiesen pegado, pensaba yo. ¿Por qué no habrá tenido el señor Sen valor para abofetearme? ¿Por qué me tendió la mano, como un cobarde, diciéndome «good bye, Allan»?

-Antes de que se la llevaran arriba, Maitreyi me dijo en voz baja que mañana te iba a telefonar. Pero quizá no lo logre. El señor Sen la tiene encerrada. Lo he oído hablando con su mujer de casarla lo antes posible.

Me quedé de piedra. Khokha observó mi espanto y siguió más enardecido.

-Quieren casarla con un profesor de Hoogli en cuanto vuelvan de Midnapur. ¿Sabes que se van a Midnapur?

-Sí, ya lo sé -respondí casi con indiferencia.

-Son unos bestias, todos son un hatajo de bestias -dijo Khokha cada vez más encendido-. ¿Es que no los odias?

-¿Por qué iba a odiarlos? Soy yo el que les ha hecho daño ¿Qué culpa pueden tener ellos? Sólo el hecho de haberme metido en su casa.

-Querían adoptarte.

Sonreí. ¡Qué inútil, qué vano me parecía todo esto, todas esas cosas que hubieran podido suceder si yo hubiese sido distinto, toda la felicidad que yo hubiese podido tener si...! No le veía sentido a pensar en lo que hubiese podido pasar. Yo estaba solo, atrozmente solo, éste era mi dolor, el presente. No podía entender ninguna otra cosa.

Khokha me miró, vio mis ojos bañados de lágrimas y suspiró.

-Mi madre está muy enferma y yo no tengo nada, ni una rupia que darle. Pensaba pedirte un préstamo hasta que me paguen en la Bengal Film Company.

-¿Cuánto quieres?

Callaba. Yo no me atrevía a mirarlo a los ojos. Me dolía su mentira pues sabía que su madre no estaba enferma y que ella estaba al cuidado de un cuñado suyo, un comerciante de Kalighat.

—¿Te bastan treinta rupias? -le pregunté y, sin esperar respuesta, extendí un cheque y se lo di.

Me dio las gracias cohibido y se puso a hablar de Maitreyi. Con voz empañada le pedí que se marchara.

-Tengo sueño, Khokha. Me duele la cabeza.

*

Por la noche, avisadas por Harold, vinieron las chicas a verme. Pusieron el tocadiscos en el vestíbulo y pidieron whisky y naranjada. Para consolarme dieron muestras de una excesiva alegría (Harold les había dicho que yo sufría una depresión nerviosa, agotamiento o algo por el estilo, y que antes de salir de Calcuta tenía que «divertirme» para olvidar).

-¡Eh, Allan! ¿Por qué estás tan huraño, chico? ¿No ves que tienes a tu chica a tu lado?

Se sentó en mis rodillas, pero su contacto me resultaba tan odioso que me estremecí de arriba abajo y le supliqué que me dejara, que estaba cansado y enfermo.

-¿No estarás enamorado? —dijo guiñando el ojo maliciosamente-. Seguro que te ha hechizado alguna india. Alguna de esas negras cochinas de las que te gustan a ti.

Todos estallaron en una carcajada. La señora Ribeiro, que estaba arreglándome la habitación, allí al lado, salió.

-Dejad al chico en paz. Vamos, Allan, bébase un vaso de whisky y verá cómo todo se le pasa. Una operación en los ojos no es una cosa tan grave.

-Pero, señora Ribeiro, ¿es que usted se cree que Allan llora por una operación en los ojos? -preguntó con sarcasmo Geurtie-. Él tiene algo más grave. Eso es que su chica se ha largado con algún gitano.

-¡Cierra el pico! -dije a voz en grito y levantándome de la silla.

-Haz el favor de ser más educado conmigo -dijo Geurtie sonrojándose-. Aquí no estás en la casa de tus negros de Bhowanipore.

-¡Geurtie! -gritó Clara agarrándola del brazo-. Déjalo, pobre muchacho.

-Ya está bien de mimos, que si «pobre muchacho» por aquí, «pobre muchacho» por allá. Está llorando como una mujer y se consuela con sus cochinos bengalíes. A mí, a una cristiana, no tiene derecho a insultarme.

-¡Él también es cristiano! -intervino Clara.

-¡Ja, que te crees tú eso! Que es cristiano -dijo Geurtie riendo-. ¿Qué dices tú, Harold? ¿Ya no te acuerdas de cuando te hablaba del hinduismo y de sus vacas e insultaba a Nuestro Señor Jesucristo? ¡Y ahora me dice a mí que cierre el pico!

Harold se sentía muy violento. A la señora Ribeiro le entró el pánico.

-¡Vamos, calmaos! -dijo.

-Yo me voy -dije al fin, y me levanté.

Geurtie me miró arrogante.

-Se va a rezar a su templo. Dios lo ha dejado de su mano.

Pasé una noche horrorosa. Antes de acostarme estuve vagando por las calles, fumando como un autómata y buscando los barrios indios. Allí, la algazara, el ajetreo y el griterío en bengalí me recordaban los días con Maitreyi. En cuanto me quedé solo y me desvestí, la tortura, que la fatiga había mantenido en cierto modo aletargada, me asaltó de nuevo pero, esta vez, sin que yo pudiese oponer resistencia. En vano mordía la almohada, en vano me golpeaba para no gritar. No hacía más que repetir «Maitreyi, Maitreyi, Maitreyi», hasta que ese nombre de mujer perdía su significación, hasta que su sonido ya no me evocaba nada y me quedaba atontado, con la cara hundida entre la almohada sin saber lo que me sucedía, qué era lo que se había roto en mi interior. Mis pensamientos corrían de un lado a otro sin ninguna ilación, volvía a ver Tamluk, Sadya y otros innumerables lugares que había conocido, pero sin entender nada. Lo único que temía era pensar en algo que pudiese evocarme el semblante de Maitreyi el día del adiós o la voz del señor Sen diciéndome «*good bye*, Allan», o la mirada de la señora Sen mientras insistía: «tómame el té». Cada vez que revivía estas escenas en mi mente me

revolvía con todas mis fuerzas para expulsarlas.

Oía roncar a Harold en la habitación contigua, a intervalos oía el reloj de la iglesia protestante dar las horas en medio de la noche. Para tranquilizarme pensaba en la muerte. En tirarme al Ganges para que el señor Sen se enterase de lo puro que era mi amor por Maitreyi. Al otro día, los periódicos hablarían de un joven europeo que se había suicidado sin motivo, y cuyo cuerpo habían recogido en los límites de la ciudad los barqueros que regresaban de la pesca al atardecer. Maitreyi se desvanecería al oírlo, su madre se arrepentiría porque comprendería que yo amaba a Maitreyi sinceramente y con toda mi alma. Pensar en la muerte era mi único alivio. Me recreaba voluptuosamente con cada imagen, con cada gesto. Me veía escribiéndole una carta al señor Sen, dirigiéndome al puente, llorando allí un poco, muy poco, apenas unas lágrimas, y luego, encaramado en el pretil, mirando abajo correr las aguas amarillentas y cenagosas, el vértigo y listo... Volvía a pasar la película, siempre desde el principio. Al amanecer me dormí.

Me despertó Harold para decirme que me llamaban por teléfono. En pijama corrí como un loco al vestíbulo. En seguida reconocí la voz de Maitreyi. La sorbí con ansia, como el agua fresca que calma una ardiente sed, pero me daba miedo hablarle, no fueran a oírme Harold o alguno de los otros pupilos de la señora Ribeiro. Me decía cosas que yo adivinaba más que entendía, pues hablaba en tono muy bajo, seguramente para no despertar a nadie, y se veía constantemente interrumpida por sollozos. Su voz parecía llegar de una mazmorra, de una celda con barrotes, por lo desgarrador de su llanto y el ansia de libertad que traslucía su voz.

-Allan, ¿me reconoces? Soy yo, sí yo, sigo siendo la misma, Allan, pase lo que pase. Pórtate como un hombre y sigue trabajando, no te desespere. No puedo más, Allan, perdóname, no puedo más. Querría decirte...

Su voz enmudeció de repente. Alguien la había sorprendido, probablemente la señora Sen. En vano grité:

-¡Diga, diga!

Nadie respondía.

Volví con mortal abatimiento a mi habitación. Habría querido huir, las paredes me ahogaban, me torturaban mis cosas, el sillón de mimbre en el que tantas veces se había sentado Maitreyi. Cada una de ellas me evocaba una escena, una palabra, y era incapaz de volver en mí, de poner un límite a aquellos atroces recuerdos que me habían convertido, en un solo día, en un desecho humano.

-¿Qué tal va el ingeniero, Allan? ¿Lo han operado ya? -me preguntó Harold.

-Aún no. Tal vez hoy.

-¡Pobre hombre!

Me tumbé en la cama y me puse a fumar. Estaba prácticamente exánime, salvo las manos, que me temblaban. Tenía el rostro rígido, sin expresión, sin movilidad, ya no podía llorar. Sólo estar así, tumbado debajo del ventilador, sin saber lo que hacer ni lo que iba a pasar.

A eso de las diez se detuvo delante de casa un recadero en bicicleta y preguntó por mí. La señora Ribeiro me trajo un sobre. El hombre no esperaba respuesta. Era de Sen.

Señor:

Ahora comprendo que usted no tiene ni respeto ni honor. Le suponía únicamente loco

pero veo que tiene el proceder de una serpiente en la hierba que, si no se le aplasta la cabeza a tiempo, se revuelve y muerde. No hace ni 24 horas que usted dio su palabra de que no trataría de comunicarse con ningún miembro de mi familia y ya ha faltado a ella como un cobarde, haciendo sufrir a una pobre niña sobre la que, lamentablemente, ha ejercido usted cierta influencia. Si vuelve a intentar algo por el estilo, haré todo cuanto esté en mi mano para que le expulsen de la India. Suponía que tendría el sentido común de marcharse de esta ciudad. He dado instrucciones por teléfono para que se le despida de la empresa hoy mismo. Lo único que le queda por hacer es cobrar su sueldo y partir inmediatamente. Su ingratitud ha de tener un límite.

Narendra Sen

Me quedé alucinado al leer la carta. No porque me hubiese despedido, porque yo mismo había decidido dejar la empresa, ya que no habría podido soportar el volver a ver a Sen después de lo que Khokha me había contado. Mi estupor se debía a que estaba seguro de que Maitreyi volvería a cometer las mismas imprudencias que sólo le acarrearían sufrimientos, y esos sufrimientos multiplicarían los míos, pues sabía que no podía ayudarle de ninguna de las maneras y me torturaba inútilmente, solo y lejos de ella.

Cerré el sobre, tomé el salacot y me fui.

-¿Vendrá a comer, Allan? -me preguntó la señora Ribeiro.

-Desde luego.

-Le he preparado sus platos favoritos, me los dijo Harold. Ya verá... Y no piense más...

Sonrei y atravesé la puerta como hipnotizado, sin rumbo fijo. Pensaba que me convendría sacar algún dinero del banco si en verdad iba a marcharme de Calcuta de un día para otro. Pero no lo hacía por orden del señor Sen, sus amenazas no me intimidaban. Me marchaba porque sabía muy bien que así podría ayudar de alguna forma a Maitreyi, que sólo así podría olvidarme. Pensaba como un adolescente. Llegué al banco andando, aunque la distancia entre Royd Lane y Clive Street era bastante grande.

Guardé cuidadosamente los billetes en la cartera, distribuí las monedas por todos los bolsillos y me fui a la estación. Al llegar al puente de Howrah me asomé a mirar el Ganges, sucio y atestado de barcas, y de pronto la idea del suicidio me pareció ridícula y cobarde. Me detuve en la estación a beber un vaso de limonada. Habían dado las doce. Salí y torcí a la derecha, por la carretera de circunvalación que va a los pueblos de los alrededores y que pasa por Belur. Cuando estuve en la umbrosa carretera me sentí más fuerte, más tranquilo y empecé a caminar con brío. No me detenía ni siquiera para fumar, sino que marchaba siempre adelante con paso firme y decidido. Por la carretera circulaban vehículos que hacían la ruta de la estación a Hoogli y casi todos se paraban junto a mí, ya que les parecía extraño ver a un europeo ir a pie por la carretera, fuera de la ciudad. Sólo me detuve en una mísera choza donde una vieja vendía limonada, *pan* y pimientos, para beber algo frío. Ese encuentro pareció consolarme. Le hablé a la vieja en bengalí y no en indostaní, como hubiese sido pertinente. Hablar la lengua de Maitreyi era para mí un auténtico bálsamo.

A las dos y media llegué a Belur-Math tras andar dos kilómetros bajo una lluvia que me caló hasta los huesos. Llegué manchado de barro y con la mirada tan errática que asustó al *swami* Madhvananda, un monje al que había conocido hacía mucho tiempo, cuando solíamos venir en el coche del ingeniero. Fui a la orilla del Ganges para secarme y, tumbado sobre la hierba con los ojos mirando al sol, evocaba los paseos junto a Maitreyi, me veía feliz y despreocupado. Llegó un momento en que no pude dominarme y, como no podía llorar, saqué mi bloc de notas del bolsillo y me puse a escribir para mí

solo. (Repaso hoy esas notas escritas con sangre y me parecen frías y superficiales. Por ejemplo: *¿Por qué ha pasado todo esto? Hay en mí un inmenso desierto. Nada tiene ya sentido. Cuando oigo una canción bengalí, en el math me entran ganas de llorar. Maitreyi, Maitreyi, Maitreyi. Jamás la volveré a ver. ¡Cuán incapaces somos de expresar en el momento la esencia de una gran alegría o de un gran dolor! He llegado a creer que, por eso, sólo la memoria, únicamente la distancia, pueden darles vida. El diario es seco e insustancial.*)

El *swami* quiso averiguar lo que me había sucedido pero cuando le dije que había venido a pie desde Calcuta y que estaba sin comer, pues no podía tragar bocado, se asustó y me rogó que me marchase en seguida, no fuera a caer enfermo de malaria (sabía que un año antes había pasado la malaria) o algo por el estilo. Su tono era autoritario y debía de despreciarme profundamente al verme consumido por la pasión y el dolor. Estos monjes indios no pueden consolar nunca a nadie, ya que un alma esclava del sufrimiento les parece indigna de consuelo. Su ideal de monstruoso desapego da la espalda al sufrimiento humano, a las miserias de la vida cotidiana. Estos hombres viven demasiado bien para apearse de su ideal de suprema placidez.

Por otro lado, como yo no había venido al *math* en demanda de consuelo sino únicamente porque allí habría podido volver a ver a Maitreyi, a la mía, a la de mis recuerdos, a la verdadera, no me ofendieron gran cosa las palabras del *swami*. Simplemente me hicieron sentirme más seguro. Al marcharme le agradecí las frutas y dulces que me había traído un hermano. No tomé el camino de vuelta sino que seguí adelante, por la misma carretera, hasta Ranaghat. Llegué a Bally casi al ponerse el sol. Busqué el Ganges y me quedé contemplándolo largamente, fumando despacio, mirando correr mansamente las aguas hasta nuestra ciudad. Estaba encima de una piedra rodeado de niños que, al principio, me gritaban chapurreando el inglés «¡mono blanco!»; luego, al ver que no me enfadaba, sino que los miraba ensimismado y con lágrimas en los ojos, se acercaron a mí, cohibidos, hasta que me puse a hablar con ellos en bengalí y a darles algunas monedas. Me llevaron en cortejo hasta la otra punta del pueblo. Era una noche fresca de lluvia pero serena, que invitaba a caminar. Muy pronto me quedé solo en la carretera. De vez en cuando pasaba algún vehículo hacia Calcuta con los grandes faros encendidos. De vez en cuando, una persona o dos pasando presurosa. Y me digo: ¡qué pronto se acuesta la gente en la India! Me acuerdo entonces de Bhowanipore y una ola de calor se me sube a la garganta. Aceleré el paso. Sólo me detuve en un tenducho para comprar cigarrillos *Scissors*, los únicos que encontré. Ardía una lámpara de acetileno y varios caminantes descansaban fumando *huka*, soltando plácidamente grandes bocanadas de humo. Todos me miraron con asombro e incluso uno de ellos salió a la carretera a ver cómo seguía mi camino, solo, en medio de la oscuridad.

No sé hasta qué hora estuve caminando ni por qué aldeas pasé. Tampoco tenía sueño ni me notaba cansado, antes bien, esa andadura en la oscuridad estaba empezando a encantarme, pues adormecía mis pensamientos y me halagaba en cierto modo, ya que suponía que lo hacía por lo mucho que sufría, que lo hacía por Maitreyi. Por el camino, a unos metros de la cuneta, encontré un pozo techado y allí me detuve a descansar. Me dormí sin darme cuenta, con la cabeza apoyada en el salacot y directamente sobre las piedras. Los mismos sueños con Maitreyi; de tanto en tanto me despertaba temblando de frío y de soledad. Alguien vino al pozo y el rumor me despertó. (Es raro, pese a todo mi dolor, era consciente de llevar encima quinientas rupias y, siempre que alguien se me acercaba, me llevaba instintivamente la mano a la cartera.) Todos me miraban perplejos sin atreverse a dirigirme la palabra pues, si bien mis ropas estaban manchadas de barro y los zapatos de lona destrozados, se veía, no obstante, que yo era un *sahib*, y además un *sahib* blanco.

Me refresqué la cara y seguí mi camino, esta vez más rápidamente. Estaba preocupado porque a esa hora, al romper el día, empezaba a animarse la circulación por la carretera. Casi todo el tiempo iba cabizbajo. Sólo me paraba cuando, entre palmeras o

en algún recodo de la carretera, podía divisar el río. El Ganges me proporcionaba un extraño consuelo, sabía que se dirigía al lugar del que yo había venido, a la ciudad de Maitreyi. Casi no me percataba del origen de mi dolor. No me preguntaba lo que dirían Harold o la señora Ribeiro. No tenía más que una sola alegría: que tal vez fuese Khokha a casa y, al saber que me había ido la víspera y no había vuelto, se lo dijera al ingeniero. Me gustaría que Sen creyese que había muerto, que meditase un poco sobre lo que había hecho.

Aquel día comí en un figón en las cercanías de Ramaghat. Comí arroz con curry y pescado hervido. Comí con los dedos, como un indio, para asombro y deleite de los demás comensales que, además, me habían oído hablar un elegante bengalí. Sólo mi aspecto les daba que pensar. Yo me veía completamente desaliñado, sin afeitarse, desgredado, con la ropa sucia y las manos negras.

Estaba empezando a olvidarme de mí mismo y eso me daba nuevos bríos para caminar. Lo hice hasta la puesta de sol sin encontrar ninguna aldea; en mi camino sólo me crucé con carretas de bueyes y algún camión desvencijado. El día fue de un calor tórrido, y me detenía en cada fuente para beber y refrescarme la cara. Al despuntar las estrellas me acosté junto a un gigantesco mango que crecía solitario al borde de una alberca abandonada. Los mosquitos estuvieron torturándome largo tiempo hasta que, vencido por el cansancio, me dormí y sólo me desperté ya bien entrado el día, molido y sin saber dónde estaba. Seguramente tendría un mal sueño, pues me desperté empapado y trémulo. Casi eché a correr carretera adelante. Fue un día de andar a la deriva, del que no recuerdo nada excepto que pregunté a un carretero dónde estaba y cómo podía llegar a una estación. Me envió a un apeadero cerca de Burdwan que encontré ya entrada la noche. El primer tren para Calcuta pasaba al alba y no se detenía allí. Tuve que subirme a uno de cercanías a media noche, en un vagón de tercera clase (pues no tuve valor para entrar en otro compartimento) con el que llegué a Burdwan.

Allí me deslumbraron y me asustaron las luces de la estación. Yo era como un enfermo al que sacan bruscamente de su sueño y se encuentra en plena batahola. Iba aturdido, no sabía a qué ventanilla tenía que dirigirme para comprar el billete de *interclass* (en esta ocasión me daba vergüenza meterme entre viejas y andrajosos que se apiñaban en la ventanilla de tercera. Vergüenza no por mí, sino por los angloindios e ingleses que había en el andén, que miraban mis ropas con suspicacia).

Esperé tiritando el rápido de Lucknow bebiendo té y tratando de reconstituir el principio de mi escapada. Tenía grandes lagunas y ese vacío de mi memoria me obsesionaba. «¿Me habré vuelto loco?», me preguntaba. Me decía que no debía pensar en nada. «Todo pasará, todo pasará», me decía. (Y desde entonces se me ha quedado ese estribillo, que ha llegado a convertirse en un auténtico hilo conductor de mi vida.)

En Howrah volvió a embargarme la emoción, temía encontrarme con alguien de Bhowanipore. (Recordé que habían hablado de marcharse a Midnapur y aunque eso me torturaba bastante porque me alejaba aún más de Maitreyi, también tenía su lado bueno, pues no corría el riesgo de encontrarme en Calcuta con Sen.) El taxi me llevó a casa justamente cuando la policía de Park Street comenzaba a hacer indagaciones para dar con mi paradero. La señora Ribeiro casi se desmayó al verme bajar del vehículo, con el salacot roto, con barba de cuatro días y las ropas destrozadas.

-¿Dónde ha estado, por Dios santo, dónde ha estado? South 1144 ha estado telefoneándole sin parar y ese chico, Mr. Chatterjee, Khokha, como le dicen allí, ha pasado por aquí un montón de veces a buscarle. Señor, Señor...

La dejé con la palabra en la boca y me fui a lavarme. Un baño era lo único que en ese momento deseaba. Harold llamó desde su despacho para preguntar si había noticias mías y cuando la señora Ribeiro le dijo que había venido y en qué estado, el muchacho

cogió un taxi para venir a verme rápidamente.

-¡Muy bien, tío, muy bien! -repetía estrechándome las manos.

Esa emoción suya me sentó bien y le di unas palmadas en la espalda. Él trató de consolarme.

-No es nada, *old man*. Ya pasará. ¿Pero qué te sucede? ¿Dónde has estado?

-Paseándome. Nada grave. Un simple paseo. ¿Y tú, qué tal? -dije sonriendo.

-Ayer vinieron las chicas alarmadas. Nos hubiese gustado improvisar algo en el barrio chino para celebrar que has escapado de las garras de los idólatras. ¡Bien, tío! ¿Pero qué te pasa? El negro ése vino a buscarte. Me parece que estaba algo enfadado. Empezó a fastidiarme y le dije que se largara. «Ahora es cristiano otra vez», le dije.

Khokha me llamó inmediatamente después de comer, desde una librería de Asutosh Mukerjee Road, donde tenía amigos. Me dijo a toda prisa que habían pasado cosas graves y que tenía que venir a verme sin pérdida de tiempo. Le dije que cogiera un taxi y lo esperé en el porche.

-¿Dónde has estado? -me preguntó.

-Ya te lo diré luego -le contesté con brusquedad-. Cuéntame qué hay de nuevo.

Muchas novedades. Habían querido casar a Maitreyi pero ella amenazó con contarle al marido la noche de bodas que se había acostado conmigo y pondría en evidencia a toda la familia, pues la repudiaría en medio de un escándalo y toda la ciudad se enteraría de su vergüenza. Al oírla, el ingeniero la abofeteó hasta que ella cayó, sangrando al suelo. Pero a él también le dio un ataque y tuvieron que llevarlo al hospital. Ya no ve nada. Tienen que operarlo mañana o pasado si se calma. Pero él está tan agitado que los médicos están preocupados. A Maitreyi la han encerrado en su cuarto después de que la señora Sen llamara al chófer para que la azotase con una vara delante de ella hasta perder el sentido. A Khokha le había pedido que hiciese lo mismo, pero él huyó. Chabú había intentado suicidarse con creolina. También está en el hospital.

Maitreyi me enviaba un sobre en el que apenas había tenido tiempo de meter una rama de adelfa en flor, en una de cuyas hojas había escrito a lápiz «Allan, mi último regalo». Me pedía que no me fuese antes de cinco días. No se había enterado de mi escapada; mejor así. Podría haber pensado que me había suicidado y quién sabe lo que habría sido capaz de hacer.

Yo lo oía como en sueños y trataba de convencerme de la gravedad y de las consecuencias de las noticias que había traído Khokha, pero sin entender prácticamente nada, excepto el hecho de que Maitreyi estaba sufriendo aún más y que estaba encerrada. Khokha me pidió que le mandase unas líneas pero recordé la promesa hecha a Sen y me negué.

-¿Para qué serviría? ¿Para qué serviría ahora? -dije con tristeza-. Que me olvide. Que me olvide durante tres o cinco años hasta que vuelva a ser mía.

De pronto me encontré delirando. Me eché a llorar como un estúpido y sentí que todo daba vueltas a mi alrededor.

-¡Ojalá pudiese amarla, ojalá! Pero no la amo.

Khokha me miró con una mueca de ironía.

-¡Ojalá la amara, ojalá fuera capaz de amarla! -dije aullando.

La señora Ribeiro vino alarmada y me preguntó lo que me pasaba.

-Ojalá amara a Maitreyi -le dije yo con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué no puedo amarla? ¿Qué le he hecho yo? ¿Qué tienen contra mí? ¿Qué tenéis contra mí?

*

Recuerdo que una mañana Maitreyi me llamó por teléfono.

-Adiós, Allan, amor mío. Volveremos a encontrarnos en la vida futura, cariño mío. ¿Me reconocerás entonces? ¿Me esperarás? Espérame, Allan, no me olvides. Yo sí que te espero. Ningún otro me tocará.

-Maitreyi, Maitreyi, Maitreyi -era todo lo que yo podía decirle.

Al séptimo día de mi partida de Bhowanipore me fui. Me marché tras haber pasado las dos últimas noches oculto frente a la casa de Maitreyi, espiando la luz de su habitación. Permaneció todo el tiempo a oscuras.

Chabú murió aquel mismo día.

XIV

Los meses que pasé en el Himalaya, en un bungalow entre Almora y Ranikhet, son demasiado tristes y sosegados para poderlos describir, consecuencia forzosa de mi amor y de mi separación de Maitreyi.

Llegué allí tras huir sucesivamente de Delhi, Simla y Naini Tal, donde me encontraba con mucha gente y, principalmente, con muchos blancos. La gente me daba miedo porque tenía que responder a su saludo, hablar de cosas que no me importaban y perder el tiempo. Esto me impedía estar todo lo solo que yo quería. Ahora la soledad era para mí consuelo y alimento. Me parece que muy pocas gentes de hoy han conocido una soledad más dura y desesperada que la mía. De octubre a febrero sólo vi a una sola persona: al guarda del bungalow. Sólo él podía entrar en mi habitación de madera, sólo con él hablaba una o dos veces al día, cuando me traía la comida o me cambiaba el cantarillo de agua. Pasaba todo el tiempo en el bosque, pues en los alrededores de Almora existen los bosques más hermosos de pinos que hay en el Himalaya y yo las recorría a lo largo y a lo ancho, proyectando sin cesar en mi mente la película de mi amor con Maitreyi, imaginándome un sinfín de acontecimientos, a cual más fantástico: que lográbamos ser felices y reunirnos en una soledad impenetrable a los demás o en la ciudadela muerta de Fatehpur-Sikri, o en alguna choza abandonada de la jungla.

Me pasaba el día contemplando este mismo sueño fantástico que a ambos, a Maitreyi y a mí, nos aislaba del resto de la gente. Hechos olvidados hacía mucho volvían a cobrar su lozanía y mi imaginación los completaba, los ahondaba y los ligaba entre sí. Detalles que antes no había tomado en consideración cambiaban ahora todo el campo de mi visión interior. Me fuese donde me fuese, la encontraba a ella, entre los pinos y abedules, sobre las peñas, en los caminos. Hasta tal punto vivía yo este cuento maravilloso, que cualquier llamada que viniese de fuera me asustaba y casi me causaba un daño físico. Sabía que también Maitreyi allí, en su celda de Bhowanipore, pensaba con la misma hondura, en nuestra vida juntos, en esta misma comunión de ilusiones que nos unía por encima de los acontecimientos, de la separación y de la muerte.

Cuando había luna, atravesaba el bosque hasta el arroyo del valle y me quedaba las horas muertas mirando correr el agua y diciendo «¡Maitreyi, Maitreyi!» hasta que me cansaba y oía mi voz cada vez más apagada, casi un susurro. Entonces volvía a mi casa por el mismo camino con una indecible paz en el alma, pues me parecía que Maitreyi había oído mi llamada, que el agua y el viento habían llevado mis palabras hasta ella. No sé si mi vida en completa soledad era o no real, pero era mi única posibilidad de supervivencia. Hacía mucho que ya no era el joven vigoroso y optimista que sabe lo que quiere y lo que puede, el europeo enamorado de la técnica y con alma de pionero que un día desembarcó en la India para llevarle la civilización. Ahora todo me parecía vano y sin sentido. Todo, salvo aquellos pocos meses de amor y de desdicha. Pues no sufría sólo porque me habían separado de Maitreyi, sino también por la falta cometida contra quien había sido mi benefactor, contra una madre sin igual, contra la vida de la pequeña Chabú a la que, sin duda, yo había precipitado a la muerte. Todas estas certezas me impedían respirar libremente. Tenía que aletargarlas, narcotizarlas con un sueño cada vez más fuerte, en el que no existieran ni muerte, ni pecado, ni separación.

Leía una y otra vez mi diario, pero nunca tuve el valor de acercarme al 18 de

septiembre. Además, aquel día estaba, en cierto modo, enterrado para mí. En un grueso sobre había metido los distintos billetes de Maitreyi, las cartas del ingeniero, la de Chabú, el ramo de adelfas, una horquilla para el pelo, varios trozos de papel con notas manuscritas de Maitreyi (la mayoría databan de los días de nuestras clases de francés), en una palabra, todos los vestigios de aquel episodio decisivo de mi juventud. Seguidamente lo lacré. (Hace unos días abrí ese sobre, al escribir los últimos capítulos. ¡Qué de cosas deprimentes podría decir sobre reliquias y recuerdos!) Especialmente me gustaba leer los preliminares de mi amor, burlarme de mi ingenuidad, de mi fatuidad sentimental que durante tanto tiempo me había hecho vivir una ilusión.

Ni escribía ni recibía cartas. Una o dos veces al mes, el guarda del bungalow iba a NainiTal por provisiones que no podía encontrar en las aldeas del valle y entonces aprovechaba yo para enviar unas líneas a mi banco, por cuestiones de dinero, o un telegrama a Harold para informarle de que aún estaba *vivo*.

En Navidades me llevé una sorpresa que me hizo ver lo mucho que todavía estaba ligado a mi pasado y lo peligrosa que sería la vuelta a Calcuta. A través del banco, Khokha logró enterarse de mis señas en NainiTal (la lista de correos) y me escribió. Cuando vi mi nombre en el sobre que me trajo el guarda, casi no podía creer que me lo hubiesen mandado a mí. Tenía la sensación de que aquel Allan hacía ya mucho que no existía, que lo había dejado abandonado por alguna parte. Eché el pestillo a la puerta y leí palpitante la carta de Khokha, como si hubiese estado delante de Maitreyi o de sus padres. Me decía que la familia había pasado un mes en Midnapur, de donde la propia Maitreyi me mandaba unas líneas escritas en trozos de periódico y de carteles de estación, acompañadas de humildes florecillas campestres recogidas, seguramente, durante sus paseos vigilados por las afueras del pueblo. Comprendí que Maitreyi había sufrido demasiado para seguir conservando una imagen humana de mí, mi imagen real y carnal. Ahora ella se había forjado otro Allan, toda una mitología extraordinaria e inaccesible que nutría sin cesar para elevarla cada vez más hasta lo irreal. Me escribía: *¿Cómo podría yo perderte a ti si tú eres mi sol, si tus rayos me calientan en este sendero de campo? ¿Cómo podría olvidar al sol?* En otro trozo de papel me llamaba *sol, aire, flores. ¿Acaso no estoy besándote ahora al besar a este puñado de flores que aprieto contra mi pecho?* O bien: *Por las noches, tú vienes hasta mí, como yo iba antes a nuestro nido de amor de Bhowanipore. Pero yo iba como mujer, pues tú me habías hecho mujer, mientras que tú ahora vienes como un dios de oro y piedras preciosas. Y te adoro pues tú eres mucho más que mi amor, tú eres mi sol y mi vida.*

Entonces pensé en lo extraño de aquella evasión a la categoría de mito, lo dolorosa que me resultaba esta idealización continua que me transformaba de hombre en dios, de amante en sol. Por mi parte, yo había descubierto los sueños, pero en ellos encontraba a la misma Maitreyi de Bhowanipore y la estrechaba en mis brazos con el mismo ardor varonil. Mis sueños, por fantásticos que hubiesen sido, proseguían aquella vida que llevamos juntos y el mismo amor que compartimos, completándolos y perfeccionándolos. Pero la idealización de Maitreyi me había transformado, hacía mucho, en imagen, en idea, y yo, un ser de carne y hueso, con todos mis defectos y mis pasiones, no me veía en su «sol» ni en sus «flores», como me habría gustado.

Leí la carta con cierta turbación de espíritu. ¿Por qué se alejaba Maitreyi de mí? ¿Por qué me suplicaba que la olvidase para poder encontrarla en una vida futura? ¿Qué me importaban a mí la vida futura y todos sus dioses?

Lo que yo anhelaba eran cosas concretas, de la vida inmediata, del presente. A mí lo que me torturaba era precisamente el recuerdo de su carne, ni más ni menos lo que había de vivo, de inmediato y de insustituible en su cuerpo. A esa Maitreyi, en cuerpo y alma, era a la que yo deseaba, a la que veía diariamente en la película de mis sueños. Yo no quería, bajo ningún concepto, desaparecer en su amor y ser sustituido por una idea o por un mito. No quería consolarme con un amor eterno y celestial; mi amor exigía

realidades, vida terrenal, y no una pareja angelical.

Khokha me dio también otras noticias: la operación del ingeniero no había salido muy bien y había de permanecer todavía seis meses más de baja médica. La señora Sen había perdido el color y ahora tenía cara de santa. Maitreyi había adelgazado de manera preocupante y rechazaba con terquedad cualquier propuesta de matrimonio. Desde que volvió de Midnapur me llamaba continuamente por teléfono a Royd Lane y creía que le mentían, que yo sí que estaba en Calcuta pero que no quería verla. En cierta ocasión, él, Khokha, fue a la pensión y la señora Ribeiro se le quejó de que no sabía nada de mí, que me había ido para dos o tres semanas y habían pasado ya tres meses sin que hubiese dado señales de vida, salvo los telegramas enviados a Harold. Que el ingeniero había echado de casa a Mantu por haber sido insolente con la señora Sen y ahora el pobre muchacho lo estaba pasando francamente mal, ya que tenía que pagar las deudas contraídas para la boda y estaba viviendo separado de Lilu, ella con sus padres, y él en una residencia de estudiantes donde únicamente comía pan y té para pagar lo antes posible sus deudas y poder volver a vivir con Lilu.

Khokha terminaba la carta preguntándome cuándo tenía pensado regresar y suplicándome que no malograra mi carrera ni que hiciera polvo mi juventud por una simple aventura de amor. Todo el mundo pasa por este tipo de avatares. Y lo que hay que hacer es salir más reforzado, más animoso y no retirarse a un rincón perdido de las montañas. Eso no es una solución, concluía Khokha. Por lo tanto, ¿cuándo regresaba?

Eso mismo me preguntaba yo. No podía hacerme a la idea de volver a vivir en Calcuta. Además, tampoco sabía lo que podría hacer allí, pues ya no tenía trabajo, en la empresa tampoco me habían dado ningún certificado y por nada del mundo estaba dispuesto a ir allí para obtenerlo. Tenía el suficiente dinero ahorrado para poder vivir todavía un año en mi retiro. ¿Y después qué? Volvería a empezar desde el principio, me iría más lejos, a Java, por ejemplo, y allí le echaría valor para empezar una vida nueva. Pero estos pensamientos no eran más que eso: simples pensamientos. Y es que no podía imaginarme separado de la India ni me veía desempeñando una actividad laboral otra vez. Cualquier actividad, cualquier ambición, cualquier meta, me parecían tan inútiles que simplemente el recordarlas me sumía en una honda postración. Estaba en el porche del bungalow, cuando ya no había nadie, contemplaba el bosque de pinos y me preguntaba si acaso podía haber algo mejor. ¿Podía haber algo mejor que ese bosque al que nadie le pregunta por qué crece ni a quién le descubre su incomparable belleza? Desearía ser un tronco de árbol flotando lenta y mansamente por las aguas del Ganges. No sentir ya nada, no recordar nada. ¿Acaso no podría tener un sentido existencial esa vuelta al estado mineral, convertirse en cristal de roca, por ejemplo? Ser un cristal, vivir y difundir la luz como un cristal...

Una sarta de preguntas estúpidas, sin ninguna ligazón con la filosofía, se me pasaban entonces por la cabeza. No me había traído ningún libro y meditaba al azar sobre cualquier cosa que me consolara o me gustara. Siempre en silencio, hablaba mucho con gentes que me forjaba en la imaginación, todas parecidas a mí pero mucho más profundas, más briosas y más libres. Suspiraba por la libertad como jamás creo que ningún prisionero lo haya hecho. Me sentía atado por todas partes. En mi mente tenía zonas prohibidas, por ejemplo, la de antes y después del 18 de septiembre.

*

A principios de febrero, en plena medianoche, llegó una desconocida que despertó al guarda para pedirle una habitación, pero se expresaba de modo tan ininteligible que el pobre hombre vino a pedirme que lo sacara del apuro. Salí echándome por encima la

capa himalayana de piel que me daba el aspecto de un montañés mongol. En una hamaca del porche se había echado, rendida, una mujer a la que, en un primer momento, sólo alcancé a verle el pelo rubio y unas manos más bien grandes con las que se apretaba contra el cuerpo una raída trinchera. No hablaba más allá de unas cuantas palabras en indostaní y se transfiguró de alegría en cuanto me vio. Estaba jadeante y en el patio había un mozo con el equipaje. Habían venido andando desde Ranikhet después de haber errado varias veces el camino y les fue menester atravesar el arroyo para llegar hasta el bungalow. Todo esto me lo contó en medio de gran nerviosismo pues, por lo que pude colegir, había tenido un desagradable incidente en Ranikhet y partió de allí a la caída de la tarde. Se llamaba Jenia Isaac y era de Ciudad del Cabo, en África del Sur. Llevaba varios meses en la India recorriendo el Himalaya a la búsqueda de un monasterio donde quisieran acogerla. Desde el primer momento me dio la impresión de ser una persona arrebatada, fría y lúcida, cuyo arrebató se debía más a un desengaño que al ansia por conocer algún tipo de verdad. Cuando el guarda encendió el farol grande la miré más de cerca. Bastante joven, inexpresiva, cara redonda, ojos azules, voz de niña que contrastaba con un cuerpo bien formado, alto y fuerte, brazos robustos y ancho pecho. Vestía de un modo raro, con una indumentaria colonial curiosamente adaptada a un viaje por las montañas. Estaba tan helada que el guarda tuvo que hacerle mucho té que ella sorbía con avidez hablando sin cesar, interrogándome como si viera en mí algo sospechoso. En cierto modo, esta inoportuna visitante estaba empezando a fastidiarme, pero me tranquilicé al saber que dos días más tarde se iría a Maikhali, pues quería llegar hasta Badrinath. Hasta allí había un largo trecho, treinta días de viaje. Sonreí al oírla, pues las cumbres todavía estaban completamente heladas, los senderos cubiertos de nieve y, además, el camino a Badrinath no pasaba por Maikhali sino por Hardwar. Le di toda clase de aclaraciones aconsejándole que fuese a Kotwara, de donde podría tomar el tren hasta Hardwar. Me preguntó si yo iba a alguna parte o si pensaba quedarme más tiempo allí. Me disgustaban todos esos intentos de penetrar en mi alma, de conocer mi presente y de adivinar mi pasado. Le respondí cortante y seco que no sabía qué iba a hacer, que por ahora me quedaba allí porque era un lugar poco frecuentado por los caminantes y porque me sentaba de maravilla el aire de los pinares.

Al día siguiente salí de madrugada, siguiendo mi costumbre. Bordeé la montaña, me bañé debajo de una peña, comí unas tortas de miel y regresé por la noche. El guarda me dijo que *mem-sahib* estaba enferma y había preguntado por mí. ¿Cómo lo habrá podido deducir él?, pensaba yo divertido, al recordar el simulacro de indostaní que hablaba Jenia Isaac. Llamé a la puerta y me respondió una voz alterada por la fiebre. Eso me contrarió, pues la idea de tener que permanecer cerca de una enferma, y encima blanca, me resultaba insoportable. Tenía fiebre y escalofríos pero estaba bastante animosa. Me pidió que le escribiese una lista de palabras corrientes en indostaní y que le preparase una taza de cacao, ya que el guarda no sabía. No estaba en absoluto impresionada por hallarse enferma allí, en las cumbres de las montañas, sola, sin conocer el idioma y sin esperanza de ayuda. Me dijo que llevaba cosa de tres semanas con fiebre y que casi se muere en casa de un butanés cerca de Almora, pero que no tenía miedo. Le pregunté de sopetón qué le había llevado a venir a la India; enrojeció ligeramente y me dijo:

-¡Quiero encontrar lo absoluto!

Tuve que contener un estallido de risa. Renacía de pronto en mí el sentido del humor gracias a la respuesta de la desconocida, pero eso me entristecía y me desasosegaba. Suponía que ninguna emoción ni el sentido del ridículo podían impresionarme ya. Creía que me había vuelto insensible y que las proporciones y matices me dejaban indiferente; pasaba junto a ellos como el que pasa junto a una piedra. Pero la seriedad de Jenia al hablar de «lo absoluto» me devolvió, de repente, a un mundo de farsa y de estupidez, de trapacerías y de sueños, de ridículo y de drama. Un mundo en el que yo había vivido durante tanto tiempo...

Con gran dificultad conseguí cambiar de conversación y le pregunté su opinión sobre Gandhi y el movimiento nacionalista indio. Es algo que hago siempre que quiero mantener a distancia a alguien del montón. Jenia me reconoció que, aunque súbdita inglesa, pertenecía a una familia de judíos finlandeses establecidos desde finales del siglo pasado en el sur de África, no podía soportar la hipocresía de los blancos, que había venido aquí decidida a olvidarlo todo y a entrar en un *ashram* para buscar la verdad, la vida y la inmortalidad. Yo la escuchaba sin mover un músculo de la cara, le oía toda la sarta de prejuicios sobre la India faquirica y mística, todas las tonterías de los libros de Ramacharaka y toda la seudocultura que circula por las ciudades anglosajonas. Notaba que había estado sola mucho tiempo y que tenía ganas de hablar de todo, feliz de haber encontrado una persona que la escuchase y «la entendiese». No se cortaba haciéndome confidencias, me contó que tenía cuatro hermanas, que era violonchelista en la Orquesta Municipal de la Ciudad del Cabo, que había dado conciertos en Johannesburgo, que ganaba cuarenta libras mensuales pero que no se llevaba bien con su familia («unos burgueses que sólo querían casarla») y entonces se retiró a una granja de los alrededores adonde regresaba cada noche después del concierto con un cochecito comprado exclusivamente con sus ahorros.

Habría seguido contando más y más cosas si yo no hubiese pretextado que era muy tarde para seguir estando en su cuarto y, tras preguntarle si deseaba algo más, me retiré, no sin antes darle un sobrio apretón de manos y desearle un rápido restablecimiento.

Aquella noche estuve un buen rato pensando en la ilusión de ese «absoluto» que buscaba la pobre instrumentista y sentí una inmensa pena al reparar en que había abandonado un hogar y una libertad en un país civilizado sólo porque había leído los libros escritos por aquel farsante inglés bajo el seudónimo de Ramacharaka. (Después me enteré de que la misma lectura de esos libros, «que le habían revelado otro mundo más allá de los sentidos», había estado llena de peripecias y misterio. Una vez vio en sueños el nombre de una librería que no conocía. Al día siguiente mismo, su automóvil sufrió un accidente en una calle poco habitada y, cuando levantó la vista, ¡comprobó que se hallaba frente a la librería del sueño! Entró y encontró en un estante un montón de libros de teosofía, ocultismo y yoga pero compró solamente los libros de Ramacharaka, que le aportaron la «revelación de la India».)

Durante dos días no pude dar mis largas caminatas ni entregarme a mis ensoñaciones ni meditar como solía desde hacía tantos meses porque Jenia todavía estaba enferma y me necesitaba a su lado casi a cada momento. Finalmente advirtió que estaba empezando a resultarme fastidiosa, pero estaba tan sola y era tan desgraciada, que se tragaba el orgullo y mandaba continuamente al guarda a buscarme, inventando cualquier excusa. Durante las largas horas que le hacía compañía seguía haciéndome confidencias, como si le resultara imposible comunicarse espiritualmente conmigo antes de contarme su vida y milagros y de descubrirme todos los recovecos de su alma. Ella creía ser distinta a sus contemporáneos, aunque lo cierto y verdad era que vivía en un permanente bovarismo, nutriéndose de ideas nobles y verdades con mayúscula. De esta manera, Jenia me reveló su repugnancia por el mundo, por la sociedad, por la familia y por el amor; me contó sus infinitos sufrimientos hasta encontrar la libertad en la renuncia a todo. Lo más duro había sido separarse de la música y del arte. Sobre el amor, tenía unas ideas demasiado rudimentarias para que pudieran representarle un quebradero de cabeza. Nunca había estado enamorada y el joven de quien una vez creyó estarlo terminó casándose con otra. Entonces comprendió que lo que había tomado por amor no había sido más que una ilusión. Quiso pasar por la experiencia del amor total antes de renunciar a esta vida efímera para buscar lo absoluto. Así las cosas, dos semanas antes de dejar África se dio a un compañero, un alemán muy simpático, excelente bailarín, que una vez le había tirado los tejos y que se negó a creerla cuando le dijo que era virgen. El comportamiento del muchacho, brutal o desmañado, le dejó una definitiva sensación de repulsa por el contacto carnal con los hombres. Es más, estaba

encantada de que la vida que se disponía a llevar le impidiese amar y ser amada. Había llegado a tener a todos los hombres por brutos, cerdos o imbéciles. Los únicos merecedores de consideración son los que renuncian a «los placeres» del mundo, o sea los anacoretas, los filósofos y los místicos. En la cabeza de Jenia se agolpaban una mezcla de sandeces, desengaños sentimentales y prejuicios de mujer (el culto al «hombre superior», al «hombre solitario», el aislamiento, la aventura o la renuncia).

Oírla casi me producía espanto, pues desde que me había retirado a las montañas, había conseguido meditar sobre las cosas abarcándolas en su totalidad, considerando una idea desde todos los ángulos y en todas sus implicaciones. Por este motivo, aunque fuese sin querer, me hacía sufrir la sustancia híbrida e incongruente que empapaba la conciencia de esa muchacha a la búsqueda de lo absoluto.

Siempre que volvía a mi aposento consignaba en el diario mis juicios e impresiones, pues me parecía que la presencia de Jenia era algo más que un acontecimiento casual. Representaba mi propio contacto con un mundo y un modo de pensar del que ya me había sustraído. A la semana de llegar ya se había restablecido, aunque no se había marchado. Mientras tanto, yo había cambiado por completo mi actitud hacia ella. Donde al principio me aburría y me fastidiaba, ahora me interesaba como espectáculo, como medio de comprobar determinadas cosas. La primera, referente a nuestro mundo blanco y europeo que había abandonado y al que, antes o después, tendría que retornar. La segunda, mucho más trascendental, se refería a mi propia vida y a mi propia juventud.

He de reconocer que casi me asusté cuando, al sorprender en cierta ocasión a Jenia semidesnuda en su aposento, no tuve la menor alteración y la miré como a un objeto cualquiera. Aquella noche me devané los sesos preguntándome si mi amor por Maitreyi, el tremendo choque de la separación y la soledad no me habrían producido una desgana sexual, si no habrían hecho de mí un ser impotente, sentimental y miedoso. Si me había retirado del mundo porque no podía enfrentarme a él y si mi decisión de renunciar al amor y a la mujer se debía a que ni el uno ni la otra me tentaban ya. Pasé horas de horrendo pavor pensando si me había convertido en un simple desecho con reacciones de autómatas y marcado para siempre con el sello de la primera derrota. Reconozco que el mundo, con sus mujeres e ilusiones, con sus luchas y realidades, ya no me interesaba. Pero anhelaba saber si todo eso podía interesarme todavía. ¿Acaso mi apartamiento y mi repugnancia se debían a que *tenía* que actuar así? ¿Es que ya no era libre para elegir?

Volví a contemplar a Jenia y no sentía frente a ella la menor turbación ni me provocaba un pensamiento de pasión. Me faltaba libertad mental. Entonces me dediqué a acecharla, a obligarla a ser femenina como, sin duda ninguna, lo habría sido antes de marcharse de Ciudad del Cabo. Pensaba que así lograría atraerme. Y si ella me demostraba que mi virilidad no había muerto, que yo seguía siendo el mismo, con mis miserias, mis pequeñeces y mis pasiones, entonces podría retirarme del mundo, sería libre para elegir la senda a seguir, libre para hacer lo que fuera, justamente porque podría hacer lo contrario.

Es cierto que Jenia se mostraba a veces muy femenina conmigo. Solía perorar sobre teosofía y «los secretos del centro del Tíbet» (pues tenía un sinfín de mitos en los que creía a pie juntillas). Hablaba con los ojos entornados, la voz levemente velada, en tono de misterio; otras veces, por el contrario, se reía muchísimo, me servía muy afectuosa una taza de chocolate, se ponía polvos (había renunciado al maquillaje y al carmín al llegar al Himalaya), y pugnaba por sonsacarme la razón de mi soledad y el sentido de la sortija de piedra negra que llevaba.

Es curioso lo mucho que pensaba en Maitreyi al contemplar a Jenia y hablar con ella. Siempre la tenía en mi mente, sólo a ella. A menudo me imaginaba abrazando a cualquier otra mujer, a Jenia, por ejemplo, y me sorprendía de lo imposible de tal imagen, de lo irreal que me parecía cualquier otra aventura amorosa. Decididamente, yo

amaba con locura a Maitreyi; hasta tal punto su recuerdo anulaba cualquier otra presencia extraña, que llegaba a preguntarme si el estar viviendo en mis carnes un pasado todavía duradero no resultaba degradante. Me preguntaba qué sería de mí el resto de mi vida, si no iba a repetir la historia de Eloísa y Abelardo. Quería volver a sentirme libre, comprobar de una vez por todas mi libertad, para poder amar a Maitreyi sin temor a sentirme expulsado de la vida. Me resulta muy difícil explicar aquí todos aquellos oscuros sentimientos que me incitaron entonces a emprender una nueva experiencia, a romper mis cadenas. Tal vez ni yo los entienda. Es posible.

Jenia había decidido marcharse un lunes por la mañana e incluso mandó recado a Ranikhet para que viniese un mozo de cuerda. Tres días antes había estado muy insinuante, aprovechando inocentes palabras mías para reír de forma significativa, quejándose de que renunciaba a una vida que no conocía, que sólo le gustaría tener una única experiencia, que no había nada en el amor que mereciera repetirse, etc. Yo disfrutaba muchísimo con esa vuelta a su feminidad. El sábado por la noche hubo una «luna maravillosa» y, como yo tenía ganas de charla, de comprender lo que me estaba pasando, por qué callaba tantas cosas y me escondía con afán, nos quedamos los dos en el porche y le conté de cabo a rabo el episodio de Maitreyi.

Hacia la media noche empezó a hacer frío afuera y entramos en su aposento para terminar mi relato y tomar un té. Cuando acabé de contárselo todo y le resumí la carta de Khokha y mi decisión de olvidar a Maitreyi para no hacerla sufrir (yo no comprendía lo que eso podía significar pero la frase sonaba muy bien y se la dije. Sorprendentemente, yo que solía ser de una sinceridad que a veces resultaba estúpida, aquella noche me dio por hacer un poco de teatro). Jenia se quedó muy triste, silenciosa, y con una lágrima asomándole en la comisura de los párpados. De pronto, le pregunté por qué lloraba. No contestó. Me acerqué a ella y le cogí las manos, le repetí la pregunta y le apreté el brazo. Seguía callada. Entonces acerqué mi cara junto a la suya, nuestro aliento se confundía y le pregunté otra vez en voz muy baja e insinuante. Dio un largo suspiro, cerró los ojos, me rodeó los hombros con sus brazos y me besó en los labios con ardor salvaje. Sentí una extraña alegría al ir a echar el pestillo a la puerta.

*

Parece que lo escrito en las últimas páginas no tiene nada que ver con la historia de Maitreyi. Sin embargo, es su propia continuación. En Maitreyi pensaba al abrazar aquel cuerpo rubio y robusto de judía finlandesa. A Maitreyi buscaba en cada uno de mis besos, de ella quería zafarme, a ella quería olvidar. La buscaba y la ahuyentaba. Pedía en mi interior un detalle, uno solo, que me la recordase pero, al mismo tiempo, sabía que encontrarlo en ese cuerpo blanco sobre el que el amor había pasado sin detenerse, me haría estremecer de angustia y de asco.

¿Quería olvidarla de verdad o demostrarme que sólo a ella la quería y que cualquier otro amor sería inútil? No sabía si era un simple experimento o la primera huida, la primera caída en el fango. No podía creer que cosas así pudiesen olvidarse nunca. No podía creer que yo fuera igual a los miles y miles de mortales desgraciados que aman, olvidan y mueren sin considerar que haya nada eterno y definitivo. Sólo unas pocas semanas antes me sentía tan ligado y seguro en mi amor por Maitreyi... ¿Acaso la vida es toda ella una farsa semejante?

Me hacía esas estúpidas preguntas porque me daba miedo constatar la tremenda solidez de mi amor por Maitreyi. Sin duda ninguna, los abrazos de Jenia me repugnaron profundamente. Estoy seguro ahora de que pasará mucho tiempo hasta que pueda tener

de nuevo el valor de acercarme a una mujer y eso sólo si las circunstancias cambian. ¡Es a Maitreyi a quien amo, solamente a ella! Me rechinaban los dientes inventando todo tipo de caricias que hacían enloquecer a la inocente Jenia, pero que a mí me excitaban aún más, pues lograban embrutecerme todo lo que quería, no conseguían borrar, de la memoria viva de mis sentidos, el recuerdo de la otra, de la única, de Maitreyi.

-¿Por qué has caído en mis brazos? -le pregunté.

-Porque quería que me amaras a mí como a Maitreyi -me dijo mirándome con sus inexpresivos ojos azules.

Me quedé mudo. ¿Era posible tanto anhelo de ilusión, tanto deseo de amor?

-Cuando me contabas todo lo que amabas a Maitreyi, yo pensaba en mí, en lo sola que estaba y en lo infeliz que era, y me vinieron ganas de llorar.

Creo que comprendió que yo nunca podría amarla, ni siquiera físicamente. Al rayar el día salí de su cuarto extenuado, terriblemente lúcido, mientras ella se quedaba en la cama revuelta por el espasmo de todos mis intentos de olvidar a Maitreyi.

El lunes la acompañé hasta el arroyo que atraviesa el bosque de pinos. ¿Por qué Dios la puso en mi camino? Jenia Isaac, ¿nos volveremos a ver algún día?

*

Volví a quedarme solo, asqueado, idiotizado, tratando de entender qué me había pasado, pugnando por volver a mis dulces sueños con Maitreyi. Jamás lograré escribir todo lo que se me pasó entonces por la cabeza, en las largas semanas que siguieron a la partida de Jenia. Guardo un recuerdo confuso de mis insomnios y de la inanidad de los días.

Después, todo se fue en un santiamén. Una mañana me desperté algo más temprano y miré sorprendido el sol ante mis ojos, la luz, el verdor. Me había librado de un peso aplastante y homicida. Tenía ganas de cantar y de correr. No sé cómo pasó. Algo había bajado hasta mí y había invadido todo mi ser.

Entonces regresé.

XV

Me he pasado todo el santo día buscando trabajo en los despachos del muelle. La promesa de B. de conseguirme un puesto de traductor de francés en el consulado no cobra realidad. Aún me quedan cien rupias, aunque hay mucha gente que me debe dinero. Harold se porta muy mal. Le he pedido que comparta su habitación conmigo, pues el día 15 de este mes tengo que mudarme, y se niega por una razón ridícula: ¡que ya no soy cristiano! ¡Que no puede dormir con un idolatra! Lo cierto es que ya lo sabe todo: que no tengo dinero ni esperanzas de ganar un buen sueldo. La señora Ribeiro, que ve mi camisa sucia, ha olvidado ahora todo el bien que le he hecho a pesar de mis estrecheces. Apenas me invita a un té cuando voy a visitar a Harold. Ya no me queda nada que vender. Tan sólo tengo seis o siete camisas. Día deprimente. Mucho tedio, demasiado.

Encuentro con Khokha. Me trae una carta de Maitreyi. Me niego a recibirla. Le digo que he dado mi palabra al ingeniero (¿de verdad se la he dado? Ya no me acuerdo). Khokha sostiene que Maitreyi me suplica que nos veamos una vez, sea en el parque de Bhowanipore o en un cine. Quiere telefonarme. Me niego a todo, con obstinación, aunque con un dolor atroz ¿Qué sentido tiene volver a empezar cuando el final será siempre el mismo: lágrimas y locura?

-¡Dile que me olvide! Allan ha muerto. ¿A quién espera ahora?

Pienso si existe alguna locura que yo pudiese cometer y que me devolviese a Maitreyi para siempre, pero no encuentro nada, no se me ocurre nada. Huir con ella por esos mundos... ¿Pero cómo raptarla? ¿Cómo podría volver a penetrar en ese Bhowanipore vigilado por Sen? Quizá haya algo más; tal vez yo no la merezca ya. No sé nada, nada. Quisiera que me olvidara, que no sufriera más. Nuestro amor ha terminado.

Desde ayer a la mañana me telefona cada dos por tres. «¿Dónde está Allan? ¡Quiero hablar con Allan! Dígale que se trata de algo urgente, de Maitreyi, de su novia». La señora McTire termina por enfadarse.

-¡Allan, termine de una maldita vez con esa puerca negral

Me dan ganas de partirle los morros de un puñetazo, pero sonrío. En mí hierve una furia salvaje. Quiero sufrir así, más aún, hasta que no pueda más y caiga de rodillas diciendo «¡Basta ya, Señor!»

Por la noche, en casa de Geurtie. Es una buena chica, admirable, esta Geurtie. Le digo:

-Chica, estoy pasándolo muy mal. No tengo trabajo.

Y por debajo de la mesa me da un billete de diez rupias.

-Déjalo, Allan, ¿cuántos como éste no te has gastado tú conmigo? ¿Qué quieres beber?

-Whisky, whisky, porque sólo así es como uno empieza a olvidar.

-¿A olvidar qué? ¿La pobreza o el amor?

-A olvidar el día, Geurtie. Es terrible vivir solamente de día, no encontrar nunca la noche, no dormir nunca. ¡Qué día tan largo, Geurtie, qué día sin fin!

Esto sí que no me lo esperaba. Resulta que he terminado por ser amado y, Señor, Señor, haciéndole el amor a Geurtie. Se me entregó así, por las buenas, cuando fui a su casa para cenar decentemente y para pedirle que me prestase un pijama. Llevo un montón de tiempo durmiendo con pijamas ajenos. Y de pronto me veo durmiendo en su cama. ¡Esta vida es una auténtica maravilla, lo juro!

-¡Tú eres mi niño querido! -me dice mimosa.

Soy completamente insensible. Como si me hubiese dicho que huelo a agua de colonia. Me quedo igual. Pero como este último tiempo, desde que tengo hambre, me he vuelto un cobarde, no digo nada sino que yo también la mimo: «¡descarada, descarada!», le digo, y eso le encanta sobremanera. Se marcha al trabajo a las diez, pero no sin antes prepararme el desayuno y comprarme cigarrillos ¡State Express 555! ¡Cuánto tiempo sin fumar unos cigarrillos tan buenos...! Quiero marcharme de la pensión, le cuento mis problemas con la patrona y me invita a vivir en su casa.

-¿Qué me importa a mí la gente? -me dice con un mohín de desprecio.

No esperaba tanto valor en una eurasiática. ¡Y yo que creía que sólo le interesaba el dinero! (Además, sé que tiene dos tipos bien forrados, dos bara-sahib.) Me confiesa que estaba enamorada de mí desde el primer día. ¡Y yo sin enterarme!

Nada más terminar de hablar por teléfono con B., vuelve a sonar. Reconozco aterrado la voz de Maitreyi.

-¡Allan! ¿Por qué no quieres hablar conmigo? ¡Allan!, ¿me has olvidado?

Cuelgo el teléfono, y agarrándome a los muebles, vuelvo casi a rastras a mi cuarto. ¡Dios santo!, ¿es que no podré olvidar? ¿Por qué no se apaga de una vez esta brasa absurda y estéril? Quisiera hacer algo que repugne a Maitreyi, que la obligue a olvidarme. Porque nunca podremos ser el uno para el otro. Me iré a vivir con Geurtie y le encargaré a Khokha que se lo cuente todo a Maitreyi.

Negociaciones con la Burma Oil Company. Necesitan un agente fluvial. Creo que yo entiendo de eso. No tengo más remedio. Por la tarde he pasado por la Biblioteca del Instituto Técnico para ver qué es eso de agente fluvial. La policía ya se ha interesado por mí dos veces. A los parados los mandan a Europa. Esto significaría para mí la más cruel de las derrotas, la expulsión. Geurtie me ha dado otras veinte rupias. Con lágrimas en los ojos, pobrecilla.

Revolviendo entre viejos papeles me he encontrado con la carta que le mandó un desconocido a Maitreyi el día de su cumpleaños, junto a aquellas magníficas flores. Me reconcome el deseo de saber lo que pone y, como mi bengalí es muy rudimentario, le pido a un farmacéutico vecino que me la traduzca. Mi inolvidable luz, hoy no puedo venir a verte. Yo a ti no puedo verte nunca sola, para mí nada más, como te tuve una vez en mis brazos, aquel día...

No puedo seguir transcribiéndola. Me roen unos celos locos, bestiales. Me entran ganas de morder la mesa. Me gustaría que ahora me telefonease Maitreyi. Santo Dios, ¿cuánto tiempo llevo engañándome? ¿Cuándo cometí el error? ¿O es que todo el mundo tiene siempre razón?

Hace mucho que no escribo mi diario. Espero terminar rápidamente con la India. Me han prometido algunas ofertas seguras, aunque sin contrato anticipado, para Singapur. Todavía no sé lo que voy a hacer allí, pero veo que me están preparando un anticipo para el viaje. No se lo he dicho a nadie. Ya he presumido bastante de haber encontrado un buen trabajo.

Con Harold he roto definitivamente. Si Clara no hubiese estado allí lo habría tumbado de un puñetazo. Tengo unas ganas locas de pelea. Por culpa de ese incidente, Geurtie se ha peleado con Clara. Desde que estoy viviendo con Geurtie todos nos toman por los «esposos» más felices (no sé quién les ha metido en la cabeza que nos hemos casado «en secreto»). El hecho es que Geurtie sabe la verdad: que estoy enamorado locamente de Maitreyi y que me he mudado a su casa sólo por vengarme. (Todo eso son historias: me he cambiado porque no tenía dinero para comer.)

Khokha me ha buscado innumerables veces. He dejado recado de que no lo dejen pasar. Me manda cartas que leo a medias, pues están escritas en un inglés horrible. Me dice que Maitreyi ha decidido hacer una locura para que la echen de casa y venir, después, a buscarme. Me estremezco ante ello. Por esa razón evito tenazmente cualquier pensamiento que me acerque a Maitreyi. Khokha me cuenta que sería capaz de entregarse a un desconocido con tal de que la echasen de casa y poder reunirse conmigo.
Literatura.

*

He visto a J., sobrino de la señora Sen, que ha venido aquí contratado por una gran empresa tipográfica. Alegría, abrazos, recuerdos. Es el primer conocido al que veo aquí, en Singapur. Lo invito a comer y al tercer cigarrillo me dice muy serio, mirándome a los ojos.

-Allan, ¿sabes que Maitreyi ha estado muy enamorada de ti? Todo el mundo se ha enterado de ese amor.

Quiero hacerle callar pues, si bien me gusta encontrarme de vez en cuando con gente de aquellos lugares, luego me resulta imposible oír sus comentarios de compasión sobre nuestro amor. Ya sé que han trascendido muchas cosas. ¿Pero de qué sirve todo eso ahora?

-No, no -insistió-. Te voy a contar cosas muy tristes.

-¿No habrá muerto? -me asusté-. (Aunque no podía creer en su muerte, pues sé que, si Maitreyi muere antes que yo, algo me lo revelaría inmediatamente.)

-Mejor sería que hubiese muerto -añadió J. supersticioso-. Ha hecho algo ignominioso. Se ha acostado con un comerciante de frutas.

Me daban ganas de aullar, de reír. Sentía que si no me asía bien a la mesa perdería el conocimiento. J. observaba el cambio de mi semblante y me consolaba.

-Ha sido un golpe terrible para todos. La madre está medio loca de dolor. Maitreyi se ha ido a Midnapur a dar a luz, aparentemente en secreto, pero todo el mundo se ha enterado. Intentaron comprar al canalla aquél, pero ahora andan metidos en juicio.

Ya no entendía nada, ni lo entiendo ahora. ¿Quién está en juicio?

Le pregunté si habían echado de casa a Maitreyi.

-Sen no quería echarla de ninguna forma. Decía que antes la mataba con sus propias manos que echarla. Querían que estudiara filosofía o algo así, no lo tengo muy claro. La guardaban para un buen partido. Pero ahora se ha sabido todo. ¿Quién va a casarse con ella? Sin embargo, no quieren echarla. Maitreyi grita sin cesar: «¿Por qué no me echáis a los perros? ¿Por qué no me tiráis a la calle?» Yo creo que se ha vuelto loca. De lo contrario, ¿quién podría haber hecho algo así?

Llevo horas y horas pensando. Y no puedo hacer nada. ¿Telegrafiar a Sen? ¿Escribirle a Maitreyi?

Siento que ella ha hecho eso por mí. ¡Ojalá hubiese leído las cartas de Khokha...! Quizá tuviese planeado ella algo. Ahora tengo una desazón tremenda. Y, sin embargo, quiero escribirlo todo, todo.

¿Y si no fuera más que un engaño de mi amor? No sé qué creer. ¿Cómo saberlo? Ojalá pudiese mirar a Maitreyi a los ojos.

Enero-febrero 1933